

NUNCA IMAGINÉ *que fueras tú*

LA HISTORIA DE NOAH



Vega Manhattan

NUNCA IMAGINÉ
que fueras tii
LA HISTORIA DE NOAH

Vega Manhattan

Nunca imaginé que fueras tú. La historia de Noah.

©Vega Manhattan.

1º Edición: Diciembre, 2019

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personaje y, sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

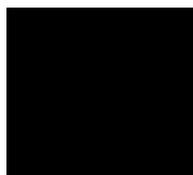
Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Capítulo 1



Año nuevo en Manhattan...

—Alice, ¿estás bien?

Me sobresalté al escuchar la voz de mi cuñada. Estaba sentada en el porche, más bien espatarrada, tomando un poco el aire mientras la familia terminaba de recoger la mesa después de la comilona del año.

Lo único que deseaba era desabrocharme el botón del vaquero y respirar...

No estaba sentada por no ayudar, la verdad era que no me podía mover. Había comido como si en vez de estómago tuviera un pozo sin fondo, así que prefería quedarme quietecita no fuera a ser que, en vez de caminar, terminara rodando como una inmensa bola de grasa, porque así era como me sentía en ese momento.

Lo peor de todo era que esas comidas familiares se repetían demasiadas veces a lo largo del año, al menos para mi gusto. Lo mejor... Que tenía la suficiente fuerza de voluntad para hacer ejercicio y bajar el peso que cogía cada vez que nos reuníamos en familia.

Porque fuerza de voluntad para decirle que no a esa deliciosa comida... Eso ya era más complicado.

En esa mesa había de todo. Y una no podía decirle que no a su madre cuando insistía con su frase: “Alice, come que estás muy delgada.” Era suficiente para que yo no tuviera control alguno al devorar todo.

Era gula más que hambre. Pero...

Aún con ganas de echar la primera papilla, actuaría igual cuando volviéramos a juntarnos.

—Sí, muy bien —sonreí. Sonrisa que terminó en una mueca cuando al moverme para hacerle sitio, noté cómo la comida quería salir por donde no debía—. Joder, qué asco —gemí.

—¿Comiste demasiado? —rio Eva.

—Siempre me pasa igual —puse los ojos en blanco—. Es ver esa mesa llena de comida y permitirme hacer lo que no debo.

—Nos ocurre a todos —rio—. Entre esta barriga y lo que le añadí al estómago, creo que no podré moverme en horas. Tu hermano va a tener que cargarme en brazos.

Como si eso fuera un problema para él, pensé, divertida.

Con mi mano, acaricié su abultado vientre, sintiéndome feliz porque pronto tendríamos un nuevo miembro en la familia. Iba a ser un niño, ya lo sabíamos. Y mi hermano no era el único que había llorado al conocer la noticia.

Eva había vuelto a nuestras vidas después de muchos años. Aunque nos hubiéramos alejado

por las circunstancias, siempre pensé mucho en ella. Recordaba cómo de pequeña la miraba e intentaba imitarla.

Pero las cosas se torcieron, todos sufrimos mucho por lo que ocurrió cuando aún éramos todos unos niños. Gracias a Dios, volvíamos a tenerla cerca. Y ya no solo como una amiga, sino como la esposa de mi hermano.

Cuando mis padres, mi hermana Hannah y yo nos enteramos de que Liam y Eva estaban juntos después de tantos años, terminamos llorando de la alegría. Eva siempre había sido parte de nosotros y nadie mejor que ella para hacer feliz a Liam. Lo merecía, había sufrido mucho por el pasado y Eva siempre había estado en su mente.

Él pensaba que Hannah y yo no nos dábamos cuenta de las cosas, pero lo oíamos llorar en sueños, esas malditas pesadillas que había tenido durante años. Escucharlo sollozar el nombre de Eva nos partía el corazón.

Pero todo eso quedó atrás, ahora tenían un futuro precioso por delante. Y bastaba solo con mirarlos cuando estaban juntos para darse cuenta de cuánto se amaban y de que jamás volverían a separarse.

Eva era, para nosotros, esa luz que faltaba en la familia.

—Mi hermano está preguntando por ti —Hannah se sentó frente a nosotras, riendo.

Yo solté una carcajada cuando Eva puso los ojos en blanco. Liam era súper protector con ella. Y no es que Eva se quejase, pero a veces la sacaba de sus casillas. El miedo aún era parte de Liam.

—¿Cuántas veces preguntó ya?

—Como tres —rio Hannah. Eso quería decir que ya había empezado a buscarla.

—Es decir, en nada estará... —comencé.

—Eva, ¿tanto te cuesta decirme dónde vas a estar? —gruñó Liam, saliendo de la casa y mirando a su esposa.

—Aquí —terminé la frase.

Miré a Liam, con las manos en las caderas y el ceño fruncido. La preocupación en su rostro.

—Estoy en casa de tus padres, Liam, no me pasará nada —sonrió Eva, con dulzura.

—Me gusta saber dónde estás, solo es eso —suspiró él, su enfado disipándose al verla bien —. Me preocupo por ti y por el pequeño —se agachó al lado de Eva y acarició su vientre.

—Lo sé —ella acarició su mejilla y yo tuve ganas de llorar.

Era bonito ver cuánto se querían y se preocupaban el uno por el otro. Pero también me hacía sentir extraña cuando anhelaba vivir algo así.

No eran celos en sí, quizás ilusión por tener a alguien que me amara de esa manera.

—Vamos dentro, te preparo un té y te relajas en el sofá, estarás más cómoda que aquí —mi hermano la ayudó a levantarse y ella no opuso resistencia.

—Solo si hay pasteles —los ojos de Eva iluminados al pensar en el azúcar.

—Si hay pasteles, me apunto —Hannah no tardó en levantarse al escuchar la palabra mágica.

—Dios, no sé cómo podéis pensar en comida —gemí.

Estaba tan llena que pensar en comer algo más me podría hacer vomitar.

—¿No quieres? —preguntó Hannah.

—No —negué, horrorizada.

Y mira que me costaba decir que no...

—Tú te lo pierdes —rio mi hermana, siguiendo a la pareja de tortolitos.

Negué con la cabeza mientras entraban en la casa. No era la única que sufría de gula en esa

familia.

—¿Adónde vais? —preguntó Noah, quien había salido y los miraba también entrar— ¿Adónde van? —me preguntó cuando lo ignoraron.

Como cada año, Noah no faltaba a casi ninguna de las comidas familiares. Aun cuando sus padres estaban en la ciudad, venía con ellos y comíamos juntos. Lo que fuera con tal de estar con nosotros. Y él sí que era un pozo sin fondo. Claro que su genética era otra, nunca engordaba. Suerte que tenía.

—A por pasteles —hice una mueca y me revolví, incómoda.

—Pues vamos —me hizo un gesto con la cabeza, pero yo negué inmediatamente.

—No me entra nada más —me quejé.

—No me creo eso —Noah soltó una carcajada y yo lo miré con ganas de asesinarlo.

—¿Tengo fama de gorda o qué? —gruñí.

—No —dijo rápidamente, se sentó a mi lado y me revolvió el pelo—. Pero todos sabemos que te pierden los pasteles.

—Ujum... —los dulces y todo lo que fuera comer.

Como para no vivir a dieta los restantes días del año. Si no lo hacía, estaría postrada en una cama con trescientos kilos y sin poder moverme. Era la maldición de tener una genética proclive a engordar. Con poco que me dejase ir, los kilos se agarrarían a cada parte de mi cuerpo.

—¿Sigues obsesionada con tu peso?

—Nunca estuve obsesionada con eso.

—Claro que no —la ironía en su voz—. No estás gorda, Alice, en realidad nunca lo has estado.

Enarqué las cejas.

—Pues bien que os metíais siempre conmigo.

—Éramos unos niños —se encogió de hombros. Ni tan niños, que eran mayores de edad—. Estabas un poquito rellenita, pero nada más.

—Decir rellenita es una sutil manera de llamarme gorda, Noah, no lo estás arreglando —refunfuñé.

Los ojos azules de Noah me miraron fijamente. Me removí de nuevo, incómoda, pero esa vez por el examen al que estaba sometiendo mi cuerpo. Joder, no era el mejor momento para ello. No cuando me sentía una bola de grasa a punto de salir rodando por el césped.

—Hmmm... —volvió a mirarme a la cara y yo esperaba su crítica.

Noah siempre había sido un capullo. Desde que Liam y él se conocieron en la academia para formarse como agentes del FBI, se habían hecho inseparables. Eran dos mitades de un todo, más hermanos que amigos o compañeros de trabajo.

Y rápidamente se convirtió, también, en un miembro más de la familia, comportándose como otro hermano mayor más.

Mis padres lo adoraban. Sobre todo mi madre, a quien se le caía la baba cada vez que él le decía algo bonito. Lo que venía siendo siempre, porque Noah era un perfecto adulator.

Y un ligón de primera.

¿Y cómo no serlo si, siendo sincera, ese hombre estaba como quería?

Eso sí, sería el último hombre del mundo en el que me fijaría. Por mucho que me gustara ese pelo un poco largo y siempre rebelde. Por muy impresionantes que fueran sus ojos azules. Por muy sexy que fuera esa sonrisa burlona que siempre tenía en su rostro...

No, Noah podía ser el hombre perfecto, pero para casi toda la población femenina, no para mí.

Yo no era el tipo de mujer que suspiraría por un alma libre como él.

La cuestión era que ese hombre “sexy” para las mujeres, era un auténtico grano en el culo para mí. No solo por ser el mejor amigo de mi hermano, sino porque era como otro hermano más. Divertido y especial, pero familia al fin y al cabo.

—¿Y bien? ¿Estoy aprobada? —pregunté con ironía cuando se quedó completamente mudo y me tenía nerviosa ya por mirarme tan fijamente.

—Necesitas comerte el postre, Alice.

Elevé mis cejas.

—¿De qué hablas?

—De que necesitas... Vivir.

—Vivo, Noah.

—¿Estás segura? —se acomodó mejor y me miró— Eres demasiado seria. Demasiado... Cuadriculada.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

Se quedó pensativo, imaginaba que estaba buscando la palabra indicada.

—Que eres perfecta —acabó diciendo y sonaba como si eso fuera lo peor del mundo.

—Nadie es perfecto. De todas maneras, ¿qué tiene de malo o de trascendente mi forma de ser?

—Creo que deberías de vivir un poco más. Necesitas aventuras, salir de tu zona de confort. Adrenalina... —una sonrisa curvó sus labios y yo me estaba temiendo qué era lo que venía a continuación— ¿Desde cuándo no...?

—No se te ocurra terminar esa pregunta —le advertí, de mala gana y con los ojos abiertos de par en par.

Noah soltó una carcajada, siempre disfrutaba riéndose de mí.

—¿Pero lo haces?

—A ti te lo voy a contar —puse los ojos en blanco.

Tampoco era una monja. Claro que él no tenía por qué saber sobre mi escasa vida sexual. Y no es que una no tuviera deseos, es que la mayoría de los hombres... No tenían una mente que me interesara.

Y si no era así, pues tampoco los quería en mi cama.

Así que aunque no lo reconociera delante de él, la verdad es que hacía demasiado tiempo desde el última vez. Ya ni recordaba cuánto...

Un año, cuatro meses, dos días y once horas y media, para ser exactos... Mi mente, como siempre, quedándose con todos los detalles. A veces me gustaría apagarla.

—No me importaría saber todo con detalles, en lo que se refiere a ti, claro. Qué te gusta, qué no... —me guiñó un ojo, sacando su lado sexy y provocador.

Me estaba poniendo del color de la grana.

—Que te den, Noah.

Él seguía riendo y a mí ya me estaba sacando de quicio. Tampoco es que necesitara demasiado para conseguir eso. Noah siempre conseguía desestabilizarme, ponerme nerviosa. Y eso me ponía de muy mal humor.

—Déjate llevar un poco, Alice. Deja de estar en esa burbuja de seguridad en la que vives. Deja el miedo a un lado.

—No sé de qué hablas.

Me gustaba mi vida. Tenía un trabajo que adoraba. Salía de vez en cuando con mis amigos (de vez en cuando quiere decir una vez cada tres meses, lo normal porque el trabajo me absorbía).

Vivía aún con mis padres, pero porque yo quería.

—Lo sabes bien. La hija perfecta, la hermana perfecta. La estudiante perfecta... El cerebro perfecto —negó con la cabeza—. Pero ¿qué haces por ti? ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo que rompiera tus reglas? Esa es la diferencia entre tú y yo.

—Veo más de una, la verdad... —el sarcasmo en mi voz.

—Pero yo me voy a la cama sintiéndome libre. ¿Te vas tú así?

Me quedé sin saber qué responder a eso.

—¿Hoy te dio por criticarme? —me levanté enfadada, ya me había puesto de mal humor. Y no iba a quedarme allí para seguir siendo el blanco de sus burlas.

Era cierto que me mantenía en mi zona de confort. Era una mujer responsable, que necesitaba tenerlo todo controlado. Pero no por ello vivía peor que él, una cabra loca que se dejaba llevar sin importarle las consecuencias.

Sobre todo en lo que a mujeres se refería.

Noah era el hombre con quien más mujeres había visto nunca, sin contar alguna que otra que evité. Algo sin importancia... Eso sí, no duraba con ellas más de dos o tres citas. No sabía si él salía corriendo o si se aburría. La cuestión era que el Casanova no iba a decirme a mí cómo vivir mi vida.

Pasé por su lado y me fui a marchar cuando su brazo me agarró. Me giró y me pegó un poco a él, de pie frente a mí.

Sus ojos me miraban de una manera extraña. Tragué saliva, nerviosa, porque nunca me había mirado así.

—Noah... —no sabía qué le iba a pedir exactamente. Solo sabía que necesitaba alejarme de él.

Noah pestañeó repetidamente y me miró con incredulidad. No sabía qué le estaba pasando a ese hombre, pero bien no estaba.

—Estás más que aprobada, Alice —dijo con voz ronca. Levantó una mano y acarició mi labio inferior.

Me quedé completamente en blanco, casi no podía ni respirar por el contacto de su dedo en mis labios. Por esa manera en la que me había mirado...

Me había hecho sentir especial y eso era lo peor, era el efecto Noah. No podía dejar que lo usara conmigo. Yo no era de las que caerían a sus pies con algo así.

Me lamí el labio, nerviosa y sus ojos miraron ahí. ¿Qué estaba pasando entre nosotros?

Fuera lo que fuera, no podía ser real.

—Ejem... ¿Queréis pasteles? —carraspeó mi hermano, rompiendo el momento.

Qué momento ni qué mierdas, pensé. Me giré, sonriendo lo mejor que pude, aunque seguía sin entender nada. Y temía que me temblara la voz al hablar.

—Me muero de ganas de probarlos —dije, agradeciendo que mi voz sonase como siempre y me marché, dejando allí a Noah.

Pasé por al lado de Liam, quien me miró con las cejas enarcadas. Intenté aparentar normalidad, pero la verdad es que aún me temblaba todo el cuerpo.

No solo por la rabia de que Noah cuestionase mi vida o me considerase aburrida, sino por esa caricia que no sabía a qué había venido.

Me dolía que todos, porque sabía que eran todos, me vieses de esa manera. Tan cuadriculada, como él había dicho. Tenía mis reglas, era muy disciplinada y sí, era cierto que nunca hacía nada que no me hiciese sentir segura.

Pero no por ello era aburrida, ¿no?

Y además, ¿qué demonios me importaba a mí cómo me veía Noah?

Yo no era uno de sus ligues ni una de esas tantas mujeres que intentaban llamar su atención a como diese lugar. Yo solo era...

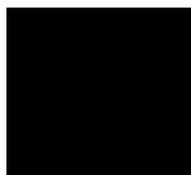
La hermana pequeña de su casi hermano, nada más. No tenía que importarme en absoluto.

Pero, al parecer, me importaba. Y más de lo que yo misma iba a admitir jamás.

Y, mucho menos, lo sabría él nunca. No hacía falta inflarle, aún más, su ego.

Y por eso mismo tomé una decisión sin saber que, por ello, cambiaría toda mi vida.

Capítulo 2



Miré a Liam cuando Alice desapareció por la puerta de entrada de la casa y me acerqué a él.

—Vamos a por esos pasteles.

—Espera —la mano de mi amigo en mi brazo, parándome—. ¿Qué ocurre entre Alice y tú?

—Nada —carraspeé—. Solo la picaba un poco.

—¿Estás seguro?

—Claro. ¿Qué demonios estás pensando?

No sabía si sonaba enfadado porque él malpensara en ese sentido o porque estaba cabreado conmigo mismo porque, por primera vez en mi vida, había visto a Alice y joder, me había quedado impresionado.

Alice era la hermana pequeña de mi mejor amigo, de mi hermano. Así que tenía que verla como eso, como otra hermana más. Así había sido siempre y había actuado como otro hermano mayor en todos los sentidos.

Pero desde hacía unos minutos...

Era como si realmente me hubiese dado cuenta de que ni ella era ya esa cría algo rellenita con la que me gustaba discutir ni, mucho menos, una niña.

Alice era una mujer y joder, ¿cómo no había visto hasta entonces cuán mujer?

Me había puesto nervioso mientras miraba su cuerpo. ¿Me metía con ella por su peso? Imbécil era. Con más o menos kilos, Alice estaba siempre perfecta.

Su cara siempre había sido preciosa. Su pelo rubio, sus ojos miel... Ya ni hablar de sus labios carnosos. No podía negar que era una belleza y que esas pequeñas pecas alrededor de la nariz la hacían ver adorable.

Y Dios, ¿cómo no me había fijado antes en esas perfectas curvas?

Yo no tenía que verla así. Ella no era una mujer más.

—Nada, Noah, yo no pienso. Solo me pareció...

Tenía que cortar ese tema como fuera.

—Todo saldrá bien, Liam —le di un golpecito en el hombro y pasé por su lado.

—¿De qué hablas? —refunfuñó, siguiéndome.

Bien, lo había logrado.

—El parto y todo lo demás, todo irá bien. Solo relájate, estás demasiado tenso.

—Estoy relajado —resopló, pero ambos sabíamos que no era así.

—Pues te relajas más, que al final me alteras a mí —llegué al salón y miré a Eva—. Está insoportable —le dije, refiriéndome a su marido.

—Es un amor —dijo ella cuando Liam la besó.

Puse los ojos en blanco, derrochaban tanto azúcar que hasta una sobredosis iban a provocarme.

Había vivido su reencuentro desde el principio. Lo mal que lo pasaron mientras acechaban, de nuevo, a Eva. Lo mal que mi amigo lo pasó cuando volvió a dejarla y cómo, por fin, se arriesgó a luchar por la mujer que amaba.

Eva era lo mejor que le había pasado a Liam en su vida, de eso no había duda. Y era igual para ella. Pero a veces se pasaban de empalagosos.

Menos mal que yo jamás me enamoraría así, porque no podía imaginarme de ese modo.

Me senté en mi sitio de siempre, frente a Alice y la miré comerse, feliz, su pastel favorito. Menos mal que no le cabía nada más...

—¿Está bueno? —sonreí y terminé riendo cuando me miró con ganas de asesinarme.

—Déjame disfrutar en paz, Noah —gruñó.

Era feliz disfrutando de su pastel. La verdad es que disfrutaba, siempre, de esos momentos. Se le notaba en los ojos. Era como si en esas comidas familiares, se permitiera el lujo de poder ser la niña de siempre. De dejar su vida tan planificada a un lado. De olvidarse de sus complejos.

Dejaba a un lado esa maldita máscara y se veía más libre.

Alice era una mujer muy inteligente, era un cerebritito. Pero eso era un problema, porque siempre estaba pensando e intentado encontrarle la lógica a todo, en vez de dejarse llevar.

Solo en momentos así, se olvidaba de la maldita dieta y sus reglas. Solo era ella, disfrutando felizmente de un simple pastel.

Y me gustaba verla así. Ojalá disfrutara más de todo y pensara menos.

Un poco de crema del pastel le manchó el labio y juro que tuve que reprimir un gemido cuando sacó la lengua y lo lamió. Menos mal que estaba tan centrada en la conversación de los demás que ni caso me hacía.

¿Y yo por qué estaba tan pendiente a ella?

—¿Verdad, Noah?

Miré a Liam, quien, con las cejas enarcadas y una mirada de “a mí no me engañas, te tengo calado”, esperaba mi respuesta.

La pregunta a la que tenía que responder era lo que no sabía. Y él quería pillarme. Maldito...

Todos me miraban, esperando a que respondiese.

—Claro que...

—Me voy de casa.

De repente, ante esa afirmación de Alice, todos esos pares de ojos se posaron sobre ella. Estaba por levantarme y besarla (en la mejilla, claro) por haberme sacado del apuro. Pero... Terminé uniéndome al conjunto coro de “¿Qué?” que sonó.

Ella, con la cabeza levantada, se limpió la boca con la servilleta. Sin temblar, sin sentirse intimidada mientras los demás dejaban los vasos y lo que tuvieran en la mano sobre la mesa, con lentitud y sin dejar de mirarla con incredulidad.

—¿Que vas a hacer qué? —Liam estaba alucinando.

—Me voy de casa —repitió.

—¿Por qué? —preguntó su padre, preocupado por si algo iba mal.

—Porque quiero independizarme, ya es hora, ¿no?

Ahí sí que el silencio se hizo dueño del lugar. Nadie decía nada, creo que ni pestañeaban. Solo respiraban porque era una necesidad física, que si no...

Me apoyé mejor en la silla y la miré.

—¿Te vas de casa? —Hannah tampoco salía de su asombro.

Hannah era un par de años mayor que Alice, al ser esta la pequeña, todos la habían protegido demasiado. Y seguían haciéndolo.

Alice se encogió de hombros, como si estuviera diciendo lo más normal del mundo. Que podía serlo para cualquier otra persona, no para ella. Porque me daba la impresión de que era una decisión impulsiva, que la estaba tomando sin pensar. Alice pensaba siempre, todo, demasiado.

Y aunque a veces lo podía ver como un defecto, sabía muy bien que era una buena cualidad. Era persistente, no dejaba nada a medias. Si quería algo, no dejaba de intentarlo hasta conseguirlo.

Lo había hecho con su carrera. Con su físico. Con todo... Menos con, como le dije, haberse dedicado un poco más a ella.

—¿Ocurre algo que no sepamos, cariño? —preguntó su madre, lentamente, preocupada.

Los padres de Liam habían trabajado muy duro toda la vida para darles lo mejor a sus hijos. Como los míos habían hecho conmigo. Los de Eva y Alan y tantos otros más... Habían conseguido que todos sus hijos estudiaran y tuviesen un buen futuro. Y eso era mucho en la época que vivíamos. Porque el trabajo no era algo que abundara.

Así que escuchar a su hija pequeña, a la más responsable de todos, diciendo que, de repente, los dejaba solos, les había impactado.

Me había impactado hasta a mí que la conocía bien y siempre pensé que Alice no saldría de esa casa hasta el día que estuviera vestida de novia. Aún esperaba que la cerebrita lo explicase.

—No ocurre nada, mamá —la tranquilizó ella, rápidamente—. Trabajo demasiado y ya tengo una edad... No debería de estar aquí, es momento de irme y de dedicarme solo a mí —se encogió de hombros y sonrió.

—Entiendo... —farfulló su madre, pero se veía que no entendía nada.

—Si es lo que quieres... —terminó diciendo Liam.

Se mordió el labio y yo sabía, porque la conocía bien, que en esas milésimas de segundos en las que ella estaba así, por su mente ya había pensado en todos los pros y los contras de la impulsiva decisión que había tomado.

Cuando soltó el labio y pestañeó un par de veces, supe que había evaluado todo y ya sabía si hacía bien o no.

—Ya es hora —Alice se encogió de hombros—. También de que vosotros —señaló a sus padres— dejéis de preocuparos por nosotras. Además, necesito un poco de... —me miró y enarcó las cejas— Adrenalina en mi vida.

Una sonrisa torcida se dibujó en mi cara. Así que de eso iba todo...

Era un maldito bocazas, ¿por qué no podía mantenerme con la boca cerrada? Era una decisión importante y no quería que la tomase de esa forma.

—Alice, no... —comencé, pero Liam me interrumpió.

—Tenía que haber imaginado que fue idea tuya, pedazo de imbécil... —gruñó Liam, refiriéndose a mí, por supuesto.

—¿Qué tiene que ver Noah? —inquirió Alice.

—Vosotros dos sabréis —refunfuñó su hermano.

—¿Qué hay aquí que no sepamos? —preguntó Hannah.

—¿Qué tiene que haber? Que solo he dicho que me voy de casa, que me independizo. Lo veo lo más normal del mundo, no entiendo esas caras. Soy una mujer adulta, con un trabajo. Me falta

ser independiente en ese sentido. ¿Qué os extraña tanto?

Todos la miraban como si le hubiese salido siete cabezas y yo tenía ganas de soltar una carcajada. Era divertido ver cómo con una frase, la mujer más centrada de la familia podía desestabilizarlos a todos.

—Pues... —carraspeó su madre.

—Verás, Alice... —comenzó su padre pero no terminó la frase, miraba a su mujer e hijos pidiendo ayuda para explicarse y que su hija lo entendiera. Pero nadie sabía cómo decirle las cosas.

—Tiene todo de extraño —me encogí de hombros, diciendo lo que ellos no sabían explicar— porque eres tú.

Sabía, por cómo me miraba, que lo entendía. Y también que le dolía hacerlo. No me gustaba ver eso porque daba igual cómo viviera mientras fuera feliz.

Liam era una bomba de relojería, tenía un carácter complicado y Hannah era una cabra loca, esa sí que no pensaba nunca en las consecuencias.

Pero Alice...

Alice era la serenidad, la rectitud. Era la persona con las ideas más claras que había conocido en mi vida. Tan claro lo tenía todo que nunca se permitía fallar.

Era a eso a lo que me refería en el porche, en que por más que tuviera una vida “perfecta” y todo lo que quisiera, necesitaba sentirse realmente viva.

Sentirse libre.

Al menos, eso era lo que creía yo. Y, al parecer, iba a cometer lo que para los demás era una locura, aunque fuera lo más normal del mundo.

—¿Y qué planes tienes? —preguntó su padre.

Eso mismo quería saber yo.

—Buscar un pequeño apartamento, tampoco algo muy grande porque no me dará tiempo a mantenerlo limpio —puso los ojos en blanco.

—Tienes ahorrado, te lo puedes permitir —la apoyó su hermana.

—Gano un buen sueldo, no habrá problemas. Lo que sí necesito es que me ayudéis a encontrar algo. Me quiero ir esta misma semana.

Si antes el silencio era sepulcral, no podría decir cómo era en ese momento ni la cara de alucinación de todos. Yo iba a soltar la carcajada.

—¿Estás segura? —preguntó Liam.

—Claro. Viviré en la misma ciudad, no me voy a China —resopló.

—Si es así... —sonrió Hannah— Busca de dos habitaciones porque pienso pasar mucho tiempo allí.

La carcajada de Alice resonó en toda la estancia. Ya estaban todos más relajados sabiendo que era una decisión normal, que no le ocurría nada extraño a ella y que era lógico que quisiera, de una vez, su independencia.

La miré y sonreí. Bueno, no estaba mal, había dado el primer paso para salir de su burbuja.

Cada uno con su móvil, comenzaron a buscar apartamentos. Lo que antes era silencio, se convirtió en lo que parecía una reunión de agentes inmobiliarios. Me apreté la frente, me iban a provocar dolor de cabeza.

Me levanté y los dejé allí, fui a la cocina, cogí una lata de cerveza y la abrí. Alice no tardó mucho en venir con algunos platos que había recogido.

—¿Haces esto por algo de lo que te dije?

—No te creas tan importante, Noah —resopló, dejó los platos en la encimera y se fue a marchar cuando, por un impulso, la agarré del brazo y la pegué a mí.

Me encantaba picarla, me encantaba ver cómo era capaz, en segundos, de hacerle perder su estricto control.

—¿Estoy invitado a esa casa?

Joder, la simple idea de imaginarla viviendo sola, acababa de desatar mis fantasías más oscuras. ¿Desde cuándo pensaba en ella de esa forma?

Desde siempre...

Negué con la cabeza, eso no era así.

—Eres parte de la familia, ¿no? —la estaba poniendo nerviosa y me encantaba.

—No como familia, Alice —dejé la lata a un lado y la agarré de la cintura.

—¿Qué haces? —le temblaba la voz y a mí eso me hacía sonreír. Tampoco era tan indiferente a mí.

—No quiero ir como familia. Creo que hay una cama que me gustaría probar —le guiñé un ojo y terminé riendo al ver sus preciosos ojos abiertos como platos.

—Imbécil —me dio un golpe en el hombro y se separó de mí—. Deja de reírte de mí.

Lo peor, pensé, es que no me estoy riendo y la idea se me antoja bastante buena. Alice... En una cama...

No podía pensar en eso, sonaba depravado siendo ella el objeto de la fantasía.

La vi desaparecer mientras refunfuñaba y no podía eliminar la sonrisa de mi cara.

—Toma —salí de mis pensamientos con la voz de Liam, lo miré, extrañado.

Estaba a mi lado y me ofrecía una servilleta. ¿Desde cuándo estaba ahí? Ni cuenta me había dado.

—¿Qué haces?

—Para que te limpies la baba —refunfuñó—. Joder, Noah, ¡que es mi hermana!

Joder, ¿qué se estaba imaginando?

—Liam, no...

—Y también es como la tuya —refunfuñó.

—Joder, Liam, que no es eso. Deja de malpensar.

—Ya... —me dio unas palmaditas en la espalda— Por mi salud mental, espero que de verdad sea que no... Pero de todas formas, córtate un poco, se te nota demasiado. Ah —se giró a mirarme—. Y límpiate la maldita baba. Con Alice... —suspiró y volvió a girarse para marcharse— Si es que tenía que haberlo visto antes...

¿Haber visto antes qué? Si entre Alice y yo nunca...

Me dejé allí, maldiciéndome a mí mismo porque había algo en lo que tenía razón. Estaba mirando a Alice como no debía.

¡Maldición!

Aunque claro, con esos labios, no era para menos...

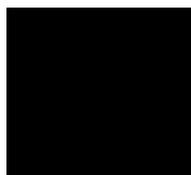
Mierda, Noah, no vayas por ahí.

Suspiré. No sabía qué demonios me estaba pasando, me habría golpeado, quizás me había dado demasiado sol...

Lo que fuera, seguro que solo era pasajero. Alice era como una hermana para mí, no podía mirarla de otra forma, ¿verdad?

La vida no tardaría demasiado en demostrarme que estaba muy equivocado.

Capítulo 3



—Y por fin...

Me dejé caer en el suelo, agotada. Tres días habían pasado desde que conseguí las llaves del apartamento hasta que Hannah y yo dejamos todo listo.

Al día siguiente de decirle a mi familia que me marchaba, ya tenía varios lugares para visitar. Al final me decidí, o nos decidimos porque mis padres, Liam, Hannah y Eva opinaban en todo, por un pequeño apartamento en un edificio algo antiguo, pero bien situado. Cerca de mi trabajo y bien comunicado.

¿El problema? Que el único ascensor estaba averiado, así que tuvimos que subir todas mis cosas, que no eran pocas, a patitas. A un tercero. Si con eso no había mejorado mi trasero, ya no sabría con qué más. Tenía los gemelos completamente agarrotados.

—Necesita alguna mejora, pero está bien —suspiré, hablando sola. Tendría que acostumbrarme a hablar conmigo misma—. Aunque eso es lo que menos me importa. Ahora solo quiero comer —era de noche y no había comido nada desde hacía horas.

Me levanté como pude, gimiendo porque me dolía todo y me quedé mirando una caja que se había quedado embalada en el salón. La arrastré para abrirla, a ese paso no terminaría nunca.

Negué con la cabeza mientras reía, no me lo podía creer. Eran cosas de mi hermana, las había dejado allí estratégicamente para cuando quisiera quedarse. A ese paso me independizaba para terminar viviendo, de nuevo, con ella.

Llamé por teléfono, pedí una pizza y tomé una ducha antes de que llegara la cena. Con un pantalón corto y una camiseta de tirantes, salí de la ducha y fui a abrir cuando llamaron a la puerta.

Era mi primera noche viviendo sola, tenía que acostumbrarme en eso.

Era adulta, pero la idea de vivir sola no era algo que hubiese pasado nunca por mi mente. Me sentía bien en casa de mis padres. Además, pasaba tanto tiempo en el trabajo que, a veces, solo llegaba para dormir.

Ellos viajaban mucho desde que se jubilaron y Hannah y yo solíamos estar solas. Quizás, por ello tampoco me planteé nunca el abandonar el nido.

Hasta que Noah me tocó un poco la moral y, para qué negarlo, tenía razón. Necesitaba mi intimidad, sentir que era libre.

Algo complicado con una familia como la mía, que siempre estábamos pendientes los unos a los otros. Cuando Liam se marchó, el drama fue el mismo. Si fuera por mis padres, solo saldríamos de allí casados.

Y era lo que yo pensaba.

Pero... Las cosas habían cambiado y, aunque nunca se lo admitiría a ese grano en el culo, tenía razón. Sentía un poco de adrenalina en ese momento. Me sentía más libre. Y no estaba nada mal.

Abrí la puerta, esperando a que fuera la cena pero no, me encontré con quien menos me esperaba.

—No me jodas, Alice. Que has abierto la puerta sin mirar por la mirilla y sin preguntar. ¿Y qué demonios le pasa al ascensor?

—Hola, Noah —resoplé—. Yo también me alegro de verte —entré y lo dejé entretenido revisando la puerta.

Fue cerrarla cuando, segundos después, el timbre volvió a sonar. Lo vi mirar por la mirilla y después mirarme a mí.

—¿Pizza?

—Pues sí —afirmé.

Abrió, pagó aunque me negué a ello, lo hizo de todas formas y dejó la caja encima de la mesita del salón.

—¿Pediste mi favorita?

—Ni siquiera sabía que ibas a venir —me senté en el sofá y abrí la caja, me moría del hambre. Le di un mordisco y gemí de placer.

—Por ese sonido adivino que es la de pepperoni.

—Adivinas bien... —dije con la boca llena.

— ¿Qué es esto?

Me acerqué hasta donde estaba, mirando una foto con mis compañeros de trabajo. Estábamos en un fotomatón y nuestras caras dentro de un corazón rojo.

—Un regalo de Charlie, tiene esa foto en el trabajo y todo —reí.

—Un poco hortera.

Como todo en Charlie, pensé.

—¿Se puede saber qué haces?

Había entrado dentro y no tardé en seguirlo. Lo vi revisar toda la casa. Y cuando digo todo, me refiero a todo. Mirando, incluso, debajo de las camas y en los cajones.

—¡Ese no! —me lancé, con la pizza en una mano, encima de la cama para evitar que abriera mi cajón de la ropa interior.

Me miró con las cejas enarcadas y una sonrisa burlona se le formó en el rostro.

—Te enseñaré a que nunca me digas que no, Alice.

Puse los ojos en blanco, ya iba a empezar otra vez. Le encantaba no solo meterse conmigo, sino ponerme nerviosa.

Tenía por seguro que no era más que un juego para él y no estaba dispuesta a seguirle la corriente. Ya lo tenía calado.

—Noah, tengo hambre —me quejé, intentando cambiar el tema.

—Pues come —salió de mi dormitorio y lo seguí hasta el salón. Volví a sentarme y lo dejé revisando las ventanas—. ¿Tu hermano ha estado aquí?

—No —otro mordisco a mi pizza—. ¿Por qué?

—Porque dudo de que hubiese aprobado este lugar —se sentó a mi lado, me quitó mi porción de pizza y se la terminó. Resoplé, ¿no podía coger una para él?

—¿Qué tiene de malo mi casa? —era extraño decir esas palabras, pero me hacía ilusión— Está en un buen sitio, un tamaño perfecto. No es demasiado nueva, pero está bien.

—Tiene una seguridad de mierda —gruñó, le quitó el pepperoni que quedaba en su porción y se la puso a la mía.

Sonreí. Había cosas que no cambiaban.

Se levantó sin decir nada y fue hasta la cocina.

—Están en el frigorífico desde esta mañana —no tenía ni que preguntarle qué iba a hacer. La cerveza la compré por él y por Liam.

Cogí la lata de refresco que me trajo y bebí un sorbo.

—Mañana mandaré a alguien del equipo para que...

—No —negué inmediatamente.

—No te estoy pidiendo tu opinión —dijo con todo el descaro y toda la tranquilidad del mundo.

Y se quedó tan pancho...

Iba a coger la lata e iba a derramar todo el contenido sobre su cabeza. Y después lo golpearía con ella. Por capullo.

—Es mi casa —le recordé.

—Es tu seguridad —como si eso ya justificase todo.

—Mía, no tuya —dejé el borde de otra porción y no tardó en cogerlo para comérselo.

—No estás segura así, Alice —y volvía la burra al trigo.

—Noah, déjalo —resoplé—. No me fui de casa de mis padres para esto. Además, la gente no tiene esa obsesión con la seguridad, deja de parecer un energúmeno.

—Vale... —demasiado rápido había claudicado— Pero mañana Liam mandará a alguien —ya sabía yo que no era normal.

Miré al cielo pidiendo ayuda divina. Era evidente que me amenazaría con mi hermano sabiendo que a él le importaría muy poco mi opinión. Entraría, cogiendo las llaves o haciéndolo a la fuerza y convertiría esa casa en un búnker si era necesario.

—¿Qué haces aquí? Te inventaste excusas para no venir antes —me senté sobre mis piernas y me acomodé mejor.

Sabía que había estado pendiente a todo, como Liam. Pero ni a subir una maldita caja nos había ayudado.

—No me inventé excusas —me contradijo—. Estuve muy ocupado con el trabajo.

—Y con tus citas, supongo.

—Supones mal.

Comenzó a mirar alrededor y sabía, de más, qué era lo que estaba buscando. Comenzó a tantear por el sofá, metió la mano por debajo de mi trasero y lo encontró. Encendió la televisión, cogió una porción de pizza sin el pepperoni, puso los pies encima de la mesa y era el momento de hacer zapping.

—Noah...

—¿Qué?

Sabía que estaba nervioso, por muy tranquilo que pudiera parecerle a cualquiera. Noah no podía engañarme.

—¿Qué ocurre?

—Nada —siguió comiendo y yo suspiré. Dejé el borde en la caja cuando terminé de comer y me quedé en silencio, esperando a que hablase.

Noah, a veces, era como un niño pequeño. Había que darle un tiempo para que centrara sus ideas y solo entonces, si lo creía necesario, comenzaría a hablar.

Mientras tanto, con las noticias ya puestas, lo dejé relajarse.

—Me preocupa que estés aquí sola.

Así que de eso iba todo...

—¿Por qué? Soy mayorcita, sé cuidarme.

—Me parece un poco precipitado, nada más. Y me preocupo por ti.

—Estaré bien. Deja el drama, Noah, no seas como ellos —reí, negando con la cabeza.

—¿Se queda Hannah contigo mañana? Porque se quedó estos días, ¿no? —¿cómo sabía él...? A la mierda, estaba claro que me tenía más controlada de lo que yo imaginaba.

—No. ¿Y por eso viniste? ¿Porque sabías que estaría sola? —no hacía falta ni preguntar, era evidente.

—Entonces vendré yo.

—Joder —ya me iba a sacar de quicio.

Me moví, dejándome caer un poco sobre él para quitarle el mando de la televisión y decirle cuatro cosas. Pero él fue más rápido, tiro de mí hasta dejarme sentada en su regazo, apagó la televisión, dejó el mando a un lado y me miró a los ojos.

—No te quedarás sola, al menos no al principio —dijo con seriedad.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Intenté levantarme, no me sentía cómoda así, encima de su cuerpo, estábamos demasiado cerca

—Déjame, Noah, no soy una cría. Estoy cansada de que todos me veáis de esa manera.

—Confundes las cosas —me volvió a colocar como quiso, puso sus brazos alrededor de mi cintura y me apretó con fuerza para que no me moviese—. Nadie te ve así, Alice, eso solo está en tu mente —me miró fijamente a los ojos y suspiró, como mortificado—. Joder, te aseguro que no te veo así.

Tragué saliva, nerviosa por sentirlo tan cerca. Porque, en ese momento, había algo diferente entre nosotros y no podría explicar el qué.

—Tengo hambre—farfullé, intentando librarme de su abrazo.

Él bajó la vista hasta mis labios, no pude evitar lamerlos por los nervios. Volvió a mirarme a los ojos y su mirada era muy diferente en ese momento.

Nunca, jamás, me había mirado así.

—Yo también tengo hambre —susurró. Levantó una mano y acarició, como la otra vez, mi labio—. Pero de ti.

Me quedé sin poder moverme.

—Deja de meterte conmigo —me removí y me quedé quieta cuando noté su erección bajo mi cuerpo.

Cerré los ojos con fuerza, no podía estar pasando eso.

—Creo que ya te diste cuenta de que no bromeo —dijo con un toque de humor.

—Esto no puede ser verdad —gemí, mortificada.

—Pero lo es... —acariciaba mi labio, abrí los ojos y me encontré con los suyos, con ese azul que tanto me gustaba.

—No está bien.

—Lo sé —dijo seriamente.

—Entonces mejor para —dije mortificada, porque no quería que lo hiciera.

—¿Es lo que quieres?

—No —negué rápidamente y me maldije por haberlo hecho—. Pero no está bien.

Él me miró unos instantes y suspiró, como derrotado.

—Pero es lo que quiero —cerró los ojos y apoyó su cabeza en el sofá, aflojó el agarre sobre mi cuerpo, para que me quitara si era lo que quería.

No sabía qué hacer. Podía ser un gran error el dejarme llevar. Noah era muy importante para mí y para mi familia. Algo que fuese mal entre los dos podría terminar con todo eso.

Y no lo quería.

Pero, por otro lado...

Me moría de ganas porque me besara. Por sentir que, por una vez, era a mí a quien deseaba. Estaba al límite y mi cabeza a punto de explotar.

¿Sería tan malo dejarse llevar?

—No te muerdas el labio —con sus dedos, quitó el agarre de mis dientes. Seguía con la cabeza apoyada hacia atrás, pero me miraba fijamente—. Cuando haces eso, es porque estás pensando. Y no siempre hay que pensar.

—Noah, yo...

—Será mejor que olvidemos todo —dijo con seriedad, moviéndose para quitarme de encima.

¿Que lo olvidara? Eso sí que era un imposible, no podía olvidar algo así, no con Noah. Él no era un cualquiera de la calle, era parte de mi familia.

—Noah, espera —lo agarré del brazo cuando hizo el amago de levantarse del sofá—. No te vayas.

—No puedo quedarme, Alice. No cuando me estoy volviendo loco de deseo.

No había podido decir algo así. Me puse de rodillas y me acerqué a él.

—¿No estás bromeando?

—Joder... Ojalá fuera así —cerró los ojos con fuerza unos minutos.

—Noah, tú nunca... Es decir, yo no soy... ¿Qué demonios te pasa? —terminé por preguntar.

—Tú. Me pasas tú —y como si se hubiese rendido a lo inevitable, cogió mi nuca con su mano y me acercó a él.

Apoyé mi mano en el sofá para no caer y ahogué un grito cuando su boca se posó sobre la mía. No sabía si me estaba castigando a mí con ese beso o si se estaba castigando a él mismo.

Lo que sí sabía era que nadie, nunca, me había besado de esa manera.

Agarró mis caderas y me hizo sentarme a horcajadas sobre él, sin dejar mi boca ni un instante. Su lengua jugaba con la mía, como si estuvieran enzarzadas en un duelo. Sus dientes mordiéndome de vez en cuando, magullando mis labios.

—Noah... —me separé de él, intentando respirar y aclarar un poco mis ideas.

—Cómeme el postre, Alice, sin pensar.

Sabía lo que me estaba pidiendo. Que por una vez en mi vida, me dejara llevar por mis deseos sin pensar en las consecuencias. No era tan fácil para mí hacer algo así.

Pero deseaba hacerlo, deseaba saber qué se sentía al estar en los brazos de ese hombre.

-Noah, por Dios...

-Me deseas, no puedes cambiar eso -dijo serio.

Eso no se lo podía negar, pero...

-Es un error.

-Tú decides, Alice.

Cogí aire, ¿mi mente o mi cuerpo?

—Prométeme que esto no cambiará nada entre nosotros -el deseo era mayor que mis miedos en ese momento.

Noah me miró, serio.

—Lo prometo.

—¿Lo que ocurra en Las Vegas, se queda en Las Vegas? —tenía tanto miedo por dar el paso como ganas de hacerlo. Y mi cuerpo estaba ganando la batalla.

Pero nada de eso debería cambiarnos.

—Prometido.

Entonces, sin pensar, lo besé, teniendo la sensación de que ambos nos estábamos mintiendo.

Capítulo 4



Yo no sabía qué era lo que estaba haciendo. Solo que me iba a volver loco si no la hacía mía.

Desde el almuerzo en casa de sus padres, no me la había podido quitar de la mente. Era como si estuviera bajo la influencia de un hechizo o algo así.

Me había medio escondido, intentando no tener que verla. Y sí, había puesto alguna que otra excusa para no ayudarla con la mudanza porque no sabía si podía confiar en mí mismo.

Me había pasado las últimas noches casi sin dormir, diciéndome que estaba loco y que ese deseo que sentía por ella, de repente, no tenía ninguna razón de ser.

Era una locura.

Pero nada de eso servía, era como si, por primera vez, la hubiese visto y ya no pudiera quitarme su imagen de la mente. Me estaba volviendo loco, seguro que era eso.

Así que esa noche, cuando llamé a Hannah, como cada día, cuando supe que se iba a quedar sola en su nueva casa, no pude seguir luchando conmigo mismo.

Necesitaba ir a verla y saber que estaba bien. Joder, todo era más fácil cuando sabía que estaba en casa de sus padres, ahí no tenía que preocuparme demasiado.

Y cuando me abrió la puerta con esa ropa y sin preocuparse, siquiera, de quién la veía así...

Estaba jodidamente sexy...

No sabía si ponerme a gritar por su poca preocupación por su seguridad o si salir corriendo de allí porque sabía que, si me quedaba, no iba a poder marcharme sin sentirla mía.

Y me quedé. Y así estábamos en ese momento...

Mordí su labio inferior y mi erección se endureció al escuchar su gemido.

Estaba haciendo lo que había soñado esas noches atrás. Estábamos cometiendo una locura, pero no podía evitarlo.

No sabía qué me había pasado con ella, pero seguramente se me pasaría una vez que la tuviera entre mis brazos. Solo era... Joder, no tenía ni idea de lo que era.

Pero tenía que ser Alice.

Dejé su boca libre y la miré. Estaba preciosa, con las mejillas sonrosadas y los labios hinchados y húmedos por mis besos. Nunca había visto a alguien más hermosa que ella.

—¿Estás segura? —no sé por qué demonios pregunté eso, porque ni yo mismo lo estaba.

Tal vez intentaba llamar a su cordura para que nos parase a los dos antes de llegar a un punto en el que ya no hubiese marcha atrás.

Ella negó con la cabeza, la sinceridad siempre era su mayor virtud.

—Pero no quiero que pares.

—Joder, ni yo quiero parar —gemí. Como si yo fuese capaz de terminar con eso... Como si quisiese hacerlo aunque supiera, de más, que no debíamos de llegar a más.

Hice que los tirantes de su blusa cayeran por sus hombros, ayudando a que la blusa bajara y dejara su pecho libre.

Dios mío... Iba a terminar sin más.

Tenía un pecho precioso, nunca imaginé...

—Noah, no...

Y una mierda que no, pensé cuando vi la seguridad en su mirada. Conmigo no tenía que sentirse mal, ni menos, ni con miedos. Conmigo nunca.

La agarré del trasero y la elevé un poco para girarnos y tumbarla en el sofá, conmigo encima.

—No qué... —besé su cuello y bajé hasta sus pechos, lamiéndolos y mordiéndolos un poco hasta que la vi retorcerse bajo mi cuerpo.

—No pares —gimió, perdiendo el control.

—No lo haré, cariño —no iba a quedarme con las ganas que tenía de ella.

La desnudé poco a poco, besando cada rincón de la piel que iba dejando al descubierto. Me desnudé con prisas y, ya protegido, me tumbé encima de ella.

—No puedo creer que estemos haciendo esto —susurró mientras acariciaba mi mejilla.

Me moví y entré un poco en ella. Mordió su labio para evitar un gemido.

—Aún estamos a tiempo de parar, Alice. Dime que no y...

Ella puso un dedo en mis labios, silenciándome.

—Quiero la adrenalina.

Sonreí, de eso iba a tener, seguro. Con un movimiento, entré en ella y me quedé quieto al sentir cómo me envolvía con todo su calor. Apreté sus caderas para que no se moviera porque joder, iba a terminar en milésimas de segundos.

—Noah... Por favor.

Salí un poco y volví a entrar, disfrutando de la sensación de sentirme dentro de ella.

—Dios... Es increíble —gemí y comencé a moverme más y más fuerte. Más y más rápido.

Devorando su boca, tragándome sus suspiros y el grito cuando se rompió en mil pedazos, llevándome, con ella, a caer por el precipicio.

—Mierda —me dejé caer sobre su cuerpo unos segundos, antes de salir de su interior y acomodarnos a los dos de lado.

—Eso ha sido... —se quedó callada y suspiró. Cerró los ojos y apoyó su cabeza en mí.

Acaricié su espalda mientras intentaba normalizar mi respiración y poner en orden todos los pensamientos que se me pasaban por la mente.

—Increíble —dije, terminando su frase unos minutos después—. Ha sido increíble.

Le di un beso en la frente y suspiré cuando su respiración me hizo saber que se había quedado dormida.

Me había acostado con Alice y había disfrutado del sexo como nunca en mi vida.

Estaba jodido.

Y acojonado.

Así que hice lo normal: me levanté, me vestí, la tapé con una sábana para que no cogiese frío y me fui de allí, sin dar ninguna explicación.

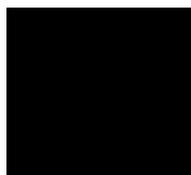
Era un capullo.

Lo fui ese día y los siguientes. Ni una llamada, ni una visita a Alice. Ni un maldito mensaje. Nada.

No sabía qué decirle. No sabía qué pasaría cuando volviese a tenerla cerca. Me asustaba eso e intentaba evitarlo.

No solo me daba miedo lo que había sucedido entre nosotros, sino también el sentir que, con una vez, no había sido suficiente. Necesitaba más de ella y, por eso mismo, tenía que alejarme.

Capítulo 5



Me desperté a la mañana siguiente desnuda en el sofá. Miré alrededor cuando conseguí que mis ojos se hicieran a la luz y suspiré al darme cuenta de que Noah no estaba allí. Su presencia, de ser así, la habría notado.

Puse mi brazo encima de mi cara, tapando mis ojos y respiré profundamente antes de ponerme a maldecirlo una y otra vez.

A él y a mí misma por ser tan imbécil.

Habíamos cometido un error. Él había salido corriendo y yo me estaba odiando en ese momento. Joder, ¿cómo habíamos llegado a eso? ¿Nos habíamos vuelto locos?

Ni que fuéramos unos críos para no controlar un calentón. Porque eso era lo que había sido. Los nervios o la tensión o a saber qué. Pero podíamos haber jodido una amistad de toda la vida por caer en la tentación de unos minutos de sexo.

Y qué minutos...

No sigas por ahí, joder, me regañé a mí misma.

Me levanté, con la sábana enrollada alrededor de mi cuerpo y fui a preparar el café. Con mi taza ya en las manos, iba hacia mi dormitorio cuando el timbre sonó.

Abrí sin mirar y sin preguntar y la regañina de Noah volvió a mi mente. La verdad era que debería de hacerle un poco de caso; no venía mal, siempre, tener un poco de cuidado.

Sobre todo con el look que tenía en ese momento.

Tras la puerta no había nadie. Fruncí el ceño, extrañada. Tal vez se habían equivocado.

Fue entonces cuando vi el sobre blanco encima del felpudo de la puerta. Me agaché y lo cogí, cerrando rápidamente, esa vez con pestillo.

“Solo quería darte la bienvenida a tu nueva casa. Seguro que será el comienzo de una nueva vida. En la que sueño con estar yo.”

Enarqué las cejas. Era una nota mecanografiada, así que no podía reconocer la letra. Extrañada, la dejé sobre la mesa. Seguramente se habían equivocado de dirección. Porque ¿quién me iba a mandar una nota así a mí?

Me di una ducha y salí para el trabajo. Llegué, como siempre, a tiempo y estaba preparada para enfrentarme a un nuevo día en el laboratorio.

La química había sido siempre mi vida, me encantaba. Compaginaba mis horas de investigación con las horas de docencia mientras impartía clases en la universidad. Era un empleo bien pagado y con el que estaba muy contenta.

—Buenos días, Alice.

—Buenos días, Anna. ¿Cómo pasaste las fiestas? —dejé mis cosas en la taquilla y cogí mi bata mientras saludaba a mi compañera de investigación.

—Bien, pero cortas —rio—. Apenas me dio tiempo a cambiar pañales, cocinar para todos platos que no pude probar por dar biberones y limpiar —terminó resoplando y me reí. Había sido madre hacía poco y recién acababa de volver de la baja maternal. Aún tenía que acostumbrarse, de nuevo, a su rutina. Charlie y yo teníamos que ponerla al día.

—Podías haber alargado un poco más la baja —le recordé.

—¿Y volverme loca en casa? No —negó rápidamente—. Mi hijo está bien con mi madre y, al menos, estar aquí a media jornada me evade un poco. Porque qué cansado es ser madre.

—Lo imagino —reí.

—No, no lo haces —rio ella—. Es agotador.

—Pero también lo mejor, ¿no? —le guiñé un ojo.

—Pues sí, para qué te lo voy a negar. Llegar a casa y ver los ojitos de ese pedacito de ti esperándote, te alegra la vida.

Podía imaginármelo perfectamente. Si era porque iba a tener un sobrino y me sentía feliz, ¿cómo sería cuando fuera madre? Si es que eso ocurría alguna vez, que a saber si encontraba al hombre con quien quisiera semejante responsabilidad.

Porque ahí sí lo tenía todo pensado y muy claro. Quería hijos, pero sería muy exigente con el padre. Una que era algo maniática y necesitaría conocerlo mejor que a sí misma.

—Que te espere alguien, sea un hijo o una pareja... Todo es bonito.

—Vaya, Charlie, ¿otro que está sentimental? —sonrió Anna.

—Buenos días, chicas y ya era hora de que te reincorporaras —sonrió mi guapísimo y encantador compañero mirando a Anna—. Es un nuevo ciclo, esperemos conseguir nuestros sueños —me guiñó un ojo y con su bata en la mano, fue para el laboratorio. Anna y yo lo seguimos.

—A mí con que me dejen vivir en paz en mi nueva casa, me conformo. Qué pesados son —resoplé.

—¿Siguen igual? —preguntó Charlie.

—¿Nueva casa? ¿Qué me perdí? —preguntó Anna.

—Me fui a un apartamento, creo que es hora de vivir sola —comencé.

—Lógico —asintió ella.

—Pues no me han dejado sola ni un día —suspiré.

—Sabes cómo es tu familia —me recordó Charlie.

—Ya... Espero que se les pase el afán protector pronto —suspiré.

—Y si no... Con decir que estás acompañada... —rio Anna.

—No sirvo para mentir —negué con la cabeza—. Me pillarían rápidamente. Además, saben que no soy mujer de una noche, que necesito...

—Conocerlo bien y enamorarme de su mente —terminaron a coro, conmigo, haciéndome soltar una carcajada.

—Y sin olvidar los detalles románticos —rio Anna.

—Eso nunca —reí.

—Tranquila, tampoco pides un imposible, te llegará el hombre de tus sueños. A lo mejor lo tienes cerca y no lo ves.

—Quién sabe, Charlie, quién sabe...

Y, por primera vez en mi vida, la imagen de ese hombre era la de Noah. Mierda, lo que había

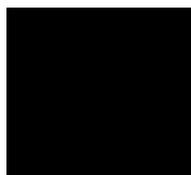
ocurrido entre nosotros me había jodido más de la cuenta.

Negué con la cabeza, intentando borrar esa imagen mental de Noah mientras me besaba. Mientras me decía que me deseaba. Mientras se adentraba en mí...

Pero el recuerdo no se iba de mi mente.

Definitivamente, estaba más que jodida.

Capítulo 6



—¿Y bien?

Miré a Smith. Estábamos en una de las jodidas sesiones psicológicas de la unidad. Terapia de rutina, como siempre. Llevábamos allí como diez minutos y nadie decía nada.

Moví la cabeza y miré a Liam, creyendo que la pregunta era para él, pero, extrañamente, también me miraba.

—¿Y bien qué? —pregunté de mal humor. Últimamente era mi estado natural.

—¿Ves? —intervino Liam.

—Lo veo, sí —Smith frunció el ceño.

—¿Qué demonios veis? —pregunté, exasperado.

—Algo le pasa.

—No empieces, Liam —le advertí.

—Está extraño desde que comenzó el año. Y estos últimos días ya... Está insoportable —continuó mi amigo y compañero.

—Estoy normal —puse los ojos en blanco—. Solo un poco cansado.

—¿Necesitas unas vacaciones, Noah?

—No me toques las narices, Paul —le advertí al loquero—. No es eso a lo que me refería.

—¿Entonces a qué? ¿No descansas bien? —insistió.

—No demasiado —confesé.

—¿Y eso por qué?

Me removí, incómodo. A él se lo iba a contar... Y teniendo al lado al hermano del objeto de mis desvelos, claro que sí... Ni de coña, vaya, dejando la ironía ya a un lado.

No tenía ganas de convertirme en el titular de ningún periódico en plan: “Agente del FBI es agredido por su compañero al enterarse, este último, del desliz de quien consideraba su amigo con su hermana pequeña. Mujer que, además, era como una hermana para la víctima.”

No, no me daba la gana de convertirme en ninguna víctima.

—Porque estoy cansado, nada más —gruñí—. ¿Para qué es esta sesión? Pensé que Liam ya no las necesitaba tanto.

—Fue Liam quien la pidió.

—¿Por qué? —miré a mi amigo— ¿Ocurre algo que no me has contado? —pregunté, preocupado— ¿Volvieron las pesadillas? ¿Eva?

—Tú —dijo él—. Me preocupas tú, pedazo de imbécil. No hay quien te soporte últimamente, me recuerdas a mí cuando... —se calló, abrió los ojos de par en par y miró a Smith, quien

afirmaba con la cabeza.

—¿Por qué no os vais los dos un poquito a la mierda? —gruñí.

Me sacaba de quicio ser el tema de conversación. Yo era siempre el que tenía que sacar de quicio a Liam, no al revés.

—No me jodas, si es que tenía que haberlo imaginado —dijo Liam y terminó poniendo una mueca de asco—. Mejor no imagino tanto. Joder, qué asco.

Smith soltó una carcajada y yo resoplé.

—¿Imaginar qué, idiota? —pregunté.

—¿Desde cuándo crees que pasa? —preguntó Smith, mirando a Liam.

—Pues diría que desde el almuerzo en casa de mis padres. Pero... —se quedó pensando unos segundos antes de terminar— Si me pongo a pensar en ello, creo que de toda la vida. ¿Y cómo demonios no me di cuenta antes?

—¿Pero cuenta de qué?! —exploté, nervioso.

—Ahora lo entiendo todo —terminó mi amigo.

—Como yo —el sarcasmo en mi voz.

—¿Crees que necesita unas vacaciones? —le preguntó Paul a Liam.

—No, creo que solo tiempo —respondió este.

—Vaya, gracias —les dije a los dos, el sarcasmo de nuevo por estar hablando de mí sin que yo entendiera nada y por decidir, sin ni siquiera preguntarme, sobre mi trabajo. Era todo de lo más normal.

—Cualquier cosa, me vais contando —Smith se levantó y nosotros también.

—¿Cualquier cosa sobre qué? Si no tenemos ningún caso —fruncí el ceño. Hacía días que estábamos con el papeleo y no nos movíamos de la central. De ahí, seguro, mi horrible mal humor. En ese momento entendía muy bien a Anderson, allí cualquiera se volvía un cascarrabias.

—De lo que sea, Noah, de lo que sea —sonrió el loquero—. Ah y Noah... —me giré cuando ya tenía la mano sobre el pomo de la puerta.

—¿Sí?

—Te considero alguien inteligente, espero no equivocarme.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Ya lo entenderás —sonrió y me hizo un gesto con la mano, echándonos de allí, claramente.

—¿De qué vais? —pregunté, enfadado, cuando salí del despacho.

—Nada, solo nos metíamos contigo.

No sabía por qué, pero no me lo creía.

El teléfono de Liam comenzó a sonar y cogió la llamada.

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Está todo bien?

Bueno, lo que me faltaba a mí era quedarme en una escena de azúcar pura. No, no podría con eso en ese momento.

—Espera —Liam me agarró del brazo antes de que me fuera y me preocupé al ver su cara—. ¿Estás segura de que no es una broma?

—¿Qué ocurre? —Liam levantó un dedo, pidiéndome silencio.

—No. No te preocupes. Voy para allá, por si acaso... Yo también te quiero.

—¿Le pasa algo a Eva?

—No. Recoge tus cosas, tenemos que irnos.

—¿Qué es lo que está pasando?

—No lo sé aún, para eso vamos.

—Liam —lo paré, sabía más de lo que me quería contar.

Mi amigo suspiró y me miró a los ojos.

—Es Alice, puede que esté en peligro.

Alice...

No quería encontrarme aún con ella porque no sabía cómo iba a reaccionar. ¿Podría mirarla como siempre? ¿Se nos habría pasado la tontería a los dos y todo volvería a la normalidad?

Pero la palabra peligro en esa frase dejaba todos esos miedos a un lado.

—¿Qué le pasó? —gruñí, parándolo de nuevo.

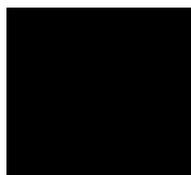
—Está bien, tranquilo. Tal vez no sea nada, solo iremos y nos aseguraremos de ello. Si es que me quieres acompañar, claro —lo dejó en el aire, como si eso pudiese estar en duda.

No sabía por qué me decía eso, Liam no sabía nada de lo que había pasado entre Alice y yo, pero ella no iba a estar en problemas y yo tranquilamente en casa.

¿Por qué, si algo le estaba pasando, no me llamó a mí?

Porque eres un capullo, me respondí a mí mismo.

Capítulo 7



Estaba sentada en el sofá con parte de la familia dando vueltas por la casa.

No sabía si estaba más nerviosa por lo que estaba ocurriendo o por tenerlos allí, paseándose, histéricos y con miles de teorías en la mente.

El timbre sonó y Hannah fue a abrir. No hacía falta que me girase, sabía que era Liam, Eva lo había llamado no hacía mucho para que viniera a casa.

—Por fin —suspiró Hannah a mi espalda. Creo que, la pobre, estaba más asustada que yo. Que, para qué mentir, tampoco lo estaba tanto. Solo habían sido unas notas, estaba segura de que llegaban a la dirección equivocada.

Pero cuando se lo conté a mi hermana, no dudó en llamar a los demás y preocuparlos. Y no pude hacer nada por evitarlo. Podía darme con un canto en los dientes porque mis padres aún no supiesen nada.

Y claro, todas esas mentes juntas no tuvieron otra idea que llamar al agente del FBI, mi querido hermano.

Lo único que esperaba es que viniese solo. Porque ni siquiera me iba a dar la vuelta para comprobarlo.

—¿Qué es lo que pasa? —mi hermano se puso frente a mí, con el ceño fruncido y las manos en las caderas.

Porque era mi hermano y lo conocía, pero la verdad es que solía ser imponente.

—Nada, están exagerando.

—¿Exagerando?! —un coro de voces a la vez.

—Me parece una exageración, no creo que sea más que una equivocación o algo así.

—Una equivocación... Las notas que te han llegado a diario ¿son una equivocación? — Hannah no salía de su asombro.

Puse los ojos en blanco, eso era lo que yo pensaba, sí. Tenía que ser un error, nada más.

—¿Qué notas? ¿Y por qué demonios soy yo el último en enterarme? —gruñó Liam.

—En realidad no eres el último, papá y mamá no saben nada —bufó Hannah.

—Y no les diréis nada —volví a advertir.

—¿Dónde están las malditas notas? —mi hermano a lo suyo, ignorando lo demás.

Hannah no tardó en dárselas todas y Liam la miró como si quisiera matarla.

—¿Cuánta gente ha tocado esto? —las tenía en la palma de su mano, sin abrirlas.

—Todos menos yo—suspiró Alan, quien también estaba allí.

Había llegado esa misma mañana a la ciudad después de pasar las fiestas con sus padres y

volvía para incorporarse, al día siguiente, a la unidad. A trabajar, después de meses de dura preparación como agente del FBI.

—Joder —gruñó Liam—. Desde luego, no aprendéis, ¿verdad?

Alan le dio un par de guantes y tras dejar las cartas en la mesa y ponérselos, Liam las leyó.

Podía recitárselas de memoria si hacía falta.

“Solo quería darte la bienvenida a tu nueva casa. Seguro que será el comienzo de una nueva vida. En la que sueño con estar yo.”

“Te sueño cada noche, no sabes hasta qué punto te necesito. Ya me está haciendo daño.”

“Soy yo el hombre que necesitas, el hombre de tus sueños, solo que aún no me has visto. Pero eso no tardará en suceder.”

“Un poco más y serás mía. Seremos tú, yo y esa cama. Para siempre.”

“Soñé con...”

Esa, mejor, no la iba ni a pensar. Porque era un poco subida de tono.

Liam, quien había leído todas en voz alta, me miró con las cejas enarcadas.

—Se tienen que haber equivocado de piso —insistí.

—La bienvenida a tu nueva casa... Y una mierda se han equivocado, Alice. ¿Quién puede mandarte notas así? —bramó.

—No lo sé —suspiré, cansada.

No quería pensar que podía ser yo el blanco de un acosador loco, tenía que ser un error. Mi hermana se sentó en el brazo del sofá y me abrazó. Eva, sentada a mi lado, cogió mi mano.

—Recoge tus cosas, te vienes a casa —ordenó mi hermana.

—No —negué rápidamente.

—Ahora, Alice —ordenó mi hermano.

Joder con las órdenes.

—Por Dios, ¡que no! ¿Vale? Me quedo aquí. No ocurrió nada, tal vez sea una tontería y estamos exagerando. ¿Qué queréis? ¿Que deje mi vida porque llegaron unas notas anónimas que ni siquiera sé si son para mí? Por favor, Liam, sabes que exageras. No hay nada para sospechar que sea yo el blanco. Incluso así —continué, antes de que me replicara—, no volvería a casa para poner en peligro, si hubiera, a papá, a mamá y a Hannah.

—Pero Alice... —suspiró Hannah—No nos podrías en peligro a ninguno y tú estarías más segura allí —insistió.

—¿Segura para con qué? Son solo unas estúpidas notas, nada más.

No iba a exagerar con el tema ni a dejarme llevar por el miedo. No pensaba moverme de mi casa y punto, no había más que hablar.

Acababa de independizarme, quería mi espacio.

—Alice... —suspiró mi hermana.

—Sé que con lo que ocurrió con Eva todos tenemos miedo de volver a vivir algo así, pero hay que pensar. Incluso si eso es para mí, nadie intentó hacer nada, solo unas simples notas —comencé.

—¿Dónde una dice cómo va a follarte! —explotó Liam.

—¿Y puedes detener a un hombre por eso, ceporro? —bufé— Joder, Liam, que el agente del FBI eres tú, no yo. Aquí todos sabemos que con eso —señalé las malditas cartas— ni hay pruebas

de nada ni podemos, siquiera, pensar que sea nada más.

—¿Y si lo es? —preguntó, Hannah, enfadada— ¿Y si cuando te des cuenta ya es tarde? ¿Ya te hizo algo?

—También puedo salir mañana y que me coja un coche —cogí aire, a ver si lo entendían de una vez—. No me voy a mover de aquí, no voy a cambiar mi vida por un miedo sin fundamento.

Eva me apretó la mano, al menos alguien que me entendía. Lo que ella había vivido sí debió de ser terrorífico. Y, por el miedo, perdió parte de su vida.

—Sabes que tiene razón, Liam —intervino Alan—. Ahora mismo no podemos hacer mucho más que estar pendientes y mandar esas cartas al laboratorio.

Liam afirmó con la cabeza, me miró a los ojos y yo sabía lo que estaba pensando. No quería volver a pasar por algo así, con lo de Eva había sido suficiente.

—Estaré bien —le aseguré—. Estaré alerta, lo prometo.

Pero poco más podía hacer.

—Está bien —suspiró y se pasó las manos por el pelo, frustrado—. Pero desde hoy no te quedarás sola en esta casa. Ni siquiera irás sola al trabajo. No saldrás de casa sin compañía y...

—¿Vas a ponerme guardaespaldas? —pregunté, incrédula. ¿Podía él hacer eso?

—No, sin algo más no puedo conseguirlos.

—Menos mal —suspiré.

Era agobiante pensar en alguien siguiendo cada uno de mis pasos.

—De todas formas lo intentaré, como favor personal, al menos unos días hasta ver si esto es una tontería como crees o no.

—Liam, no hace falta.

—¿Has estado con alguien últimamente? ¿Alguien extraño? ¿Algo raro o diferente?

—No —mentí, porque Noah... Noah no contaba— No he salido con nadie, solo del trabajo a casa. Nada raro que yo sepa.

—Cualquier cosa, por poco importante que parezca, que te haya resultado extraña o fuera de lugar, me lo dices.

—Está bien, pero hasta ahora todo normal, quitando lo de las malditas cartas.

—Debes estar pendiente a todo desde ahora. Y a todos.

—Lo haré. Podéis iros tranquilos.

—Yo me quedo con ella esta noche —dijo Hannah.

Estuve a punto de sonreír, era la más asustadiza de todos, pero adorable por no querer dejarme sola en un momento así, aunque la del miedo fuera ella.

—Sí, claro, porque tú podrías con él —se mofó Liam, llevándose un puñetazo en el estómago de nuestra hermana.

—Yo no me incorporo hasta mañana, puedo quedarme yo —dijo Alan.

Joder, lo que me faltaba. No es que me importara, Alan era un encanto, pero no iba a sentirme cómoda con él. Porque bueno... Sería algo raro.

—No —mierda... Cerré los ojos con fuerza al escuchar su voz. Pensaba que no estaba ahí, imaginaba que no quería verme ni aunque Liam se lo hubiese pedido—. Me quedo yo.

El tono en el que habló no dejaba lugar a réplica. No me moví, ni lo miré. Pero Liam sí lo hizo. Miró en dirección a la puerta, donde estaría él, unos segundos y asintió con la cabeza.

—Bien... —volvió a asentir— Dejo esto de camino para que busquen huellas y todo lo que puedan.

—Me mantienes informado —dijo Noah.

—Por supuesto —afirmó Liam—. Dejémosla descansar —miró a los demás y nadie rehistó. Me despedí de todos y me quedé sentada, esperando a que la puerta se cerrase.

—Aviso a Anderson y a Smith —escuché decir a Liam a mi espalda.

—Pídelo por mí.

—Ya sabía que tenía que hacerlo —una sonrisa en la voz de mi hermano.

¿Que pidiera qué?

—Estará bien —afirmó Noah.

—Lo sé —dijo Liam sin dudar y, tras eso, escuché cómo la puerta se cerraba.

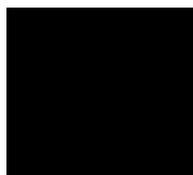
Cogí aire cuando ocurrió. Estaba en casa, con Noah. Solos...

Me levanté y me giré a mirarlo.

—Eres un gilipollas.

Y con esas, me marché, encerrándome en mi habitación e intentando ignorar que él estaba, de nuevo, allí.

Capítulo 8



Pues sí, era un gilipollas y de primera.

Me dejé caer en el sofá tras dejar la pistola y la placa en la mesa, abrí una lata de refresco, cogí el mando y encendí la televisión. Aún seguía en la misma cadena donde la dejé la vez que estuve en esa casa.

Sonreí. Alice no era muy amiga de la tele.

Ahora solo quedaba que se le pasara un poco el enfado y que pudiésemos hablar. Y, conociéndola, le duraría el tiempo de unas cuantas maldiciones, algún que otro golpe y una ducha para relajarse.

Un rato después, cuando la vi salir con el pelo aún mojado, supe que no me había equivocado. La conocía bastante bien.

Algo de azúcar y...

Se sentó a mi lado en el sofá cuando vio que tenía sus pasteles en la mesa, uno era precavido. Ni siquiera se inmutó al ver la pistola allí. Estaba ya acostumbrada.

—¿Por qué no me contaste sobre esas notas?

Ella masticó con tranquilidad y se acomodó, sentada sobre sus piernas y mirándome. Era algo que me gustaba de ella, siempre con la mirada de frente y clara.

—Por tu forma de huir y de mantenerte escondido, supe que no querías saber nada de mí.

—No seas tonta, Alice, sabes que no tiene que ver una cosa con la otra.

—No, sé, Noah. Tampoco me imaginé que después de algo así, fueras el tipo de hombre que saliera corriendo.

Eso había sido un jaque mate de primera. Me había dado de lleno en el estómago.

—¿Cuándo recibiste la primera?

No era momento ni yo estaba listo para ahondar más en lo que ocurrió. Bastante me estaba costando el tenerla delante y no poder tocarla. Porque era lo que me apetecía.

Desde que había entrado ese día en la casa, solo quise sentarme a su lado y mirarla. Saber si estaba nerviosa, preocupada... Aunque ella intentara demostrar que no, a mí no podría engañarme.

Yo no era uno de sus padres o hermanos que creían en esa fachada de control que ella usaba. Era humana, como todos. E igual que yo había sentido miedo al pensar que podía correr peligro alguien a quien quería, ella no era menos.

—La mañana después de... —carraspeó— Me desperté, me preparé el café y llamaron a la puerta. Entonces vi el sobre en el felpudo.

—¿Algo raro ese día? ¿Diferente?

—No —negó—. Todo normal. El trabajo y vuelta a casa.

—¿Y las siguientes notas?

—Empezaron a llegar día por día. No les di importancia, sigo pensando que deben de haberse equivocado.

—Estoy yo solo, Alice, no tienes que mantener ninguna fachada —suspiré.

—No es ninguna fachada —resopló—. Es que no tiene sentido, Noah. En mi vida no hay nada nuevo ni gente nueva ni...

—Te has cambiado de casa, a la que te dan la bienvenida en una nota. Con vecinos nuevos a los que no conoces... No me jodas con que no hay nada nuevo en tu vida —dije exasperado.

—¿Y voy a tener la maldita suerte de que un loco se obsesione por mí?

—Espero que no. Pero tampoco te dejaré sola hasta saberlo con seguridad.

—¿Qué quieres decir con eso? —frunció el ceño.

—Que, desde hoy, soy tu sombra. Si sigues empeñada en quedarte en esta casa, me quedaré contigo. Si te vas a casa de tus padres, iré allí. No voy a dejarte libre hasta que descubra si hay algo por lo que preocuparse.

—No hablas en serio —abrió los ojos de par en par.

—Ya te digo yo que sí.

—Noah, deja la idiotez. No puedes dejar tu trabajo a un lado por algo que ni siquiera sabemos si ocurre o no.

Me encogí de hombros.

—Ya lo hice.

—¿Qué?

—Ya Anderson y Smith deben de saberlo —le había pedido a Liam que hablase por mí y estaba seguro de que no me iban a poner problemas.

—Estás exagerando, como todos.

—Puede ser, pero no me arriesgaré a que te ocurra algo por no tomar precauciones.

—No soy tu maldito problema, Noah.

Era mi problema si yo quería que lo fuera. Me había preocupado por ella siempre. Aun picándola, aun metiéndome con ella, siempre estuve pendiente. Así que no iba a decirme ella si algo que podía hacerle daño podía considerarlo, o no, mi problema.

—Lo fuiste. Lo eres. Y lo serás siempre. Métetelo en la cabeza de una puta vez —exploté.

A ver si así, me lo metía yo también.

Me había sentido aterrado al pensar que algo podía pasarle. Joder, la última vez que estuve con ella...

Fue un completo imbécil.

—No voy a aceptar eso —terca como una mula.

—Ah, ¿no? Liam bastante tiene con su esposa a punto de dar a luz, cogerá la baja en unos días. ¿Prefieres a Alan? —pregunté y, no sé por qué, me dolía pensar eso. Que prefiriera a cualquiera menos a mí— ¿Es eso?

—No seas idiota.

—¿O prefieres a un desconocido?

—Vete a la mierda, Noah —fue a levantarse, pero la agarré de la mano, impidiéndoselo

—Esto es tu seguridad, Alice, no es lo que ocurrió entre nosotros. Son temas diferentes. Y te juro que nunca, pasase lo que pasase entre nosotros, dejaría que te ocurriese nada.

Esa era la verdad. Y la entendió, lo sabía por cómo me miraba a los ojos. Los tenía brillantes

por las lágrimas no derramadas.

Era la mayor verdad que había dicho en mi vida.

El timbre de la puerta nos sobresaltó a ambos. Se fue a levantar, pero negué con la cabeza. Solo yo abriría esa puerta.

Con el arma en la mano, me levanté y miré por la mirilla. No había nadie y la luz del descansillo estaba encendida.

Abrí, preparado para lo que fuera, pero nada. Despejado. Y otro sobre, algo mayor, en el felpudo. Me agaché con cuidado y cerré tras cogerlo con uno de los guantes que llevaba en el bolsillo. Lo coloqué encima de la mesa y con los dos guantes colocados, lo abrí.

—¿Otra más? ¿Qué dice esta vez? —no respondí, porque en ese momento estaba demasiado ocupado apretando mi mandíbula e intentando controlar el miedo que se había apoderado de mí como para poder articular sonido— Noah... ¿Qué pasa?

Cogí el móvil y llamé a Liam.

—¿Qué ocurre? —preguntó al descolgar.

—¿Puedes venir?

—Dejo a Eva y salgo para allá.

No hacía falta explicarle, sabía que era importante.

—Trae a Alan.

—Ahora nos vemos —dijo antes de colgar.

—Noah —Alice se acercó a mí, pero tapé lo que quería ver y volví a marcar en el móvil.

—Smith, activa el protocolo. Y avisa a Anderson —si se lo pedía al loquero, sería más rápido.

—Joder... —suspiró.

—Mándame un equipo.

—Enseguida. Te harás cargo tú, supongo.

—No lo dudes —dije antes de colgar.

—Noah.

—Ahora no, Alice.

—Y una mierda que no —intentó coger lo que tenía en mis manos, pero se lo impedí.

Sabía que tenía que verlo, pero joder, no me gustaba nada tener que enseñarle eso. Hasta el momento estaba muy tranquila y sabía que cuando viera lo que había llegado, el miedo se apoderaría de ella.

Y no era para menos.

—Siéntate —le ordené.

—Maldita sea, Noah. Es de mí de quien estamos hablando. Dime qué demonios hay en ese sobre —estaba perdiendo la paciencia.

—Primero siéntate —tenía que calmarla y, para ello, primero tenía que calmarme yo.

La cogí de la mano y la hice sentarse. Me senté a su lado y la miré a los ojos.

—Si es por mí, no verías esto.

—¿Qué es, Noah? Porque me estás asustando.

—Confía en mí y no lo mires.

—No tiene que ver con la confianza. Necesito ver...

Sabía que era así, pero no perdía nada por intentarlo.

—Yo te las enseño, no las toques.

—Está bien —acordó.

Lentamente, giré las fotos. Le enseñé solo una de las tres. Empezó a negar con la cabeza, sin poderse creer lo que estaba viendo.

—Eso es... —tragó saliva y los ojos se le llenaron, de nuevo, de lágrimas que no se iba a permitir derramar. La conocía bien.

—Alice...

—¿Estuvo en mi cuarto? —el horror en su voz.

Iba a matar a ese desgraciado. La había fotografiado durmiendo, había entrado en la maldita casa.

Y a saber si no había cámaras por allí.

Dejé las fotos encima de la mesa, me quité los guantes y cogí su cara entre mis manos. Estaba completamente en shock, sin reaccionar, algo normal en una situación así.

—Escúchame —no me miraba—. Alice, mírame —le ordené y lo hizo—. No se acercará a ti, ¿me oyes? Acabaré con esa mierda.

Ella asintió con la cabeza, pero sabía que todavía no estaba reaccionando.

—¿No me vas a dejar sola?

—No —juré y me dolió que pensara eso—. No voy a ir a ningún lado. No permitiré que nadie te haga daño.

Asintió de nuevo y seguía sin permitirse derramar ninguna lágrima.

Los golpes en la puerta no tardaron en sonar. Me levanté, armado, pero sabiendo, por cómo llamaba, que era Liam.

—No me jodas, Noah —dijo nada más entrar. Tenía que estar aterrado por tener que vivir lo mismo, ahora con una de sus hermanas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alan.

—El protocolo está activado, llamé a Smith. Lo tenéis encima de la mesa.

Los dos, poniéndose los guantes, se acercaron hasta donde dejé las fotos.

—Hijo de puta —gruñó Liam.

—Joder —escupió Alan.

—Alice, ¿estás bien? —Liam se sentó a su lado y ella asintió con la cabeza, cogiendo aire, usando la fachada que siempre tenía con ellos.

—Sí —aseguró. Y el tonto del hermano la creyó.

¿No se daban cuenta de que no era lo que aparentaba? Por muy fuerte que fuese, también tenía miedo. Pero todos la creían de hierro. Y era así, pero eso no significaba que no sintiera como los demás.

—¿Cuándo llegó? —preguntó Alan.

—Cuando llamé a Liam. Como siempre. Llamada en el timbre y sobre en el felpudo.

—¿De cuándo son esas fotos? —quiso saber Liam.

—De anoche —aseguró Alice. Se levantó y volvió a sentarse. Sabía que tenía miedo hasta de moverse de donde estaba.

—Maldita sea, voy a acabar con ese desgraciado —Liam estaba a punto de explotar, lo que era lógico.

Los golpes en la puerta volvieron a sucederse y Alan fue a abrir. Llenando el hueco, estaba Smith. Entró tras mirarnos a todos y, tras él, varios agentes con el uniforme del FBI y sus maletines en la mano.

—A fondo —ordenó el loquero. Y el equipo se dispersó. No iban a dejar un rincón de esa casa sin mirar. Eran los mejores en su trabajo—. Noah, Alan, Liam... —nos saludó con la cabeza,

miró a Alice y sonrió— Un placer verte de nuevo, Alice.

—No puedo decir lo mismo, Paul —resopló ella, haciendo que Smith sonriese.

—¿Qué tenemos? —volvió a ponerse serio y se acercó a la mesa. Miró las fotos desde lejos.

—Son de la pasada noche —le explicó Alan.

—¿Estabas sola aquí, Alice?

—Sí, Paul.

—Maldito —gruñó Liam.

Yo me acerqué a ella, me puse detrás y mi mano en su hombro, dándole un apretón.

—¿Sabemos algo? —quiso saber Paul después de quitar la vista de mi mano.

Alice levantó la suya y la puso sobre la mía, agradeciéndome el gesto. Se me hizo un nudo en el estómago. ¿De verdad ella pensaba que la dejaría sola en un momento así?

¿Por qué no? Si fuiste un capullo.

Joder, pero no era lo mismo.

—Nada. Nada, al menos, que ella haya notado extraño. Solo el hecho de que todo comenzó cuando se mudó aquí —le expliqué.

—Tiene que haber algo —yo lo sabía, no necesitaba decírmelo, pero tendríamos que esperar a que Alice relacionase qué. Eso y someterla a varios interrogatorios sobre los últimos días.

—No que yo recuerde —dijo ella.

—Bueno... ¿Cómo lo vas a hacer? —Paul me miró.

—Será lo haremos —intervino Liam, enfadado.

—Tú estás de vacaciones o de baja o como quieras llamarlo desde hoy.

—No me jodas, Smith, es mi hermana.

—Y Eva es tu mujer —lo miró fijamente a los ojos—. Como ayudes, extraoficialmente. Pero no te dejaré a cargo del caso.

—Hablaré con Anderson —cuando se ponía testarudo... Aún no había entendido que esas decisiones las tomaba el loquero.

—Hazlo —Smith se encogió de hombros—. ¿Y qué vas a decirle? ¿Que tienes algún problema con que tu compañero, quien además es tu mejor amigo, proteja a tu hermana? Porque hablamos de Noah —lo miró con las cejas enarcadas.

—Sabes que no es eso. Solo que... —suspiró Liam, sin terminar la frase.

—Que quieres estar aquí. Pero no es posible, Liam. Tu mujer te necesita. Pero si lo que crees es que Alice puede tener mejor protección que la de Noah, entonces me lo dices.

Lo estaba azuzando, no iba a tomármelo a mal. Liam puso los ojos en blanco, conociendo bien al loquero.

—Nadie mejor que Noah para confiarle la vida de mi hermana —las palabras de Liam, aunque imaginaba que pensaba así, me emocionaron.

—Bien —sonrió Paul—. En ese caso... ¿Cómo actuarás, Noah?

—Me la llevo de aquí.

—No —la negativa de Alice fue rotunda y yo maldije para mis adentros. Miré a Liam, habíamos vivido lo mismo con su mujer—. Nadie me va a atemorizar. Poned la casa patas arriba si queréis, pero no me moveré de aquí.

—A ver, cariño —me puse de rodillas en el suelo y esperé a que me mirase—. Es por tu seguridad.

—Si quiere encontrarme, lo hará. Aquí, allí... Y no voy a poner en peligro a mi familia.

—Alice... —gruñó Liam, su familia la querría con ellos.

—No —insistió ella.

—Veo que la testarudez es un rasgo familiar —la diversión en la voz de Paul.

No le veía nada divertido al momento. La mujer a la que tenía que proteger y que me importaba como nadie más, quería seguir en ese lugar, poniéndose en bandeja para un loco.

—Alice, coge lo básico, nos vamos ahora.

Y una mierda iba a ponerla en peligro. Y no iba a claudicar, por más que supiera que la única manera de pillarlo sería quedándonos ahí.

No iba a usarla como cebo ya tuviera que estar pendiente a ella las veinticuatro horas de cada día de mi vida.

—Que no —testaruda como nadie—. Y no me mires así, Noah. Es mi elección. Tu trabajo es cogerlo.

—No usándote a ti como cebo, maldita sea.

—¿Entonces a quién más? —rio ella, irónica— Si ese loco me quiere a mí, vendrá a por mí.

—Joder —me levanté y me pasé las manos por el pelo.

No era imbécil y sabía cómo proceder en mi trabajo. Pero con Alice...

—Ahora me entiendes, ¿verdad? —Liam me dio unos golpecitos en el hombro.

—Es tu hermana, oblígala a marcharse.

—Sí, claro —puso los ojos en blanco—. No te ciegues en este momento. Sabes que no hay otra manera.

—¡Pues ya la encontraré! —exploté.

—Escúchame, imbécil —tiró de mí hasta una esquina del salón y me encaró—. Es mi hermana, estoy igual o más preocupado que tú. Y, para colmo, ni siquiera puedo estar en esto —hablaba bajo y con rabia—. Deja lo personal aquí, porque ahora mismo no importa una mierda lo que sea que pase entre vosotros y protégela, porque la única manera de coger a ese desgraciado es con ella. ¿O quieres que te repita lo que me dijiste a mí cuando pasó con Eva? —negué con la cabeza— Entonces deja lo demás aparcado y actúa como el maldito agente del FBI que eres.

—No sé si podré siendo ella —reconocí, sin miedo a lo que Liam pudiese pensar.

—Lo harás, porque eres uno de los mejores. Y no dejaría que fueses tú si no supiera que la protegerás con tu vida. Eres la mente fría de este equipo, puedes hacerlo.

Apretó mi hombro, apoyándose.

—¿Y si fallo?

—No lo harás —me aseguró.

Agradecía su confianza en mí, pero me daba miedo que pudiera ocurrirle algo.

—¿Prefieres que Alan...?

—Y una mierda —escupí. Ni él ni nadie.

—Entonces haz tu trabajo.

Asentí con la cabeza y volví a acercarme a Alice.

—Si Liam no está, necesito a Alan aquí. Como apoyo y para las gestiones varias porque yo no me separaré de Alice —comencé—. Quiero un equipo de vigilancia en la casa, detectores de movimientos, alarmas, todo lo que ya sabes. Las ventanas habrá que bloquearlas también. Quiero que la casa sea impenetrable.

—Lo será en unas horas —confirmó Paul.

—Necesito conocer a cada vecino. Todos los datos de los compañeros de trabajo y amigos cuando Alice nos dé los nombres. Hasta el del quiosquero por donde pasa para ir a trabajar. Quiero saber hasta los resfriados que tuvieron en toda su vida —continué.

—Ya están en ello —me aseguró el loquero.

—Necesito saber la gente que ha entrado en el edificio. A ver si hay alguna cámara de seguridad cerca —pedí.

—Me pongo a ello ya —dijo Alan, saliendo por la puerta.

—Bien —suspiré—. ¿Se me pasa algo? —miré a mi mejor amigo.

—No —me aseguró—. Permaneced el fin de semana aquí y el lunes tenéis que salir.

—¿Y si no aparece y todo para? —preguntó Alice.

—Aparecerá —dijo Paul sin más, sin explicarle mucho más.

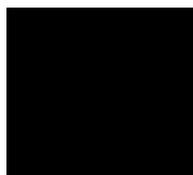
Ambos conocíamos bien a ese tipo de seres. Cuando uno de ellos se obsesionaba con una mujer, no pararía hasta tenerla. Y solo viéndola sola, se atrevería a actuar como el cobarde que era.

Y por ello teníamos esa nuestra forma de actuar. No solíamos fallar.

Si lo hacíamos, podíamos perder a la víctima. Y yo no estaba dispuesto a que nadie perdiera la vida así, mucho menos Alice.

—Vamos a acabar con esa mierda —dije con rabia.

Capítulo 9



Abrí los ojos a la mañana siguiente y pestañeé para acostumbrarme a la luz del sol. Me senté en el sofá y bostecé. Ni siquiera sabía cuándo me había quedado dormida, solo que me senté un rato mientras dejaba a los agentes hacer su trabajo.

Siendo consciente de todo, mi mente ya aclarada, el miedo volvió a apoderarse de mí. Miré alrededor y suspiré de alivio al ver a Noah apoyado en la puerta de la cocina.

—Buenos días, bella durmiente —sonrió. Levantó la taza de café que tenía en las manos—. Está recién hecho.

Me levanté, la cogí y le di un sorbo.

—¿Dónde están todos?

—Terminaron y se marcharon.

—¿Ya está todo a tu gusto?

—Puede decirse así —dijo enigmático.

Bebí un poco más de café mientras lo miraba. Por cómo tenía el pelo, no hacía mucho tiempo que se había despertado.

—¿Dónde dormiste? —le pregunté.

—Contigo.

Enarqué las cejas, el sofá tampoco era tan grande.

—¿Y Alan?

—Descansó un rato en tu cama. Ahora no está.

—¿Dónde fue?

—¿Por qué tanto interés? —preguntó con el ceño fruncido.

Evité sonreír, así que ¿sentía celos de Alan? Increíble...

—Solo preguntaba.

—Lo mandé a comprar.

—Noah —reí, negando con la cabeza—. No lo trates como al novato.

—Lo es —una sonrisa torcida de pícaro se formó en su rostro.

Riendo, pasé por su lado, dejé la taza en la encimera y abrí la despensa. Suspiré, no había...

—No tienes pasteles, lo mandé por algunos. Y lo necesario para pasar el fin de semana.

—Gracias —sonreí por el detalle. Me gustaba estar así con él, como siempre, sin malos rollos, como si aquello no hubiese ocurrido. Porque odiaba que nos hubiese afectado de esa manera, separándonos como amigos—. ¿Tenemos que estar todo el fin de semana aquí?

—Sí —se acercó a mí, mirándome seriamente.

—Será aburrido para ti —suspiré. Nerviosa, más que nada, por cómo me miraba.

—Tengo idea de cómo podemos divertirnos —enarcó las cejas y yo puse los ojos en blanco.

—Quieto, Casanova, prefiero tenerte como amigo a perderte por un polvo.

Noah soltó una carcajada y terminó por hacerme reír.

Se paró frente a mí, sus manos en mi cintura y me hizo abrir las piernas para acercarse más.

—¿Cómo estás? —me preguntó con seriedad.

—Bien —*si no tenemos en cuenta lo cerca que estás y que esta postura me hace pensar en lo que no debo*, pensé.

—Te lo estoy preguntando yo, Alice.

Suspiré, era una tontería intentar mantener esa fachada con él, me conocía mejor que mi propia familia, al parecer.

—Tengo miedo, pero confío en que todo saldrá bien.

—No voy a dejar que te haga nada.

—Lo sé.

—La otra noche...

—No, Noah... De verdad, ahora no es momento. Olvidemos lo que ocurrió. Lo que pase en Las Vegas, se queda en Las Vegas, ¿recuerdas?

—¿Es eso lo que quieres?

—Eso es lo mejor para los dos.

Me miró unos segundos y asintió con la cabeza. Me dio un beso en la frente y se separó de mí.

—Va a ser una jodida tortura —refunfuñó mientras salía de la cocina.

Pues sí, en eso tenía razón. Porque de lo único que tenía ganas era de sentirme entre sus brazos. Quizás así olvidaría la pesadilla en la que se había convertido mi vida.

Terminé el café y Alan llegó con los pasteles. Desayunamos mientras hablaban de algunos de los vecinos que estaban descartados y volvió a marcharse para “peinar” la zona. Al parecer, tenía algunos lugares más con posibles cámaras de seguridad por investigar.

Me di una ducha, me cambié de ropa y sonreí cuando llegué al salón y me encontré a Liam y a Eva allí.

—Deberías de estar descansando, no aquí —le di un abrazo a mi cuñada y me senté con ella en el sofá.

—Tuve que obligar a Liam a que me trajera. Cumpló en un par de semanas, así que imagino que teniéndolo ya en casa, no me dejará ni moverme —suspiró.

—Te quiere.

—Lo sé —sonrió—. Pero necesitaba venir a verte —cogió mi mano, una muestra de cariño y confianza muy grande para ella conociendo su pasado—. No puedo creerme que tengas que vivir algo así, es horrible. ¿Cómo estás?

—Bien, dentro de toda esta pesadilla —no iba a preocuparla.

—Liam está sin dormir. Sé que se siente impotente por no estar aquí, contigo. Le dije que se quedara, yo estaré bien.

—No —negué rápidamente—. Yo no me perdonaría que no estuviera contigo el día que el pequeño venga al mundo. Y no quiero que se sienta culpable, ni tú tampoco, no podéis hacer más. Además, no me dejó desprotegida.

Eva miró a Noah, quien estaba de brazos cruzados frente a Liam, escuchando atentamente a mi hermano y volvió a mirarme a mí.

—¿Qué ha ocurrido entre vosotros?

Su pregunta me cogió un poco por sorpresa.

—¿Tanto se nota? —gemí, mortificada.

—Desde el primer día que os vi juntos —rio.

—¿De qué hablas?

—Venga, Alice. Soy mujer, no tienes que ocultarte conmigo. No sé desde cuándo estás enamorada de Noah y —sonrió— por la cara que me estás poniendo, creo que ni tú misma te has dado cuenta.

—Yo no estoy... —me callé porque joder, ¿enamorada de Noah?— Aún no te dio tiempo a perder sangre en el parto —refunfuñé.

Alice soltó una carcajada y yo negué con la cabeza. Lo que necesitaba yo era estar enamorada del alma libre y dominante de Noah para terminar de volverme loca.

—¿Sabes? El día que lo vi entrar en casa de mis padres, por poco necesito un babero —me miraba, divertida—. Hasta que vi entrar al bruto de tu hermano, claro. Ya Noah desapareció.

—Es el efecto Noah —puse los ojos en blanco. No había mujer que se le resistiera.

—Es un hombre simpático.

—Eso lo crees porque aún no lo conoces bien —resoplé—. Es un auténtico grano en el culo.

—Contigo. ¿Por qué será? —enarcó las cejas.

—Vete tú a saber... —tenía razón en eso. Solo era así conmigo. Ni con Hannah ni con nadie más, nunca.

—Alice... Lo que estás viviendo es duro. No importa qué tipo de acoso, cuánto se extienda en el tiempo. El temor, el miedo y la inseguridad que nos provoca es duro —suspiró, nerviosa, suponía que recordando su pasado—. Pero estás siendo muy valiente al enfrentarte a ello.

—No puedo hacer otra cosa.

—Puedes. Desaparecer como hice yo en su día. Y serías igual de valiente.

Tenía razón en eso, no había cobardía en ninguna de las decisiones que se tomaron en un momento así.

—Tengo miedo —reconocí.

—No serías humana si no lo tuvieras. Todos lo tenemos y queremos verte libre de todo esto.

—¿Mis padres saben algo?

—No. Liam les dijo alguna que otra mentira, él se encarga de ellos.

—Bien...

—Solo quiero darte un consejo en todo esto. Confía en Noah, no dejará que te ocurra nada.

Lo sabía, estaba completamente segura de eso. Por más que pudiera sacarme de mis casillas, nadie mejor que él para protegerme.

—Lo hago.

—¿Estás segura? —sonrió y me guiñó un ojo.

No entendía qué quería decir.

—¿A qué te refieres?

—Es fácil. ¿Dejaste que cayera tu máscara con él?

Miré a Noah, quien seguía pendiente a la conversación con mi hermano. Como si sintiera mi mirada, sus ojos se encontraron con los míos. Me observó unos segundos antes de fruncir el ceño y sin explicaciones y dejando a Liam con la palabra en la boca, se acercó a mí. Se agachó y me miró, preocupado.

—¿Estás bien?

Miré a Eva y me guiñó un ojo antes de levantarse. Mis ojos se encontraron, de nuevo, con los

de Noah.

—Solo cansada.

Él escudriñó mi cara, no se creía ni una palabra de lo que le decía. Dios, ¿alguna vez podría engañar a ese hombre? ¿Cómo era que había logrado conocerme tan bien?

—Termino de hablar un par de cosas con tu hermano y ya se marchan, así podrás descansar.

—Tranquilo, en serio, estoy bien —sonreí.

Levantó una mano y acarició mi cara. Me dio un beso en la frente, sin importarle lo que pudieran pensar los demás sobre su nosotros y se levantó, de nuevo acercándose a Liam, quien abrazaba a su mujer.

Lo miré, con su postura defensiva, escuchando atentamente a mi hermano. La preocupación reflejada en su rostro.

Tan diferente a cuando sonreía...

Desde que había comenzado todo eso, lo había visto sonreír muy poco y me sentía culpable por ello.

Aun cuando siempre quisiera picarme, Noah era un gran amigo. Siempre había estado ahí, pendiente a mí.

Sus ojos sobre mí, controlando que todo estuviese bien.

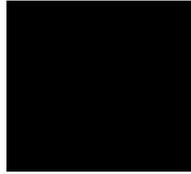
Suspiré y apoyé mi cabeza en el sofá. Estaba guapísimo. Siempre lo había sido, eso no podía negarlo. Y echaba de menos ese carácter burlón que mantenía escondido por todo lo que estaba ocurriendo.

Echaba de menos al Noah de siempre.

Echaba de menos al hombre del que me enamoré.

Mierda, pensé cuando me atreví a reconocerlo, ¿cuándo había ocurrido eso?

Capítulo 10



—¿Qué averiguaste? —le pregunté a Alan esa noche cuando se dejó caer en el sofá.

Alice y yo, cuando Liam y Eva se marcharon, estuvimos ordenando un poco el desastre, los chicos del equipo dejaron todo patas arriba.

Alan volvió cuando mi amigo y Eva salían de casa, dejó la compra, comió algo y volvió a salir. Llevaba la profesión en la sangre, se le notaba en cómo le brillaban los ojos por la excitación de investigar. Iba a ser un buen compañero para Liam y para mí, porque formaría parte de nuestro equipo y se convertiría en uno de los mejores, no tenía duda de ello.

¿El inconveniente? Otro más para las sesiones del loquero. Charlas extra me estaba imaginando ya...

—Déjalo respirar primero —resopló Alice.

Dejó unas latas de cerveza encima de la mesa y volvió a la cocina.

—No mucho —Alan bebió un poco de cerveza y suspiró—. Los pequeños negocios que hay por el barrio son bastante humildes, tampoco es una zona problemática, así que la seguridad es mínima. Mínima de esa clase, porque armas, con o sin licencia, tienen todos. Después pasa lo que pasa —resopló.

—Nada nuevo.

—Ya... Incluso en el pueblo era así. Y siendo el sheriff tenía que hacer la vista gorda muchas veces —lo entendía, tenían que protegerse de alguna manera, pero era un peligro y podía salir herido alguien—. A lo que iba, encontré un pequeño comercio que sí tenía una y no está mal situado. Estuve revisando alguna de las copias, pero nada extraño. Aun así, las dejé en el laboratorio. Las grabaciones de las dos últimas semanas, por si acaso.

—Bien. ¿Nadie vio nada raro?

—No. Ni sospechan de nadie. Excepto el quiosquero de la esquina, que no dejaba de hablarme de un hombre algo extraño. Le di la descripción a Liam para que las comparase con los vecinos y amigos.

—Me lo dijo, estaban en ello.

—¿Tú tienes alguna novedad?

—Aún no, pero en unas horas tendrán todos los datos que pedí. Se me está haciendo eterno —resoplé.

—Estás cansado.

Sí, pero nada comparado a vivir con el miedo de que a Alice pudiese pasarle algo y de que yo no fuese capaz de protegerla.

—Van demasiado lentos, joder —refunfuñé.

—Tienes que relajarte, Noah.

—No seas idiota —resoplé.

—¿De verdad crees que lo soy? Maldita sea, mírala. Es ella la que está pasando por esto. Por más que signifique para ti, estás dejando que el miedo se note.

—La intento proteger.

—Pues protégela de ti mismo.

—Vas a entrar en la unidad con mi puño clavado en tu mandíbula, pedazo de imbécil —le advertí.

—Deja de comportarte como un cromañón y razona. Mírala, Noah, está pendiente a ti tanto o más que tú a ella. Entiendo que esto es jodido, lo he vivido muchos años con mi hermana. Pero necesita que le des tranquilidad. No verte tenso y asustado. Joder, que pareces nuevo.

—¿Qué quieres? ¿Que sea el payaso de siempre cuando puede pasarle algo y es mi responsabilidad?

—Sí, maldito idiota. Al menos que cuando estés con ella, te relajes. Como ahora. Necesita normalidad. Necesita ver al Noah de siempre, el hombre asustado te lo guardas para cuando ella no esté cerca. ¿Lo entiendes ya?

Asentí, sí lo entendía y tenía razón.

—Es difícil.

—Créeme, lo sé —suspiró Alan, él lo sabía mejor que nadie—. Pero tienes que hacerlo por ella, no solo necesita al agente del FBI que la saque de esto, necesita a su amigo. O lo que sea que seáis.

Lo que sea que seáis...

Éramos mucho más que amigos, sin contar lo que había ocurrido entre nosotros. Y eso no cambiaría, no, al menos, por el momento. Porque la atracción seguía ahí, las ganas de abrazarla seguían conmigo. No sabía si por mi afán de protegerla o por qué más. Pero la necesitaba cerca y odiaba ver cómo la mujer segura que a veces tanto me enervaba, había desaparecido.

—¿Todo bien? —preguntó, dubitativa, desde la puerta de la cocina.

—¿Todo bien, Noah? —me azuzó Alan.

La miré, la preocupación en su cara mientras me observaba. Mi amigo tenía razón, tenía que comportarme con ella como siempre.

—Me muero de hambre, ¿tenemos comida o pedimos algo?

Su rostro se relajó y se me hizo un nudo en el estómago cuando una pequeña sonrisa se formó en su rostro. Cada día que pasaba, me daba cuenta de cuánto significaba para mí que ella estuviese bien.

Necesitaba sentirla cerca.

—Con todo lo que le encargaste al pobre Alan, tenemos comida para un mes —rio.

—Eso nos lo comemos este fin de semana.

—No seas exagerado, Noah —seguía riendo—. Voy a ver qué preparo, ¿unos sándwiches?

—Yo me doy una ducha mientras, si no os importa, a ver si destenso mis músculos —suspiró mi amigo.

—Ve, yo te ayudo con la cena —me levanté y la seguí a la cocina—. ¿Sándwiches de qué?

—Pues a ver —abrió el frigorífico—. Da la casualidad de que todo está como planeado para poder hacer tu favorito.

—Pues no sé por qué —me hice el tonto.

—Claro que no —rio y comenzó a sacar las cosas—. En serio, Noah, sigo sin entender las aceitunas en los sándwiches —puso los ojos en blanco cuando abrió el bote.

Cogí una y me la metí en la boca, gimiendo por su sabor. Ella negó con la cabeza, divertida. Cogí otra y se le fui a meter en su boca, pero se movió para impedirlo.

—Qué asco, no quiero —puso su cara de horror. No sabía por qué les tenía tanta acritud a las aceitunas, a mí me encantaban.

—Las probarás —le dije cuando la alcancé, apoyando su cuerpo en la puerta del frigorífico, inmovilizándola con el mío.

—Noah, no me gustan.

—Veremos —le di un dulce beso en los labios, disfrutando de su suspiro—. ¿Sabes mal? —susurré, lamiendo su labio.

Sabía que no tenía que estar haciendo eso, pero la necesitaba. La deseaba y con una vez no había sido suficiente.

Y no me importaban, en ese momento, las consecuencias.

—Noah, no hagas eso —rogó.

El temblor en su voz me hizo parar y maldecirme.

—Lo siento —puse mi frente sobre la suya—. Sé que no debería con lo que vives y no lo haré más.

—No es por eso, Noah —la miré a los ojos—. Ese cerdo no controla eso de mí —dijo con rabia—. Es solo que la otra vez saliste corriendo y no quiero volver a perderte así.

—No fue por ti, Alice. No fue por...

—Da igual —puso un dedo sobre mis labios—. Pero tu amistad es más importante.

Y con cómo me comporté, le di a entender que una vez haciéndola mía, le daría la patada. Fui un gilipollas, ¿pero cómo iba a explicarle el miedo que sentí en ese momento por todo lo que ella me provocaba?

—Te sigo deseando —le di un beso en la frente—. Eso no ha cambiado, Alice —al menos, eso, lo tenía que saber.

No la había usado ni me había decepcionado ni cualquier mierda de pensamiento que se le pudiese haber pasado por la cabeza.

Lo que ocurrió fue increíble. Daba miedo, pero fue el mejor sexo de mi vida.

Me separé de ella y abrí el pan de molde.

—¿Seguro que no te pongo aceitunas? —bromeé, sacándole una sonrisa.

—Todas para ti —dijo relajada.

—Mejor —me comí otra y le guiñé un ojo.

—Qué asco —soltó una carcajada y preparamos la comida entre bromas.

Tenía que soltar la tensión. Por lo que vivíamos, por lo que sentía por ella que tampoco llegaba a entenderlo. Por todo...

—Terminarán gustándote.

—Nunca —puso cara de asco, haciéndome reír.

Comimos algo rápido y le dejamos unas mantas a Alan para que durmiese en el sofá. Si es que dormía algo, estaba demasiado atento a todo, como yo.

Llegué al dormitorio de Alice y me giré. Estaba en la puerta, sin entrar.

Había observado, ese día, que había entrado solo el tiempo justo de coger la ropa para ducharse esa mañana y poco más. Tenía que estar asustada porque ese malnacido estuvo ahí, mirándola mientras dormía.

Me acerqué a ella, con calma y entrelacé nuestras manos.

—¿Dormimos mejor en el sofá?

Ella negó con la cabeza, intentaba hacerse la dura.

—No.

—No eres menos fuerte por ello, Alice —dije con suavidad.

—¿No soy menos fuerte por necesitarte cerca? —susurró, mirándome con tristeza.

—Maldita sea, no —la acerqué a mi cuerpo y cogí su cara con mis manos—. Eres la persona más fuerte que conozco. Aun llorando, aún asustada, lo eres. Porque siempre, aunque caigas, te levantas.

—Tengo miedo, Noah, tengo miedo de dormir en esa cama.

—Estaré contigo. Pero si quieres, no la usamos. Me quedaré contigo donde te sientas mejor.

—En la cama —dijo testaruda.

—¿Segura?

Asintió con la cabeza. Cogí sus manos de nuevo y tiré de ella hasta que se tumbó. Hice lo mismo, aún con la ropa puesta.

—¿Vas a dormir así?

—No quería asustarte —sonreí, bromeando.

—A estas alturas, Noah —rio, pero seguía nerviosa.

—Ven aquí —la abracé y la hice apoyar su cabeza en mi pecho, acomodándonos a los dos—.

Una de las tantas veces que me quedé en casa de tus padres y que trasnochamos viendo una película, terminamos así. Dormidos en el sofá. Era de terror y no tardaste en abrazarme —acaricié su espalda, disfrutando por tenerla cerca.

—Recuerdo que, cuando despertamos, por poco me mandas a la mierda.

Me reí, era cierto. Ese día fue el primero en que sentí miedo por lo que ella significaba para mí.

—Era un poco violento, tu hermano dormía cerca.

—Desde entonces cambiaste.

—¿Sí?

—Sí —levantó la cabeza y me miró a los ojos—. Y te convertiste en ese grano en el culo que me saca de quicio. Entre eso y tus incontables ligués, se creó el efecto Noah.

—¿Qué es el efecto Noah? —me divertía el tema.

—El guaperas que hace babear a todas y no le dice que no a ninguna —puso los ojos en blanco, haciéndome soltar una carcajada.

—Estás exagerando —reí.

—Te aseguro que no.

—El efecto Noah no te afectó a ti —le guiñé un ojo.

—Supongo que no —me encogí de hombros—. Porque yo conozco al Noah de verdad.

—¿Y cuál es ese? —pregunté con curiosidad.

—El que se esconde detrás de esa fachada burlona. Un gran amigo que se preocupa por la gente que quiere. No el ligón de una noche con cada una —se quedó en silencio unos segundos—. Así es como me sentí ese día cuando te marchaste. Te odié por haberme tratado como a una más.

Cerré los ojos y suspiré. Era un gilipollas, pero no me marché por eso. Ella nunca había sido como nadie, ella no tenía que compararse. Era única. Era especial para mí.

Siempre lo había sido.

—Lo siento.

—Ya no importa, me alegra que podamos seguir siendo amigos.

—Siempre lo seremos, Alice —le aseguré.

—Eso espero.

La abracé más fuerte, deseando que descansase. Tenía los ojos rojos e hinchados de dormir poco.

Su cuerpo se relajó y, poco a poco, su respiración también.

—¿Noah? —susurró, adormilada.

—Dime.

—Yo también te sigo deseando. Aunque no deba hacerlo.

Mi cuerpo en tensión. Joder, no podía decirme algo así, me iba a matar.

La abracé con fuerza y besé su cabeza, disfrutando de la cercanía de tenerla cerca e intentando entender qué era lo que ocurría entre nosotros.

Había deseo, había cariño, había amistad... Había necesidad de protección por mi parte, de sentirse protegida por la suya...

Pero tal vez estábamos confundiendo las cosas, tal vez solo era producto de lo que vivíamos. Tal vez, cuando todo acabase, lo que fuera que hubiese entre nosotros también se enfriaría, volviendo a lo de siempre.

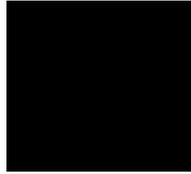
Tenía una maraña mental impresionante.

O tal vez no era así y...

Lo importante, en ese momento, era que Alice recuperara su vida. Después, ya se vería lo demás.

Ya intentaría entender qué significaba, de verdad, esa mujer para mí.

Capítulo 11



Me desperté sobresaltada.

—Tranquila, cariño, estoy aquí.

—Noah... —me abracé a él, había tenido una pesadilla.

—Estás bien, solo fue un mal sueño.

Abrí los ojos, la luz de la pequeña lámpara de la mesilla de noche encendida. Levanté la cara y lo miré.

—Estás aquí —dije aliviada.

—¿Dónde más iba a estar? Solo fue una pesadilla.

—Soñé que te ibas y que él venía.

—Eso no va a ocurrir —dijo con firmeza—. No me voy a separar de ti, no va a poder acercarse. Y te juro que acabaré con él cuando lo encuentre —la rabia en su voz.

—¿Por qué haces esto?

—¿Por qué hago qué?

—Sé que es tu trabajo, pero...

—No trabajo así con nadie, Alice, si es lo que me estás preguntando —su voz sonó ofendida.

—No quería decir eso —negué inmediatamente—. Solo... —pensé en las palabras de Eva, quizás podía dejar caer mi máscara un poco más con él, incluso conmigo misma— Me haría daño saber que me tocas por hacerme sentir mejor.

Noah abrió los ojos como platos, no se esperaba lo que le dije. Pero era mi miedo, tal vez ni me deseaba, solo era su afán por protegerme.

—Estás siendo muy Davies, Alice —gruñó.

—¿Qué significa eso?

—Que eres medio tonta —resopló. Me puso de lado y él frente a mí—. Me acosté contigo porque te deseaba. Ni siquiera había pasado esto. No salí huyendo porque no me gustase, joder, fue al contrario. Me asusté porque quería más. Y te sigo deseando igual o más que ese día. Me muero de ganas por tocarte y sé que no puedo hacerlo. Porque ni siquiera sé qué ocurre entre nosotros, qué ocurrirá y yo también tengo miedo de perderte por una jodida metedura de pata.

Lo soltó todo de sopetón, sin pensar, como si hubiese pensado en ello más de una vez.

—¿Me deseas? —susurré.

Puso su mano en mi trasero y me pegó a él, su erección rozándome el bajo vientre.

—¿Responde eso a tu pregunta? —gimió— Pero no te pediré nada ni te tocaré porque yo no quiero sentir o que sientas que me aprovecho de la situación.

—¿Que te aprovechas?

—Tienes miedo, Alice. Buscas seguridad. Y si es con sexo, no te ayudará.

—Entiendo... ¿Piensas que me acerco a ti por miedo?

Si supiese la verdad...

—Es una opción, como tú pensaste que me acerco a ti por hacerte sentir mejor —le había dolido eso.

—¿Y tan malo sería si fuese así?

Me miró como si estuviese loca.

—No vayas por ahí, Alice.

—Noah... ¿Y si nos olvidamos de todo durante este tiempo? —insistí, porque lo necesitaba. Necesitaba sentirlo cerca.

—¿Qué me estás pidiendo?

—Lo mismo de esa noche. Lo que pase en Las Vegas, se queda en Las Vegas.

—¿Me estás pidiendo una aventura? —parecía escandalizado.

—¿Tan malo es?

—Muy normal no, joder.

—Pensé que me deseabas...

—No uses, otra vez, mis palabras en tu favor. Y no pongas esa cara de pena, Alice, te conozco bien.

—Olvidalo, no dije nada.

—Una aventura... Joder, Alice, tú no eres mujer de una aventura. Ni siquiera sabes las reglas de una aventura.

¿Por qué estaba tan ofendido?

—Relájate, tampoco es para tanto. Solo pensé...

—Pues deja de pensar.

—Está bien, olvida todo, no pienso con claridad.

—Será mejor. Ahora duerme, aún es de noche —gruñó.

Evité poner los ojos en blanco y le hice caso. Cerré los ojos y disfruté de la sensación de sus dedos en mi piel, acariciando mi espalda.

Sin poder controlarme, acaricié su cuello con mi nariz y le di un pequeño beso.

—Alice... —sonaba mortificado. Sonreí y volví a hacerlo— Para —me advirtió—. No me hagas perder el control.

¿Cuánto necesitaba Noah para eso?

Volví a besarlo, esa vez usando mi lengua, un beso húmedo.

—Joder —gruñó antes de, con un movimiento, ponerse encima de mí—. Estate quieta, no soy de piedra.

—Solo te di un beso —dije inocentemente. Sabía adónde quería llevarlo.

—No juegues conmigo.

—No lo hago.

—Entonces olvida el tema de la maldita aventura.

—No quiero —abrí mis piernas y moví mis caderas cuando se colocó como quería—. Te deseo, Noah.

—Y yo a ti —dijo entre dientes—. ¿Pero después qué, Alice? ¿Cuando todo esto se acabe?

—Nos quedará el recuerdo.

—No digas tonterías —suspiró—. Tú no eres así, ¿qué te pasa?

—No lo sé. No quiero pensar en ello. Solo sé que te deseo, ¿tan difícil es de entender?

—No —puso su frente sobre la mía—. ¿Pero qué ocurrirá después?

—Eres tú quien me dijo en que no debía de pensar tanto —moví un poco mis caderas—. Si de verdad me deseas, ¿a qué esperas?

—No me puedo creer que hables así —terminó riendo.

—Yo tampoco —sonreí—. Pero no puedo luchar contra lo que quiero.

—¿Y qué quieres exactamente?

—A ti, dentro de mí. Ahora.

—¿Y mañana?

—Mañana aún no llegó. Es ahora cuando necesito sentirte.

Gimió, derrotado, antes de devorar mis labios.

Había claudicado.

Me besaba con hambre, con la misma necesidad que yo sentía por él. Nuestras manos nerviosas, temblando mientras nos desnudábamos el uno al otro, hasta fundirnos piel con piel.

Su boca bajó por mi cuerpo, besándome, mordéndome. Mis manos en su pelo, cogiéndolo con fuerza, mostrándole lo que me hacía sentir.

—Te necesito, Noah.

Encima de mí, apoyó los codos a cada lado de mi cabeza y me miró, nuestras respiraciones agitadas.

—No quiero que me necesites, cariño. Quiero que me desees como te deseo a ti.

Me emocionó escuchar eso, entendía bien ese sentimiento.

—Lo hago, sabes que te deseo.

—Entonces demuéstremelo —sonrió.

Me moví para que se quitara de encima e intercambiamos posiciones. Lo besé, disfrutando de la cercanía de su cuerpo y de cada caricia. Dejé su boca y besé su pecho, bajando, haciéndolo temblar.

—No —dijo antes de que bajara un poco más.

—Déjame hacer lo que quiera.

—Otro día —volvió a intercambiar posiciones.

—Pero, Noah —me quejé.

—Llevo días soñando con volver a tenerte entre mis brazos, así que no esperes que me controle. Quiero entrar en ti ya —con la protección, me penetró—. Joder —gruñó al estar completamente dentro de mí.

Comencé a moverme a la vez que él. Volvía a sentirme como la primera vez, como si volviese a vivirlo de nuevo. Los embistes de Noah, sus besos, su respiración entrecortada. Iba a llevarme rápido al abismo.

—Noah... —gemí, comenzando a temblar. El orgasmo apoderándose de mí.

—Espérame —me pidió, moviéndose un poco más rápido y haciéndome estallar, él derramándose dentro de mí.

—Joder —suspité cuando se dejó caer sobre mi cuerpo. Lo abracé y me sentí tranquila por tenerlo cerca.

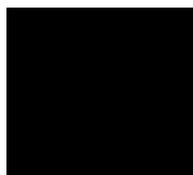
Me dio un beso en la cabeza y salió de mí, me acurrugué a su lado y disfruté de su abrazo.

—Descansa, cariño —susurró.

Pero me daba miedo. Miedo a despertar y que no estuviera ahí. Miedo a perderlo por dejarnos llevar. Correría el riesgo, estar con él así lo merecía.

Cerré los ojos y recé por verlo al despertar.
Sobre todo recé porque cuando la pesadilla acabara, Noah siguiera ahí.

Capítulo 12



—Liam—era temprano, Alice estaba preparando el café y Alan poniendo la mesa mientras yo tomaba una ducha. Salí del baño y saludé a mi mejor amigo—. ¿Qué haces aquí? Deberías estar con Eva.

—La dejé un momento con Hannah. Mi hermana está tan enfadada porque no la dejamos venir a ver a Alice que la única forma que tengo de controlarla es con Eva. Dentro de nada tengo a mis padres viviendo también en mi casa —suspiró.

—¿Cómo están papá y mamá? —Alice se sentó y se tomó el café.

—Bien. Algo preocupados, pero les voy mintiendo. No puedo hacer otra cosa.

—Han pasado de saber de ella a diario a que apenas les cuente nada, es normal que presupongan que algo no va bien —intervino Alan.

—Yo me encargo de ellos —resopló Liam.

—¿Qué traes ahí? —pregunté mirando el sobre.

—Un sospechoso. El único, los demás están limpios —me dio el sobre y lo abrí—. Elliot Hamilton, el vecino de abajo. Tiene un buen historial de antecedentes —asentí con la cabeza mientras los leía: posesión de drogas, órdenes de alejamiento rotas, violencia de género.

—Desde luego, lo tiene todo para convertirse en la mierda que buscamos —resoplé. Le mostré la foto a Alice—. ¿Lo conoces?

—Sí —afirmó—. Lo he visto un par de veces cuando subía, me lo he encontrado. Un saludo respetuoso y ya. Creo que lo he visto en algún lado más, pero no recuerdo ahora.

—¿Qué piensas? —le pregunté a Liam.

—Que no tenemos a nadie más. Alice se rodea de gente limpia, al parecer.

—Tampoco es que me rodee de mucha gente —bromeó ella.

—Mejor así —le aseguré.

—No tiene perfil de acosador, no, al menos, con una desconocida —Alan tenía la ficha policial en su mano—. ¿Qué piensa Smith?

—Lo ve como tú, pero es el único que cuadra. Además, tampoco podemos fiarnos de los perfiles porque el acosador no tiene por qué tener antecedentes en ello. Dado que no tenemos a nadie más y con su negro pasado...

—Habrá que controlarlo —gruñí—. ¿Qué tal interrogarlo?

—¿Y ponerlo sobre aviso? —suspiró Alan— No creo que nos convenga, puede hacerlo parar un tiempo y alargar esto más de lo necesario.

—Exacto —afirmó Liam.

—¿Vigilancia? —pregunté.

—Smith está en ello.

—De todas formas intentaré saber sobre él en el barrio —Alan se levantó, cogió su placa y su arma y abrió la puerta—. Os cuento al volver —dijo antes de cerrar.

—¿Y si no es él? —pregunté a mi amigo, aunque sabía bien qué iba a decirme.

—Llegó el momento de hacer salir a quien sea de la madriguera.

Exactamente lo que me temía.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó Alice.

—Usándote a ti —dije de mal humor y sin cuidado ninguno.

—Entiendo... —pero se veía que no entendía nada. Lo haría pronto, porque yo no alargaría demasiado esa agonía. Tenía ganas de verla libre de eso de una vez por todas— ¿Y yo qué tendría que hacer?

—Solo una cosa, Alice —su hermano la miró a los ojos—. Hacer, exactamente, todo lo que te diga Noah.

Alice asintió y yo suspiré. Era el último día del fin de semana. Al día siguiente, Alice volvería a su vida y tendríamos que encontrar la manera de que, quien fuese, intentase acercarse a ella. Era la única manera de poder ponerlo entre rejas. Porque, hasta el momento, no teníamos nada. Unas simples cartas que, por desgracia, no servían de mucho y unas fotos que nos decían que el tipo estaba más obsesionado de lo que imaginábamos.

—Vuelvo a casa, no me fío de la loca de mi hermana. Menos aún de Eva —Liam se levantó, resoplando—. Manténme al tanto de todo. ¿Necesitas algo? ¿Ropa? ¿Un relevo?

—No, gracias. Alan se encargó ya. Lo llevamos bien.

—¿Qué planes tenéis mañana? —preguntó mientras iba hacia la puerta.

—Tu hermana tiene que volver al trabajo, a su vida. Es una mierda, Liam, porque ahí puede acercarse y que no me dé tiempo a llegar —suspiré.

—Relájate. Quien sea ya sabe que está con alguien, las notas no han vuelto a llegar. Ahora tienes que esconderte y hacerle creer que vuelve a estar sola e indefensa. Estará observándola, solo sabiendo que está sola, volverá a actuar. Tú encárgate de cogerlo.

—Lo haré.

—No lo dudo. Estaré pendiente a todo.

—Lo sé, me avisas si al bebé le da por nacer en el momento menos oportuno —reí.

—Siendo hijo de Eva, seguramente será así —bufó y yo solté una carcajada, estreché su mano para despedirme—. ¡Después te llamo, Alice! —gritó antes de cerrar la puerta.

Me senté en el sofá, al lado de Alice e intenté respirar.

—¿Nervioso?

—Sí —respondí sin mirarla—. Pero porque quiero terminar con esto ya.

—Tranquilo, pronto dejarás de verme —su voz sonaba a broma, pero a mí no me hacía ninguna gracia.

—No digas eso ni en broma, no te hará nada porque no lo permitiré —la miré, enfadado.

—Me refería a porque se terminaría nuestra aventura y podrás seguir con tu vida.

Puse los ojos en blanco, exasperado con el tema.

—¿Qué aventura ni qué mierda, Alice?

—Como sea que llames a esto con tiempo límite —se encogió de hombros.

—Veo que eres una experta en el tema —sonreí cuando se puso roja.

—Claro, tengo aventuras cada día de mi vida.

—Estoy empezando a odiar esa palabra —resoplé.

—¿La aventura? —su voz, sensual y divertida mientras se sentaba a horcajadas sobre mí.

—La palabra —gemí al notarla cerca.

—¿De mí te aburríste ya?

Resoplé, esa mujer me iba a volver loco.

Tenía que cerrarle la boca, así que más me valía besarla y hacerla olvidar todo y a todos. Haciéndola mía allí, en ese sofá en el que fue mía por primera vez. Solo que en esa ocasión, no iba a irme a ningún lado.

Me quedé tumbado con ella mientras disfrutaba de la sensación de seguir sintiéndola tan cerca.

—Tengo que confesarte algo.

—Miedo me da —aún tenía la respiración agitada y debíamos de movernos allí antes de que Alan apareciera, pero Alice no parecía estar por la labor.

—La culpa fue mía.

—¿La culpa de qué? —la moví para mirarla, poniéndola encima de mi cuerpo.

—El día de la boda de Liam... Ya sabes...

—No, no sé —me hice el tonto, porque sabía, de más, de qué iba la cosa.

—Esa pelirroja con la que bailaste.

—¿Pelirroja? No recuerdo... Ah, sí.

—No te hagas el tonto, Noah, que se te caía la baba con ella.

—No exageres —resoplé—. ¿Y qué tienes que ver tú con ella?

—Verás... ¿Prometes no enfadarte?

—¿Tan malo es?

—Un poco, pero tienes que entender que lo hice por tu culpa.

—Lo tendré en cuenta antes de enfadarme o no —seguía serio, pero quería reírme a carcajadas.

—Me la encontré en el baño, hablaba con su amiga de... Bueno, ya sabes, lo bueno que estás y todas esas cosas que dicen de ti.

—¿Qué dicen de mí y quién? —sonreí.

—Idiota, lo sabes bien —resopló—. A lo que iba. Estaba enfadada contigo y dije algo sobre ti que no debía. Después me arrepentí, claro.

—Claro... ¿Por qué estabas enfadada?

—Tonterías de mujeres —dijo evasiva.

—Me interesa saberlo.

—Eras mi pareja ese día, aunque no elegimos serlo y fuera cosa de los novios, pero joder, mujer que pasaba, mujer a la que mirabas. Me sentí... Un poco idiota.

—Así que te inventaste que tenía ladillas para que ninguna se acercase a mí.

—¿Lo sabías? —me miró con los ojos abiertos de par en par, horrorizada y tuve que estallar en carcajadas.

—Yo y todo el mundo. El chisme llegó a oídos de tu madre, quien me cogió aparte para advertirme de que no se me ocurriera tocar a nadie.

—Joder, dime que eso no es cierto —estaba roja como la grana.

—Te aseguro que sí —no podía dejar de reír—. Liam me ayudó a salir del apuro con ella.

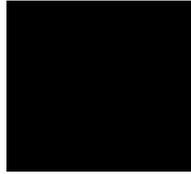
—Joder, Noah, lo siento, no sé qué me pasó.

—¿Celosa? —acaricié su trasero y le di un beso en el cuello.

—No, jamás... No hagas eso —gimió cuando puse mi mano entre sus piernas.

—Eso y más —y lo prometido es deuda.

Capítulo 13



Esa noche me costaba dormir.

Sentía que Noah también seguía despierto, pero se mantenía en silencio. Sabía que también estaba preocupado.

Al día siguiente volvería a mi vida “normal”, al menos antes los ojos de ese loco. Tenía que hacerlo para ver si así se acercaba y terminábamos, rápido, con eso.

Entendía el procedimiento, pero no por ello me sentía más tranquila. Aunque no se lo dijese a Noah, estaba más asustada de lo que quería reconocer.

Me dormí abrazada a él, pensando en que al día siguiente nos separaríamos. No sabía por cuánto tiempo.

No tenía ni idea de si ese loco vendría pronto a por mí o retrasaría mucho el momento.

Ojalá acabase todo pronto.

-¿Despierta aún? -preguntó Noah.

-No -mentí y terminé riendo.

Su pecho se movió también por la risa.

-¿Hablas en sueños?

-Puede ser.

-Interesante -consiguió acercar su cara a la mía y me besó-. Debes descansar, cariño, mañana será un día complicado.

-Será normal.

-No para tus nervios. Ni para los míos.

-Tengo miedo, me jode reconocerlo, pero es así.

-Lo sé, pero prometo que no dejaré que te pase nada.

Lo sabía y abrazándolo, cerré los ojos, deseando que pronto terminase toda aquella pesadilla.

-¿Alice?

-Dime...

-Tampoco puedo dormir.

-Ya veo -reí-. ¿Cómo puedo ayudarte?

-Se me ocurren un par de ideas -puso su mano sobre mi sexo, haciéndome gemir.

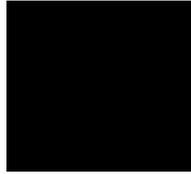
-¿Nunca te cansas? -gemí.

-¿De ti? Pues no -metió un dedo dentro de mí-. Y por cómo estás de mojada, creo que tú tampoco -su dedo aún más dentro, provocándome.

-Noah...

Y esa solo fue la primera vez que suspiré su nombre durante toda la noche.

Capítulo 14



—¿Recuerdas la palabra?

—Sí, Noah, me la has dicho como quinientas veces, no soy tonta.

—Estaré pendiente en todo momento. No estarás sola en esa casa aunque no me veas, ¿vale?

—Sí.

Ya me había explicado que tendrían que marcharse. Estarían en un piso de ese mismo bloque, había cámaras de seguridad por toda la casa y yo llevaba un micrófono por si ocurría algo.

—No me gusta esto, Alice —dije con sinceridad—, pero...

—Hay que hacerlo —terminó ella por mí.

—Lo sé, es la única manera de que se acerque a ti —suspiré—. Intenta actuar lo más normal que puedas. Alan y yo siempre estaremos cerca.

—¿Tardará mucho en dar la cara?

—No lo creo. Debe de estar desesperado por saber que has pasado el fin de semana con otro —le di un beso en los labios, sin importarme que Alan nos viera—. Con otros dos —reí pensando en mi compañero—. Pensará que montaste una orgía.

—No sería mala idea —sonrió, pícara.

—Olvida el tema —resoplé.

No estaba en condiciones mentales de imaginarme a Alice con alguien más.

—Entonces mi vida normal, ¿no?

—Sí. ¿Preparada?

—Vamos a por él.

Cogí su cara entre las manos y le di un beso.

—Suen a despedida —susurró cuando me separé.

—Solo es un hasta pronto —me giré y salí por la puerta. Alan me siguió, nos montamos en el coche y dimos una vuelta por la manzana para despistar a quien estuviese pendiente a ella.

—Tengo la sensación de que el hijo de puta se va a hacer de rogar.

—Yo también, Alan. Yo también...

Y ambos teníamos razón.

Viernes y aún no habíamos logrado nada. Ni un mensaje, nadie que la siguiera más cerca de la cuenta.

Era desesperante. Verla de lejos y no poder acercarme. Sentir el miedo por saber que apenas dormía por las noches, menos mal que se mantenía al teléfono conmigo.

Me pasaba cada hora que estaba en la casa mirando las pantallas, controlando todo. Estaba

agotado, pero no descansaría hasta coger a ese hijo de puta.

Era viernes, la semana terminaba y ella volvería a casa. Estaba a punto de salir del trabajo, Alan y yo esperándola fuera, en un coche con los cristales tintados con el que la seguíamos a todos lados. Los auriculares puestos, escuchando todo lo que allí ocurría por el micrófono que llevaba Alice.

—¿Te apuntas, Alice? —preguntó su compañera.

Anna, madre de un niño desde hacía pocos meses. Casada con un vendedor de coches, los dos hipotecados hasta las cejas pero eran ciudadanos modelos. No más que un par de multas por estacionamiento y alguna que otra factura de móvil que no había sido pagada a tiempo. Fueron descartados rápidamente de la lista.

—Lo siento, no os escuché. ¿Apuntarme a qué?

—Charlie decía de ir a tomar una cerveza a un nuevo pub que han abierto aquí cerca.

—Estoy demasiado cansada —rechazó la oferta.

—Vamos, Alice. Una cerveza y vuelves a casa. Cerveza, nosotros y a la cama. Eso es soñar, ¿no? Eso es vida —rio.

—Ese tío es un imbécil —resoplé mirando a Alan.

—No eres el único que lo piensa —rio mi compañero.

La respuesta tenía que ser no, no podía arriesgarse a meterse en un pub lleno de gente y con la música a todo volumen.

—De verdad que no, me apunto a la próxima. Ahora solo quiero terminar esto, llegar a casa, darme una ducha y dormir hasta el lunes —resopló.

Sonreí, a mí me gustaría hacerle compañía con ese plan, solo que no iba a dejarla dormir demasiado.

—Como quieras —dijo Anna—. Pero a la próxima no te acepto un no.

—Vale —rio Alice.

—No tardes en irte —le advirtió Anna.

—Diez minutos y termino. Nos vemos, chicos.

—Adiós —se escuchó decir a sus compañeros.

Con la música de fondo y pensando que estaba sola, se olvidó hasta de que la escuchábamos y no pude soltar una carcajada cuando comenzó a cantar a pleno pulmón.

—Será todo lo cerebritito que quieras, pero no tiene oído musical —Alan hizo una mueca mientras se separaba el pinganillo de la oreja.

No era la primera vez que la escuchaba cantar en tantos años, pero sí hacía mucho que no ocurría. Entre lo mal que cantaba y lo mal que dibujaba, el arte no estaba hecho para ella.

Pero ella era libre en ese momento, seguramente hasta a nosotros nos había olvidado.

—Se ha activado el sensor de la casa.

Alan puso la pantalla de la cámara de seguridad de la puerta principal de la casa de Alice y vimos cómo un sujeto, con una gorra negra y con la cabeza agachada dejaba un sobre en la puerta de su casa.

—Es nuestro —mirando la grabación en directo, dos agentes de incógnito no tardaron en aparecer tras él, apuntándolo con sus armas.

—¡Sí! —gritó Alan.

—¡Levante las manos! —gritaron al unísono.

—No, yo no hice nada —negó el desgraciado. Negó repetidamente con la cabeza, la gorra se cayó y pudimos verle la cara. Hamilton...

—Está usted bajo arresto por la Policía Federal, tiene derecho a guardar silencio... —mi compañero silenció la cámara y suspiró.

—¿Se puede ser más idiota? —resopló Alan.

—Demasiado fácil —algo no me cuadraba.

Mientras uno de los agentes abría el sobre y mostraba las fotos a la cámara, fotos de Alice durmiendo, parecidas a las anteriores y con un corazón dibujado en rojo enmarcando su cara, el otro le ponía las esposas.

—Mejor así, Noah. Mejor así.

No sería la primera vez de que un caso se nos resolvía sin apenas mover un dedo, solo porque el desquiciado mental no tenía ni dos dedos de frente y creyendo que la víctima estaba desprotegida, volvía a actuar según su patrón.

No era lo más común, pero sí lo habíamos vivido las suficientes veces para saber que muchos de ellos no eran bastante aventajados mentalmente. De todas formas, sentía que algo se me escapaba.

Cogí la llamada de Smith cuando sonó el móvil.

—Lo tenemos. Muy sencillo esta vez, pero es nuestro.

—Lo vimos —le aseguré—. Llevo a Alice a casa y voy para allá, que nadie le saque una palabra antes de que yo llegue.

—No te preocupes, nadie lo hará. Desactivo las cámaras, es hora de que vuelva a tener su privacidad.

—Gracias.

—Se pilló solo, Noah. Él volvió a la boca del lobo. Aún no sé cómo pueden ser tan tontos.

—El loquero eres tú —reí.

—No lo entenderé nunca —suspiró, haciéndome reír—. Un cerdo menos en las calles.

—No sé, Paul... Algo no me cuadra. No puede ser tan sencillo —tenía una mala sensación y me solía guiar por mi instinto. Aunque, quizás, esa vez estuviese equivocado y no pensase con claridad tratándose de Alice.

—Se acabó, Noah. Te aseguro que se acabó.

Colgó la llamada, podía ser. Mejor así, cayendo solo que por la fuerza. Nadie salió herido.

—Noah, Alan, voy para casa —dijo una preciosa voz por el pinganillo.

—Dale la noticia —Alan me guiñó un ojo y yo salí del coche.

La vi aparecer, a lo lejos y me acerqué a ella. Se quedó parada cuando me vio, dudando de si podía acercarse a mí. Así que fui en su búsqueda.

—Lo tenemos —me acerqué a ella, las manos en mis bolsillos, ni siquiera sabía si tocarla o no. Aunque lo estaba deseando.

—¿Cómo?

—Te dejó otro sobre en la puerta.

—¿Y ya está? ¿Con esto se acaba todo?

—El hombre que te acosa está bajo arresto, pillado con las manos en la masa, no volverá a acercarse a ti.

—No me lo creo —sonrió—. Dios, Noah —me abrazó y la estreché aún más, echando de menos su cercanía.

—¿Volverás a esa casa?

—Sí —se separó de mí—. Es mi casa, tengo mejores que peores recuerdos en ella. Yo también los tenía y no los olvidaría nunca.

—Te dejo allí entonces. Quiero ser yo quien lo interroge.

—No. Si ya lo tenéis... Déjame ir sola.

—Alice, no...

—Estaré bien, tendré que hacerlo a partir de ahora y, además, quiero volver a disfrutar de la sensación de sentirme libre —sonrió—. Ya no soy una obligación para ti.

Nunca lo había sido, pero tenía que darle su espacio. Separarme de ella y entender qué era lo que ocurría entre nosotros.

—Está bien —cogí su cara entre mis manos—. Te mantendremos al tanto.

—Vale. Gracias por todo, Noah.

No tenía que dármelas. Le di un beso en la frente y la dejé marchar. Volví al coche y suspiré.

No me gustaba esa sensación en el estómago. Como no me gustaba verla alejarse, lo nuestro quizás ya había llegado a su fin. Ya no me necesitaba para nada.

—Quiere hacerlo sola —dijo Alan, sin necesidad de que le explicase.

—Sí.

—Es una mujer valiente.

—Lo es —la miré colocarse los auriculares tras jalarle el micro de la ropa y tirarlo a una papelera. Me quitó el pinganillo y suspiré—. Supongo que ya no me necesita para nada.

—¿Querías que te necesitara?

No. Lo que quiero es que me quiera.

—No. No es eso lo que quiero.

—¿Y sabes lo que quieres de ella?

A ella, pensé, pero me mantuve en silencio.

Estábamos a punto de llegar a la central, Alice no tardaría mucho más en llegar a su casa, si calculaba bien.

—¿Puedo decirte algo, Noah? —preguntó Alan cuando no respondí.

—No —negué rotundamente.

—Da igual, lo diré de todas formas.

—Pues del carajo —dije con ironía. Me libraba de Liam para tener a su doble al lado.

—Te creía más inteligente.

Y con esa frase que ya había escuchado por segunda vez en las últimas semanas, todo cobró sentido.

—No es él. Me cago en la puta. ¡No es él!

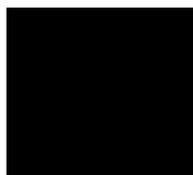
—¿Qué...?

—Da la vuelta, Alan, está esperándola en su casa.

El miedo volvía a apoderarse de mí. Tenía que llegar antes que ese desgraciado lo hiciera.

Cogí el móvil, necesitaba ayuda.

Capítulo 15



Libre, por fin podía sentirme libre.

La verdad es que alguien no se da cuenta de cuánto significa sentirse así hasta que el miedo se adueña de su vida. Y, gracias a Dios, lo mío había terminado bien, no había ido a más.

Entré en casa y cerré la puerta. Dejé el bolso en el sofá y fui adentro. Necesitaba una ducha y descansar. Sobre todo la mente, todo eso había sido una locura.

Pero bueno, se había terminado. Y, gracias a Dios, sin daños que lamentar para nadie.

Abrí el ropero, cogí el pijama, cerré la puerta y...

—Hola, Alice.

Joder, me notaba el corazón a punto de salirse por mi boca. Me llevé una mano al pecho cuando lo vi allí. La pistola en su mano.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, asustada y tartamudeando.

—Ahora que ya se fueron todos esos amigos tuyos polis, era el momento de que pudiese verte. Y cumplir mi sueño.

—¿De qué sueño hablas?

—Lo sabes bien. De dormir contigo en esa cama. Estás preciosa cuando duermes, ¿lo sabes?

—Joder —miré alrededor y comencé a caminar hacia atrás. Necesitaba algo, no sabía qué, pero algo en la mano—. Fuiste tú.

—Claro —sonrió y por primera vez en mi vida, sentí miedo al ver a alguien con una sonrisa en el rostro—. Siempre he sido yo, pero nunca me viste.

—Estás loco —joder, me iba a dar algo.

—Loco no, Alice. Solo enamorado de ti.

—A ver... —tragué saliva cuando me choqué con la pared. Él me seguía muy de cerca, así que se paró frente a mí, a escasos milímetros— ¡¿De qué mierda estás hablando?! —grité, sollozando por primera vez.

No era miedo lo que sentía, era terror de ver a alguien metido en casa. A alguien que creía conocer, además. Y que resultaba ser un jodido loco acosador.

—No, no, no, Alice —negó con la cabeza—. Comportate como la mujer adulta que eres, no armes un numerito —me acarició la cara y yo la giré, no quería que me tocara—. Shhh... —me agarró la cara con la mano, con fuerza, clavándome los dedos para obligarle a mirarlo— Ven conmigo a la cama, tu amigo no tardará en venir.

—¿De quién hablas? —sollocé cuando me agarró del pelo, me separó de la pared y con la pistola en mi espalda, me obligó a ir hasta la cama. Me sentó entre sus piernas cuando él se

colocó detrás.

—Tu querido amigo del FBI. El amor de tu vida. ¿Cuántas historias de Noah he escuchado en todos estos meses? —suspiró, asqueado, en mi oído— Él te ignora y tú sigues pensando en él. Estando yo aquí...

Un estruendo en la puerta me sobresaltó.

—¡Alice! —gritó Noah y un sollozo salió, de nuevo, de mi garganta.

—¿Ves? —rio— Sabía que no tardaría en venir.

Miré hacia la puerta del dormitorio cómo Noah entraba, pistola en mano, apuntando directamente hacia la cama.

—Suéltala —gruñó.

—Hola, Noah. Tardaste más de lo que pensé en descifrar el mensaje. Mira que era simple. Pero el amor nos ciega, ¿vedad?

—Noah...

Intenté que me mirara, pero no lo hacía. Necesitaba ver sus ojos en un momento así.

—Shhh... —dijo de nuevo en mi oído— Deja el llanto para después, cuando lo veas tirado con una bala en el pecho.

—No —sollocé—. Es a mí a quien quieres, no a él.

—Maldita sea, Alice, ¡cállate! —gritó Noah, perdiendo la paciencia.

—Pero qué bonito —soltó una carcajada—. Pobre tonta enamorada. A lo mejor la bala te la llevas tú por defenderlo a él.

—Déjala, Charlie. No será tuya si la matas, no volverás a verla.

—No será mía de ninguna manera, Noah. Porque esta idiota solo tiene ojos para ti —dijo con rabia—. La podía haber hecho feliz, ¿sabes?

—Todavía estás a tiempo.

—No. Ya no —suspiró. Puso el cañón de la pistola en mi frente y pensé que iba a desmayarme—. Hasta hace no mucho pensé que sí. Pero vi esa despedida de hoy entre los dos... Ella no será de nadie si no es mía.

—¿Y eso es amor, Charlie? ¿Preferirla muerta?

—Antes muerta que llorando por un imbécil como tú —escupió—. ¿Con cuántas la engañarías, Noah? Siempre has usado a las mujeres, ella misma me lo ha contado. ¿Por qué iba a ser distinto con ella?

—Ella no es como todas, los dos lo sabemos.

—No, no lo es —cada vez estaba más furioso y yo temblaba más. Noah se movía poco a poco y, de vez en cuando, miraba hacia la ventana—. Por eso no dejaré que la trates como tal.

—¿Y si me voy? ¿Y si prometo no volver a verla?

—La tonta lloraría por ti —rio—. ¿Sabes? No es la primera vez que me dejan por alguien como tú. Y aún no lo entiendo. Soy joven, atractivo, simpático, dulce —yo iba a vomitar—. Siempre pendiente a ellas... Y todas, ¡todas!, prefieren a un cerdo como tú. A alguien que les dé órdenes. A alguien duro, mujeriego... No lo entenderé nunca.

Estaba loco, completamente loco.

—Tienes razón, son todas iguales.

—Ella no —dijo refiriéndose a mí.

—Claro que no —la convicción en la voz de Noah—. La culpa la tuve yo. La engañé para acostarme con ella.

Sabía que tenía que ganar tiempo, conocía cómo trabajaban en el FBI, pero, aun así, me dolía

escuchar decirle eso con tanta sinceridad.

—Lo sabía —rugió.

—Se ha encaprichado porque ha creído en mí, pero se le pasará.

—¿Lo ves? Solo se reía de ti, yo jamás haría eso —dijo en mi oído.

—Si sigues asustándola, no vas a conseguir que se fije nunca en ti, Charlie. No has hecho nada malo, solo quererla.

—Es lo único que llevo haciendo mucho tiempo y ¡no me ve!

—Lo hará, cuando yo ya no esté.

¿Pero qué intentaba? Ser el blanco. Joder, no podía hacer eso.

El silencio se instaló en la habitación, me daba miedo lo próximo que fuera a decir.

—Sí —apuntó a Noah con su arma—. Solo en ese momento lo hará.

Todo sucedió muy rápido.

Grité cuando sentí un intenso dolor en el brazo. El grito de Noah fue tapado por un estruendo en la ventana del dormitorio y el sonido de disparos me hicieron gritar. Me moví, tirándome sobre la cama, encogida y tapándome los oídos.

Parecía eterno, los gritos, las voces, nada de eso iba a acabar.

—Alice...

Lloré al escuchar la voz de Noah y abrí mis ojos, buscándolo con la mirada. Había varios agentes allí.

Me dolía el brazo a rabiar, pero tenía que encontrar a Noah.

Salí rápido de la cama sin saber dónde estaba ese loco y caí al suelo.

Entonces lo vi, con Alan a su lado y todo lleno de sangre.

—Noah —lloré acercándome a él.

—Tranquila, no es nada —me intentó tranquilizar.

—Estás sangrando. Dios mío, ¡te disparó!

—Alice, no le pasará nada —dijo Alan.

—Alice, ven —Liam apareció a mi lado, intentando levantarme al cogerme por la cintura.

Gemí de dolor, sentía que me iba a desmayar.

—Le ha disparado —lloré, estaba completamente desubicada.

—Noah es duro —aseguró mi hermano, intentando ponerme en pie—. Ahora eres tú quien necesita ayuda.

—¿Yo? ¿Yo por qué? Déjame en paz, Liam, quiero estar con Noah.

—Porque estás herida, ¡joder! —gritó Noah desde el suelo.

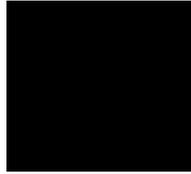
¿Herida dónde?

—Oh, mierda...

Miré mi brazo, el que tanto me dolía y ese fue el último recuerdo que tengo de ese momento.

Todo lo demás era oscuridad.

Capítulo 16



Dejé caer mi cabeza en la cama donde estaba Alice y cerré los ojos. Hacía un rato que estaba allí, cuando habían terminado de sacarme la bala del hombro. Ella estaba dormida, sedada, pero bien, según me dijo Liam.

Me acerqué a verla y allí seguía un rato después, con su mano bajo la mía, intentando controlar la rabia que aún me consumía.

Casi la pierdo y todo por no haberme dado cuenta de las cosas antes.

Casi muere por mi culpa.

—Noah.

Levanté la cabeza y miré a Liam. Estaba en la puerta, apoyado, mirándonos.

—Sigue dormida.

—El sedante es fuerte, lo necesitaba. ¿Podemos hablar?

Me levanté, apretando mi mandíbula por el dolor en mi hombro cuando me acerqué a darle un beso en la frente.

Salí de la habitación, entrecerrando la puerta.

—¿Cómo estás?

—Vivo.

—Deberías estar en otra cama de hospital.

—Ni de coña —me negué a que me anestesiaran por completo, mucho más a que me dejaran allí. Yo solo necesitaba ver a Alice y saber que estaba bien—. ¿Qué dijo el médico? Y esta vez quiero saberlo todo.

—Le quedará una cicatriz fea, pero, por suerte, no tiene ningún tendón afectado. Era más el ataque de ansiedad preguntando por ti que otra cosa.

Tragué saliva, apenado por todo lo que había tenido que pasar por mi ineptitud.

—No lo supe ver a tiempo. Joder, tenía que haberlo imaginado.

—No empieces, Noah, porque te veo mucho tiempo de terapia. Y yo no tengo ganas de eso cuando nazca el bebé —dijo enfadado.

—Es que fue mi culpa, maldita sea. ¿Por qué no me golpeas o algo? Tu hermana ha podido morir porque no supe protegerla —exploté, toda la rabia y el miedo saliendo de mí.

—Si no lo golpeas tú, lo hago yo —resopló Alan, acercándose a mí.

—Adelante —abrí el brazo que tenía bien, a ver si me golpeaban hasta que perdiese el conocimiento. Me lo merecía.

—Deja de hacer el imbécil —gruñó Liam—. Está viva porque te diste cuenta, deja la culpa —

resopló.

—¿Es siempre así de imbécil? —preguntó Alan.

—Generalmente sí, aunque de mejor humor. Pero tratándose de Alice, parece que se convierte en este idiota —Liam puso los ojos en blanco.

—Entiendo —sonrió Alan.

—Joder, casi la perdemos por mi culpa. ¿Es que no lo veis?

—¿Qué hay nuevo? —Liam me ignoró y miró a su cuñado.

—Al parecer la obsesión con Alice viene desde que la conoció por todo lo que se encontró en su casa. Sin contar en que no es quien decía ser, claro que podían haberse dado cuenta de ello cuando lo investigaron al principio.

—¿Identidad falsa? —pregunté.

—Sí, con varios cargos de acoso y agresión —confirmó Alan.

—Un cabrón menos —Liam apretó los dientes.

—El disparo de Noah entre los ojos fue fulminante —corroboró Alan.

—¿Y el otro sospechoso? —quiso saber Liam.

—Nada. Solo le pagó, conociendo sus antecedentes, para que dejara los sobres en la puerta. Además, consiguió entrar por la ventana la noche que la fotografió gracias a él. El pobre desgraciado cantó como un pajarito, lo único que quería era el dinero que le daba cada vez que lo ayudaba. La droga no es buena —resopló Alan.

—Lo de siempre —suspiró mi amigo.

—En la oficina, Anderson está que trina —suspiró Alan—. Tiene a medio equipo castigado por no haber descubierto la identidad del agresor antes. Por no contar ya que Smith lo está apoyando porque, según él, han puesto a sus compañeros de campo, es decir, a nosotros —me señaló— en peligro. Ni os cuento ya cuando ha vociferado con que casi matan a una ciudadana de a pie. Ha sido todo un espectáculo, me encanta ese hombre —rio Alan.

—A todos nos encanta hasta que se convierte en un dolor de cabeza. Literalmente —suspiró Liam—. Nadie sabe nada de lo que le ocurrió a Alice, voy a contarles todo, creo que ya es hora. Mis padres me querrán matar.... ¿Te quedas con ella hasta que lleguen?

—Sí —afirmé.

—Bien, ¿Alan?

—Voy contigo, me gusta estar en todo —rio.

Negué con la cabeza, pues en un buen equipo había entrado, había dramas en el trabajo y personales para regalar.

—Liam... —lo paré— Gracias.

Por permitirme seguir cerca de ella. Por no culparme. Por apoyarme y por ser mi amigo. Por tantas cosas que no podía explicar en ese momento.

—Idiota —resopló, pero terminó dándome unas palmadas en el otro hombro.

Era afortunado por contar con alguien como él.

Entré de nuevo en la habitación y me senté en la silla. Me quedaría ahí, al menos, hasta verla despertar para saber que estaba bien. Me volví a colocar en la misma posición de antes y cerré los ojos.

—Noah...

—Dejadla dormir —protesté al escuchar voces alrededor. Levanté la cabeza y los miré a todos mal—. Necesita descansar.

—Parece que tú más que yo —rio ella.

Giré la cabeza y suspiré de alivio al verla. Seguía muy pálida, pero con una sonrisa en la cara.

—Hola —dije, temeroso de que no quisiera verme. Con miedo de que me odiase por no haberla podido proteger.

—¿Nos dejáis solos? —miró a sus padres y a Hannah, quien se acercó y me dio un beso en la cara tras un “Gracias” que no entendí— Hola, Noah —dijo cuando nos quedamos solos.

—¿Cómo estás?

—Bien —enarqué las cejas, odiaba que se siguiese usando la máscara conmigo—. Me duele, pero estoy bien. De verdad. ¿Tú?

—No fue nada, solo un rasguño —mentí.

—Te disparó —dijo seria.

—No es nada, Alice.

Nada comparado con el miedo que pasé por ella.

—Ahora sí que terminó todo.

—Lo siento. Joder, no sabes cuánto lo siento —dije mortificado—. Tenía que haberme dado cuenta de que...

—Para, Noah —cogió mi mano y la apretó. Levanté nuestras manos unidas y le di un beso a la suya antes de dejarlas así, encima de la cama—. No quiero que te culpes por algo de lo que no eres responsable.

—Lo soy —insistí.

—No —sonrió—. Nadie imaginaba que era él y no me vengas —siguió cuando pensó que la iba a interrumpir— con que tenías que haberlo imaginado y el largo etcétera que se te pasará por la mente. Hiciste tu trabajo, llegaste a tiempo porque, además, lo dedujiste. Me salvaste y saliste herido en el camino.

—Te hirió, Alice —la rabia en mi voz—. Todo fue tan rápido cuando sacó ese cuchillo justo antes de apuntarme con el arma... Pasé miedo.

—Y yo —apretó mi mano—. Pero estamos bien los dos. No quiero saber que te carcome una culpa idiota.

—Tendrías que odiarme por ponerte en peligro.

—A lo mejor lo haría si hubiera sido así —suspiró—. Necesitas tiempo para ver las cosas con claridad. Pero ya lo entenderás.

—¿Volverás a esa casa?

—No —dijo rápidamente—. Ahora sí que no. Volveré con mis padres por ahora. Prefiero vivir sin adrenalina en mi vida —bromeó, pero terminó haciendo una mueca por el dolor.

—Hasta yo te llevé a eso —dije mortificado. Por haberle dicho esas cosas ese día, tomó esa maldita decisión.

—Oh, por Dios —resopló—. Mis decisiones son mías, no tuyas. Como las consecuencias. Tú no me has arrastrado a nada. Se terminó, Noah, ¿podemos seguir viviendo dejando eso en el pasado?

Lo intentaría, pero había cosas que no me perdonaría nunca. Ni olvidaría el miedo que pasé por ella en ningún momento.

Me quedé mirándola. Tenía ganas de abrazarla, de besarla y de sentir que seguía conmigo. Junto a mí. Cerca.

Pero no podía hacerlo.

—Supongo que será mejor que te deje descansar.

—También tú necesitas descansar —sonrió ella—. No te sientas culpable por nada, Noah, ni

por lo que ocurrió en Las Vegas. Fue bonito y no lo olvidaré nunca.

Ahí estaba, ahí se terminaba todo. Ahí me estaba diciendo que la maldita aventura que me pidió se había acabado.

¿Qué esperaba? ¿Que después de todo quisiera seguir viéndome?

Era un maldito idiota.

—Yo tampoco lo olvidaré —me levanté y besé su frente. Me quedé un rato ahí, cerca de ella, sin querer separarme, hasta que lo hice y solté su mano.

—Noah —me llamó antes de abrir la puerta.

Mi corazón dio un vuelco, ¿esperando qué? Ni yo mismo lo sabía.

—¿Sí? —me giré a mirarla.

Me observó y vi cómo se mordía el labio, estaba pensando qué decir.

—Gracias —susurró.

Definitivamente, no era eso lo que esperaba. Asentí con la cabeza y me marché de allí antes de hacer una locura. Antes de acercarme a ella y besarla como necesitaba.

Salí de la habitación y su hermana corrió hacia mí para darme un abrazo, dejándome de piedra.

—Noah, ¿cómo estás?

—Bien —sonreí a la madre de Alice. Siempre le había tenido mucho cariño.

—Gracias por todo, Noah, si no es por ti... —su padre me dio un apretón en el hombro.

—No sé quién os ha contado o qué, pero...

—Todos nos contaron lo mismo. Así que deja de culparte —su madre me miró con comprensión y con lágrimas en los ojos—. La salvaste y no permitiré que creas otra cosa —me dio un beso en la mejilla—. Te espero por casa. Más vale que no dejes de venir o iré a buscarte y te traeré por los pelos —sonrió antes de entrar a ver a Alice.

—Apoyo a la jefa —rio su padre, siguiéndola.

Hannah me miraba, con lágrimas en los ojos.

—¿Te has despedido de ella? —preguntó.

—Sí.

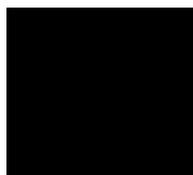
—Joder —puso los ojos en blanco—. Te creía más inteligente, Noah.

Y con ese comentario que ya había escuchado más veces y que me estaba empezando a tocar las narices, siguió a sus padres.

Cogí aire y me marché de allí, con un lío tremendo en la cabeza y, sobre todo, con un dolor en el pecho porque parecía que entre Alice y yo, lo que quedó fue un adiós.

Y fue en ese momento cuando entendí lo que era ella para mí.

Capítulo 17



Mi sobrino, Alexander, había nacido hacía un mes. Eva estaba en casa con el bebé, pasando el día hasta que Liam llegase. Tenía algo urgente que hacer en el trabajo. La baja por paternidad no importaba a veces en una profesión como la suya.

Había sido emocionante ver, por primera vez, la carita de Alexander. Era la viva imagen de mi hermano. Lloró durante días y era bonito ver a un hombre así, tan fuerte, tan duro, llorando y enamorado de su mujer y de su hijo.

La sobreprotección con Eva no desapareció, al contrario, se multiplicó porque ahora la tenía, también, con el bebé. Pero, poco a poco, se iba relajando un poco con la vida. Sus miedos iban desapareciendo y aprendía a disfrutar más de todo.

Era a Eva a quien había que agradecerle eso, gracias a ella mi hermano volvía a saber lo que era vivir.

Lo único malo de todo es que aún no estaba completamente recuperada de mi brazo y no podía cargar al bebé tanto como quería. Me conformaba con cogerlo con el otro brazo mientras estaba sentada en el sofá.

Pero pronto me darían el alta y volvería a mi vida.

Me había costado un poco recuperarme psicológicamente, los primeros días, las pesadillas fueron constantes, pero cada vez se sucedían menos. Con el tiempo, aunque sin llegar a olvidar, conseguiría curarme un poco.

Todo era eso, cuestión de tiempo.

—Noah estuvo anoche en casa —dijo, de repente, Eva.

—Ah... —intenté sonar como que no le daba importancia.

Hannah había cenado con ellos, esperé a que entrara en la conversación, si es que había coincidido con él. Después tendríamos ella y yo una conversación en la que me explicaría por qué no me lo había dicho nada más llegar a casa.

Aunque claro, yo era la primera que intentaba saber si él estaba en algún sitio para ir, porque no estaba preparada para encontrarme con él.

—Sí, está algo desmejorado, ¿verdad? —la voz de Hannah, preocupada, lo que llamó mi atención.

Hacía poco más de un mes que no lo veía, desde ese día en el hospital.

Recordé el momento en el que le dije, indirectamente, que todo se quedaba atrás y me pareció ver dolor en sus ojos. Pero tampoco dijo nada para pararme. Ni un comentario, nada que me hiciera pensar que quería seguir viéndome.

No tenía ningún sentido seguir con lo que empezamos. Sabía que todo, tarde o temprano, terminaría.

Había imaginado que seguía con su vida. Recuperándose de su herida. Liam me dijo que se había vuelto a incorporar. Era lo único, hasta el momento, que sabía de él.

Ni una llamada, ni un mensaje por parte de ninguno de los dos hacia el otro.

Yo tenía mis razones. Imaginaba conocer las suyas. Era una amiga, nada más que eso. Y por ello preferí distanciarme sin decirle lo que él significaba para mí.

—Sí, me preocupa. Liam y Alan intentan animarlo, pero parece que no quiere salir de esta. En fin... —suspiró Eva— Tal vez solo necesita un poco de tiempo y vuelve a ser el de siempre.

—¿Salir de qué? —pregunté tranquilamente, como si no me importara cuando, por dentro, me moría de ganas por saber de él. Sobre todo si estaba mal, eso no podía soportarlo.

—Sigue culpándose por lo que te pasó —dijo Eva.

Suspiré pesadamente. Tenía que haberlo imaginado.

—Eso entre otras cosas —confirmó mi hermana.

—¿Qué son esas otras cosas? —pregunté.

—No lo sé —respondió Hannah—. Supongo que Liam y Alan sabrán, pero ni a Eva le cuentan.

—No, ya conocéis a Liam, no es de ir chismeando. Ni cuando es necesario —refunfuñó Eva—. Con decirme que no me preocupe, que en nada será el de siempre, tiene bastante.

—Él lo conoce bien. Si mi hermano dice que es así, es así —sentencié.

—No parece que te importe mucho cómo se encuentra después de todo —me recriminó mi hermana.

—Sabes de más que sí —suspiré—. Pero me hace daño... —negué con la cabeza, no quería llorar de nuevo. Ya lo había hecho muchas veces con ella.

—Sigues con la máscara, ¿verdad? —preguntó Eva.

—¿Qué máscara? —quiso saber Hannah.

—La que tu hermana usa para ocultar sus sentimientos —le aclaró mi cuñada.

—Yo no tengo ninguna máscara —me quejé—. No sabéis de lo que habláis, no podéis opinar. Noa es un buen amigo y...

—Pues para ser tan buen amigo no parece que te preocupes mucho por él.

—Sabes que eso no es así, Hannah, tú, más que nadie, lo sabes —dije con tristeza.

—Por eso que lo sé no entiendo tu actitud. Lo quieres. ¿Por qué no se lo dices?

—Yo tampoco lo entiendo —suspiró Eva.

Ellas dos sabían lo que sentía por él sin necesidad de que se lo hubiera dicho.

—No puedo hacerlo.

Noah siempre intentaba protegerme y yo no quería que estuviese ahí solo porque pensara que yo lo necesitaba. Yo quería mucho más de él, no pena o amistad.

Fue difícil decirle adiós en el hospital. Si sintiese algo por mí... Me lo habría dicho. Estaba claro que necesitaba su tiempo y su espacio y después de todo lo que habíamos vivido, yo no podía pedirle nada más.

Él nunca me había dicho que sintiese algo más que una amistad y un deseo puntual por mí.

Me entristecía oír que no lo estaba pasando bien, que todo aquello le había afectado tanto como a mí. ¿Pero qué más podía hacer?

Volver a verlo removería mis sentimientos. Me haría sentir mal por no poder tocarlo. Un abrazo de él, como amigo, terminaría de destrozarme.

Estaba enamorada del hombre menos indicado e intentaba seguir con mi vida lo mejor que

podía.

—Dile lo que sientes. El no ya lo tienes, Alice —la tristeza en la voz de mi hermana—. Pero no puedes seguir así, porque te haces daño.

—Vosotras no sabéis...

—Hay una cosa que sí sabemos, Alice —me cortó mi cuñada, no me dejó terminar la frase.

—¿Y es...?

—Que sois los dos gilipollas —terminó por decir Hannah, marchándose de allí mientras refunfuñaba en voz baja algo así como “maldito amor, si esto es así no pienso enamorarme en la vida”. O eso fue lo que entendí.

—Un buen amigo que no ves desde aquello... Claro que sí —la ironía en la voz de Eva—. Mejor voy a calentarle el biberón al bebé —resopló antes de marcharse de allí y de dejarme sola.

Pues sí, siempre había sido un buen amigo. Y después de todo lo que pasó, entre él y yo y con lo de ese loco, necesitábamos un tiempo antes de volver a vernos y de actuar con normalidad.

Con esa explicación debía de bastarles pero no, ellas tenían que ir a tocar la herida. ¿No era suficiente con las lágrimas que yo derramaba cada maldito día por echarlo de menos?

Porque joder, lo echaba de menos y mucho.

Y no solo por sentirlo, no solo porque me tocara o me besara. Echaba de menos a ese grano en el culo que siempre estaba rondando por casa. Y que ya ni venía.

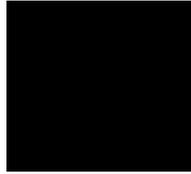
Echaba de menos a Noah. Porque estaba enamorada de él.

Pero sabía que era un sentimiento unilateral y no quería sufrir más por un amor no correspondido. Porque estaba segura de que era así.

Todo pasaría y se calmaría. Volveríamos a la normalidad y dejaríamos el pasado atrás. Un poco de tiempo, eso era lo único que necesitábamos.

Al menos yo.

Capítulo 18



Suspiré pesadamente y comencé a mover las piernas, me tenían nervioso y eso que solo llevábamos cinco minutos allí.

Pero cinco minutos en los que ni Liam, a un lado, ni Alan, al otro, ni el loquero, enfrente, habían abierto, aún, la boca. Solo me miraban, lo que no entendía era qué demonios estaban esperando.

—Bueno... —dijo, por fin, Smith.

—Aquí estamos —Alan, porque desde que me reincorporé éramos, o mejor dicho seríamos, tres. Liam aún no había vuelto, pero lo haría en breve. Y Alan era el nuevo miembro del equipo, así que las sesiones irían en aumento mientras lo conocíamos mejor.

Las siguientes serían por él. Menos esa, claro, porque era por mí, no me cabía la menor duda.

—Alexander tiene que estar con su biberón ahora mismo —sonrió Liam.

Sonreí, no pude evitarlo, era un padrazo. Controlaba absolutamente todo.

—Sigues sabiendo cómo sonreír, Noah.

—Paul, no empieces —resoplé.

—En algún momento tendré que hacerlo, no vamos a estar aquí todo el día —ahí, echándole morro al asunto.

—¿Y el motivo de la terapia es? —no sabía para qué preguntaba, si lo sabía de más.

—Tú —respondió Paul.

—Obvio —dijo Alan.

—Evidentemente —afirmó Liam.

—Me lo veía venir... —suspiré yo.

—¿Cómo estás, Noah?

—Bien, Paul. Estoy bien.

—Mentira —suspiraron Liam y Alan.

—¿Es esto idea vuestra? —los miré a los dos— Además, ¿qué haces tú aquí si estás de baja?

—No iba a perderme esto, evidentemente —me hablaba como si fuera tonto.

—¿Perderte qué exactamente?

—La charla del año, claro.

—Vete a hacer biberones —refunfuñé.

—Cuando dejes de comportarte como un imbécil.

—Yo diría, más bien, como un capullo —puntualizó Alan.

—¿Y tú por qué opinas? —gruñí.

—Porque eres mi compañero.

—Sabes que esta te la devolveré, ¿verdad? —le advertí.

—Temblando estoy —sonrió.

—Es realidad deberías —rio Liam—. No sabes la que te espera. Si es que este vuelve a ser el de siempre, claro, no la versión idiota que viene siendo —se refería a mí, evidentemente...

—¿Para qué es la sesión? ¿Para que estos dos me insulten? —miré al loquero.

—Señal de que hay confianza —la seriedad en la voz de Paul.

—¿En qué maldita universidad te dieron el título? —refunfuñé.

—Ni me acuerdo —sonrió, divertido—. Pero ya te lo diré cuando hablemos de mí. Hoy es de ti. Así que contesta y sé sincero. ¿Cómo estás?

—Ya te dije que...

—Dile la verdad o lo haré yo y a mi manera —me advirtió Liam.

—Joder, estoy bien. Solo no consigo descansar, nada más —suspíré, cuanto antes dijera la verdad, antes me dejarían ir.

—¿Pesadillas? —quiso saber Paul.

—Algunas veces sí —reconocí.

—¿Las mismas? —ya le había contado que soñaba reviviendo lo que le ocurrió a Alice, solo que ella terminaba muriendo en todas.

—No —la terapia personal con él me estaba ayudando a dejar de sentirme culpable por nada, pero aún tenía mucho en mi cabeza. Me removí, incómodo.

—¿No quieres hablar de ello delante de Liam? ¿Por ser sobre su hermana?

—No es eso, Paul. Solo me cuesta... Me cuesta hablar de ella, ya lo sabes.

Había hablado de algo con Liam, pero no de mis sentimientos. Él intentaba, más que nada, ayudarme a ser el de siempre, como él decía.

Lo que no podía decirle es que no podía dejar de pensar en su hermana por otra razón diferente.

—¿Cómo está Alice, Liam? —Paul se dirigió a mi amigo.

Solía preguntarle a él por ella, pero no me decía mucho. Solo que iba mejorando.

—Ella, como siempre, dice que bien. Físicamente casi recuperada, en nada volverá a trabajar.

—¿Y emocionalmente?

—No es algo que me cuente a mí.

—Pero lo notarás.

—Está más callada. Más seria. Sé, por Hannah, que tiene pesadillas y que duerme poco.

Apreté la mandíbula, mataría mil veces más a ese loco por haberla llevado a eso.

—¿Qué sientes cuando oyes eso? —me preguntó Paul.

—Odio. Ganas de revivirlo para matarlo de nuevo —dije sin pensarlo, con toda la furia que sentía dentro.

—Pero no te culpas.

—No —admití—. Ya no.

—Es un gran paso. El odio por un fantasma también desaparecerá —sonrió Smith.

Eso esperaba, porque no quería vivir con un sentimiento así, no era sano.

—Yo creo que todo puede desaparecer antes —dijo Alan.

—Y yo —lo apoyó Liam.

—¿Cómo? —preguntó Smith, mirándolos.

—Cuando Noah deje de hacer el tonto y se dé cuenta, de una vez, ¡de que está enamorado de

mi hermana! —explotó, de repente, Liam.

—Aja —confirmó Alan.

Paul me miraba y yo no sabía cómo reaccionar.

Sí, estaba enamorado de ella.

Ya me había dado cuenta de ello.

Lo supe en el mismo momento en que la dejé en el hospital y lloré al hacerlo porque no quería separarme de ella. Pensaba que podía ser algo pasajero, que, tal vez, confundía las cosas, pero no era así.

La echaba de menos y me dolía el pecho por no tenerla a mi lado.

Fue entonces cuando supe lo que ella significaba realmente para mí. Y por eso estaba así, casi sin dormir, porque no me la podía quitar de la cabeza.

—No creo que ese sea el problema —Smith me miró.

—¿Por qué no? —Liam frunció el ceño.

Smith me observó, en silencio, dejando en mis manos si decirlo o no.

—Sé que estoy enamorado de ella, Liam. Lo sé desde hace tiempo. Pero ese no es el problema.

—Oh —mi amigo se quedó sin saber qué decir.

—¿Entonces cuál es el problema? —preguntó, lentamente, Alan.

—Que ella no lo está de mí.

Se produjo un silencio sepulcral en la sala. Liam me miraba de reojo de vez en cuando y yo mantuve el tipo como pude.

—A ver si lo entiendo... —comenzó mi amigo.

—Y de camino me ayudas a entenderlo a mí —pidió Alan.

—¿Me estás diciendo que estás hecho una mierda porque te has enamorado de mi hermana...? Hago un inciso aquí y te aplaudo, porque realmente pensé que estabas tan mal que ni cuenta de eso te dabas... Ah y, por cierto, joder con la que me queda, no sé cómo no lo vi antes, si era más que evidente... Es decir. ¿Estás enamorado de ella y todo el problema es que tú —puso énfasis en la palabra— piensas que ella no lo está de ti? —la incredulidad en su voz.

—¿Qué quieres decir con eso de que era evidente? —pregunté ignorando lo demás.

—Que lo has estado siempre, idiota. Tanta protección y tanto Alice. No sé cómo no lo vi —resopló—. Nunca fuiste así con Hannah, ahora lo entiendo todo.

—Eso no es así —rebatí.

—¿Seguro que no? —puso los ojos en blanco.

—Seguro que sí.

—Cállate, Alan —gruñí y él soltó una risita.

—Pienso como Liam —dijo Smith y yo miré al cielo, pidiendo ayuda—. Pero ese no es el tema ahora, sino la mima pregunta que te hice las últimas veces. ¿Por qué piensas que no te quiere? ¿Le has preguntado a ella?

—Sabes que no. Era una aventura para ella, nada más —y ya me daba igual si Liam me estampaba el puño en la cara.

—Alice con una aventura —Liam acabó soltando una carcajada—. Joder, Noah, de verdad que te creía más inteligente.

—Al parecer no lo soy tanto como todos pensáis.

—¿Se puede saber qué le pasa? —Liam miró a Paul.

—Que tiene miedo, Liam. Como lo tuviste tú en su día. Y es normal cuando estuvo a punto de

perderla en manos de un loco, como te pasó a ti —respondió este—. Y qué fácil fue después, ¿verdad? Ir, preguntarle a ella y terminar con la agonía.

—No, no fue fácil —reconoció mi amigo—. Pero mis ganas de verla eran mayores.

—Parece ser que en Noah, ese momento aún no llegó.

No era así y no tenían ni puta idea de lo que hablaban. Me levanté de un salto, tenía que marcharme de allí.

—No he terminado, Noah.

—Pero yo sí —dije antes de cerrar la puerta con un portazo.

Estaba harto, cansado de todos. Y la única persona que quería cerca era la que no podía tener. Todo era una mierda.

—Noah, espera.

—Déjame, Liam. No soy el blanco de nada más.

—No es eso, espera —me paró—. Sé que a veces me paso, pero es por tu bien, como lo haces tú conmigo.

—Bien —fui a marcharme, pero volvió a impedírmelo—. Necesito estar solo.

—No. Necesitas estar con ella.

—Sigues sin entenderlo, me dejó claro...

—¿Y te rindes tan fácil? ¿Desde cuándo, Noah? —me miró de una forma extraña, como si no me reconociese— No sé qué ocurrió entre los dos ni cuánto te ha afectado lo de ese loco, pero es triste que mi amigo ya no esté.

—Sigo siendo yo.

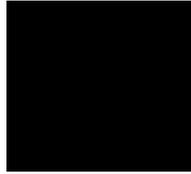
—No —negó rápidamente—. El Noah que yo conozco ni era un amargado como este ni se hubiese rendido. Habría ido a por ella, lo habría intentado. Al menos habría hecho eso. Tú... A ti ya ni te conozco. Como tampoco conozco a mi hermana.

Fue él quien se marchó y me dejó allí, sintiéndome como si me hubiesen dado una patada en el estómago.

Porque tenía razón, yo tampoco reconocía al desecho de hombre en el que me había convertido.

No podía seguir así.

Capítulo 19



Volvía del médico y me tumbé en la cama. Pensaba que iba a darme el alta y que podría empezar a trabajar el lunes siguiente, pero no fue así. El doctor prefería darme unos días más antes de dejarme hacer vida normal.

Así que aún me quedaba un tiempo sin hacer nada. Iba a morirme del aburrimiento.

Descansé un poco y bajé cuando escuché algunas voces abajo. Teníamos visita, mi hermano y mi cuñada por lo que oía. Seguramente venían a merendar.

Saludé a Eva y al bebé, me lo iba a comer a besos. Era realmente precioso.

—Te como, mini Liam —varios besos más y miré a Eva—. Un día de estos te lo robo.

—Creo que tu hermano le tiene puesto hasta un chip rastreador, tardaría poco en encontrarlo —dijo bromeando, metiéndose con él.

—No me extrañaría —reí—. ¿Y dónde está Liam?

—En el porche —dijo mi madre, venía con un par de bandejas de pasteles—. ¿Por qué no le llevas esto? —me dio una de ellas.

—Vale —salí del salón y de la casa. Lo mismo me sentaba un poco con él a tomar el sol, el día estaba precioso.

—Buenas... —me quedé en silencio cuando lo vi, me tembló hasta la mano. Dejé la bandeja en la mesa rápidamente y me acordé de toda la familia de mi madre por habérmela jugado así—. Tardes —terminé de decir cuando el silencio se hizo.

—Hola, Alice, ¿cómo estás? Me dijo mamá que aún de baja —me saludó mi hermano.

—Eh... Sí, unos días más. Y bien, gracias. Alan —intenté sonreír.

—Hola, Alice.

—Noah... —Dios, estaba guapísimo y cuánto me costaba mirarlo. Tenía ganas de llorar.

—Hola —me miró fijamente, serio, escudriñando mi cara.

—Espero que estés bien.

—No tanto como me gustaría.

—Esto... Mejor me voy a descansar un rato —me giré para marcharme, me faltaba el aire. El amor era una mierda.

Por Dios, Alice, intenta mostrar toda la normalidad que puedas.

—¿Alice?

—¿Noah? —me giré de nuevo a mirarlo.

—Tenemos que hablar —usando su tono de “no aceptaré un no porque esto es importante”.

—Sí, claro, un poco más tarde —que me diese tiempo a salir corriendo.

—No —se levantó lentamente y me quedé completamente embobada mirándolo. Ni siquiera me podía mover—. Ahora —se paró frente a mí y yo era incapaz de mirarlo a los ojos. Me dolía tenerlo tan cerca de nuevo.

—¿Ahora? —tartamudeé, con la voz ahogada.

Para mi sorpresa, cogió mi mano y tiró de mí hasta el salón.

—No hagas eso, Noah —me solté y me alejé de él. Me senté en el sofá y suspiré.

—¿Que no haga qué?

—No me toques —susurré.

Él enarcó las cejas y se acercó a mí, se sentó a mi lado y suspiró pesadamente.

—¿En esto hemos quedado, Alice? ¿Ya ni siquiera somos amigos?

—No, no es así —suspiré—. Solo necesito un poco de tiempo.

—¿Para qué? —no respondí, así que insistió— ¿Para poder mirarme a los ojos de nuevo? ¿Para que soportes que te toque? —estaba dolido y no era lo que yo quería. Pero también me dolía tenerlo cerca.

Levanté los ojos hasta encontrarme con los suyos. Ese precioso azul con el que tanto había echado de menos ver.

—Noah...

—Te echo de menos, Alice —los ojos se me llenaron de lágrimas al escuchar eso—. Te he echado de menos cada día y ha sido una mierda pasar por todo esto solo. No sé cómo no me he vuelto loco.

—Noah...

—No se te ocurra intentar esconderte conmigo, hoy no.

Cogí aire, no lo haría. Tal vez había llegado el momento de, como decía mi cuñada, quitarme la máscara.

—Para mí tampoco ha sido fácil —una lágrima cayó y la limpié rápidamente.

—Tú los tienes a ellos —se refería a mi familia—. Pero yo ni siquiera te tuve a ti.

No era un reproche, pero me lo tomé como tal.

—Ellos también están para ti —le recordé—. Y tampoco me llamaste ni una sola vez, Noah.

—No, no lo hice. Ambos fuimos egoístas.

Asentí, era así, no podía negarlo. Solo nos habíamos preocupado de nosotros mismos y de nuestro dolor, anteponiéndonos al otro. Lo habíamos hecho mal, eso era cierto. Aunque suponía que, como yo, sabía de mí por los demás.

—¿Cómo estás? —guapísimo, seguro. Pero triste y algo desmejorado. No me gustaba verlo así.

—Supongo que como tú, algunas pesadillas, alguna culpa. Miedo...

—Ya terminó y no quiero que te culpes, lo hiciste bien.

—Pero te perdí —dijo mortificado.

—No —negué rápidamente—. Solo necesitábamos un tiempo, pero sigo aquí —le prometí. Aunque me doliese no tenerlo como quería, pero tenía razón, todos la tenían, no podía echarlo así de mi vida. Era parte de ella—. Siempre estaré aquí, somos amigos.

—Me alegra escuchar eso, pero no es lo que quiero.

—Pensé que...

—Alice —cogió mi mano y la apretó con fuerza—. Siempre serás parte de mi vida y siempre podrás contar conmigo. Pero quiero más.

—¿Más? —no entendía...

Levantó la otra mano y acarició mi mejilla, era una agonía sentir su caricia. Limpió con el pulgar otra lágrima que cayó por mi mejilla.

—Te quiero a ti.

Me quedé sin poder respirar. No podía haber dicho eso. Noah no era esa clase de hombre.

—¿De qué hablas? Estás confundiendo las cosas.

—No —dijo fervientemente—. Te amo y vine a pedirte una oportunidad.

Te amo ... Había sido producto de mi imaginación, seguro.

—A ver, Noah —estaba nerviosa y no sabía ni cómo encontrar las palabras acertadas—. Todo ha sido un shock y yo te provoqué y... —estaba tartamudeando, no podía centrar bien mis pensamientos.

—Me sigues provocando ahora —sonrió mientras quitaba mi labio, agarrado por mis dientes.

—No juegues conmigo. Tú no me quieres. No de esa manera —gemí cuando acarició mi labio y cerré los ojos.

—Te deseo —susurró él.

Y yo también, pensé.

—Solo es sexo. Solo fue una aventura, como las que tienes siempre.

—Odio esa maldita palabra —gruñó—. Para mí nunca fuiste eso.

—Noah, por favor —supliqué, temblando por su cercanía y por su contacto. Sentí sus labios cerca de los míos y pensé que iba a derretirme allí mismo.

—Dime que no me quieres y me voy, no te molestaré nunca más. No volveremos a hablar de ello. Si no sientes nada por mí, Alice, dímelo ahora.

—Noah...

—Cariño, por favor —suplicó y abrí mis ojos, encontrándome con los suyos cuando cogió mi cara entre sus manos—. No te miento. No estoy confundido. Te quiero y vine para pedirte una oportunidad. Déjame demostrarte lo que significas para mí.

—Noah, tú no eres hombre de una sola mujer.

—Deja eso —resopló—. Soy hombre de ti —dijo con seguridad.

—Y yo lo quiero todo.

—Yo también.

—Una relación.

—Sí... —me dio un dulce beso en los labios y me hizo suspirar.

—Fidelidad.

—Más te vale —gruñó—. No soporto imaginarte con otro.

—Matrimonio.

—No me conformaré con menos —otro beso.

—Hijos...

—Con el tiempo que vamos a pasar en la cama, lo extraño sería que no —bromeó.

Abrí los ojos y lo miré, incrédula.

—¿No estás jugando conmigo?

—No —acarició mi cara y sonrió—. Te amo, Alice y no quiero volver a separarme de ti.

—Yo... No sé qué decir.

—¡Dile que lo quieres de una vez! —la voz de Liam me hizo mirar hacia la puerta. Eva le estaba dando un codazo— Pero es que parece que hay que ayudarla —resopló, con el ceño fruncido.

Liam comenzó a reír y yo aluciné al ver a todos medio escondidos, pendientes a una

conversación que creía íntima.

Los miré con ganas de asesinarlos y mi padre comenzó a tirar de ellos.

—Mejor nos vamos, necesitan intimidad —sonrió mi padre, avergonzado.

—¡Pero díselo ya! —gritó Hannah— Por Dios, ese hombre se muere por ella y no sé a qué espera para decirle que le pasa igual —terminó por refunfuñar—. Mierda de amor, no me enamoraré en la vida.

—Lo harás, hija, lo harás —rio mi madre y me guiñó un ojo.

—No me lo puedo creer —dije cuando se marcharon, la vergüenza apoderándose de mí.

—No esperaba menos —rio Noah y me miró, volviendo a ponerse serio—. No quiero que te sientas atosigada o en un compromiso, Alice. Aceptaré si no sientes nada por mí. Pero si hay algo, una posibilidad por mínima que sea, voy a luchar por tenerte. Ya he perdido demasiado tiempo estos últimos días por ser un imbécil.

Lo adoraba. La única verdad en todo eso es que adoraba a ese hombre.

Y ya estaba cansada de ocultarlo.

Era Noah, con él no tenía que usar ninguna máscara. Con él podía expresarlo todo, sin miedo ninguno.

—Me da miedo —reconocí.

—¿El qué, cariño? —preguntó con dulzura.

Siempre tan atento. Tan protector. Tan él conmigo...

—Lo que siento por ti. Me da miedo la intensidad con la que te quiero —lloré.

—Joder —me besó, un beso con sabor a lágrimas. Agridulce.

Sus labios me devoraban con fuerza, con la necesidad que sentíamos el uno por el otro.

Lo habíamos pasado mal los dos por no decirnos las cosas desde el principio.

—Dímelo, quiero oírlo —susurró sobre mis labios.

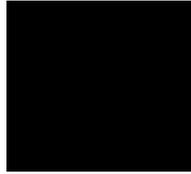
—Te amo —sonreí cuando él lo hizo.

—No te dejaré cambiar nunca de opinión —me advirtió.

—Como si fuera a hacerlo —reí y correspondí a su beso.

Me sentía tan feliz que miedo me daba.

Capítulo 20



Estaba completamente embobado mirándola. No podía creerme que tuviéramos una oportunidad. No podía creerme que me amara.

Me faltó el aire cuando la vi. Estaba preciosa. Sus ojos tristes, pero preciosa. Y eso había cambiado. Su mirada ya era otra. Esos hermosos ojos color miel brillaban de nuevo.

Después de que Liam me dijese aquello al salir de la sesión con Smith, supe que tenía que cambiar. Y que tenía razón. Me estaba jodiendo a mí mismo y no podía seguir así. No era yo.

Tardé unos días en intentar volver a ser el de siempre. Liam, Eva y Alan fueron de gran ayuda para que dejara a ese hombre amargado y cobarde detrás.

Estaba enamorado, sí, pero no por sufrir por ello podía dejarme de lado a mí mismo.

Cuando me sentí más yo, decidí ir a por ella. Fui con miedo, porque aunque tuviera la esperanza de que me quisiera, la conocía y sabía que ella no se habría entregado a mí de esa manera solo por sexo, sabía que ella no confiaría en mí sin haber sentimientos de por medio... Aún así, no sabía si era un amor más fraternal que el que yo necesitaba.

Tenía que arriesgarme, porque con ella lo quería todo. Nunca habría nadie más para mí. Solo Alice.

—Toma —puse los ojos en blanco cuando Liam, apareciendo a mi lado, volvió a darme una servilleta.

—Tengo de repuesto, sigue babeando si quieres —rio Alan, al otro lado.

Reí, eran buenos amigos, aunque me sacaran de quicio.

Seguí mirándola, riendo con sus hermanas y negué con la cabeza cuando cogió otro pastel. Llevaba tres, después vendría el arrepentimiento. Cosa de ella, a mí me gustaba de todas maneras.

—Está feliz —sonreí.

—Ahora sí —confirmó Alan.

—Y tú —sonrió Liam.

—No sabía cómo te tomarías esto —miré a mi amigo, mi cuñado ya. Ese miedo lo había tenido desde el primer momento—. Pero gracias por estar ahí siempre.

—No hay de qué —se encogió de hombros—. Doy lo que recibo —sonrió. Así era, sabía que yo siempre estaría ahí para él—. ¿Sabes, Noah? Me dio rabia no haberme dado cuenta antes de lo vuestro. Siempre notaba cosas, pero no las quería ver.

—¿Sigues creyendo que viene de antes?

—Sí —aseguró—. Nunca te comportaste con otra como con ella. Ni siquiera con Hannah. Alice siempre fue especial para ti.

-Supongo que sí...

-Espantada de pretendientes incluida —reímos, recordando algunas de esas cosas.

Me quedé pensando, a lo mejor era así y todos tenían razón, pero yo no me había dado cuenta.

—No importa desde cuándo —dijo Alan—. Importa desde ahora.

—Qué sentimental nos salió el novato —rio Liam.

—Sois vosotros los que estáis a punto de llorar, no yo —bufó.

—Lo harás cuando te enamores —reí.

—No me enamoraré en la vida —aseguró—. No me pienso convertir en esto —nos señaló a Liam y a mí.

—¿Cuántas veces hemos escuchado eso antes?

—Muchas, Liam, muchas —riendo aún, me separé de ellos.

Tenía ganas de estar con ella, de llevármela de allí y de tenerla para mí solo. Me acerqué y puse mi mano en su hombro, no tardó en agarrarla. Me agaché y le di un beso en la cabeza.

—¿Nos vamos? —pregunté cuando me miró.

—¿Adónde?

—A casa —porque ya era suya también—, vete acostumbrando a ella.

—Me parece que poco va a durar tu vuelta —rio su madre—. Pero estoy feliz por ello, merecéis ser felices —me sonrió.

—Ya lo son —aseguró su padre—. Venga, tortolitos, marchaos. Y ya me avisaréis de los planes de boda. ¿Ves como tenía razón? —miró a su mujer— Siempre dije que estaban predestinados —los demás soltaron una carcajada y yo me sentí feliz pensando que no en demasiado tiempo, Alice sería mi esposa.

—Lo sabíamos todos —afirmó Hannah.

Al parecer, todos lo veían menos nosotros.

Cuando preparó una pequeña maleta con sus cosas, conduje hasta mi casa. Tenía un apartamento en el centro de Manhattan y no dejaría salir a Alice allí desde ese momento.

—Ven aquí —la aprisioné entre mi cuerpo y la pared de la entrada cuando cerré la puerta, me moría por sentirla mía de nuevo—. Dios, cómo te deseo.

Devoré su boca, sintiendo que perdí el control y no me importaba si temblaba por la necesidad que tenía de ella.

—No puedo más, Noah...

No tardé mucho en deshacerme de su ropa y de la mía, de llevarla en brazos hasta el sofá y de entrar en ella, disfrutando de su calor.

—Joder, Alice —gemí cuando el orgasmo le llegó—. Mierda —me arrastró con ella, ambos temblando por el placer.

Salí de ella y la puse sobre mi pecho al terminar, abrazándola con fuerza, sin querer soltarla nunca.

—Peter Clarkson —carraspeé.

Alice levantó la cabeza de mi pecho y me miró con el ceño fruncido.

—Me acuerdo de él —bufó—. Me dejó tirada en el baile de graduación, menos mal que estuviste allí. Aún lo odio.

—Ya... Verás, es pasado, ¿no?

—Sí, claro. Pero aún lo odio —rio—. Pensé que le gustaba y me hizo quedar como tonta.

—Bueno... Yo también tengo que confesarte algo.

Se acomodó mejor para mirarme a los ojos.

—Miedo me das —suspiró, como yo hice en su día.

—Por más que hubiese querido no podría haber ido a bailar.

—¿Y eso? —la suspicacia en voz.

—Tuve un pequeño ríñ rafe con él.

—¿Pequeño?

—Que se partiera la pierna fue un accidente.

—Joder, Noah, pero ¿por qué?

—No me gustó lo que pensaba hacer contigo. Mi puño no se controló —resoplé, recordando aquello.

—No me lo puedo creer —rio—. ¿Y qué pensaba hacer?

—Cosas que solo harás, a partir de ahora, conmigo —le advertí, haciéndola reír.

Me besó y sonrió.

—No quiero a nadie más.

—Bien... —suspiré de alivio— Tomas, el chico que llevaste a tu casa.

—Noah, por Dios —puso los ojos en blanco.

—No teníais la misma visión de futuro, te hizo un favor. Con Cameron también. Y con Robert, Zack... Álex...

—Para —rio—. No quiero saberlo.

—Fue por tu bien.

—Estoy contigo, Noah, el pasado queda atrás. Pero deja de hacer el capullo —me advirtió.

—Lo intentaré, pero no prometo nada —sonreí.

—Eres incorregible. ¿Tengo que hacer yo lo mismo con cada mujer que babea por ti? Porque no me dará la vida.

—Bueno... Intenta mejores cosas que ladillas, halitosis...

—¿Sabes eso? —hizo una mueca.

—Eso y más —reí recordando a todas las que había espantado a lo largo de los años.

—Supongo que estaba celosa y no lo sabía. Lo siento.

La cogí y la puse sobre mi cuerpo.

—También creo que te he querido siempre, Alice. No hay nada que sentir. Intentaré ser lo que necesitas.

—Yo no necesito nada, Noah —me miró con dulzura—. Solo que me quieras.

—¿Más? No sé si es posible —la besé, me encantaba hacerlo.

La abracé con fuerza y suspiré de alivio por tenerla conmigo.

—Han sido días difíciles sin ti.

—Olvidemos eso —me pidió.

—No puedo. Como tampoco olvidar lo que pasó.

—Noah —me dio un dulce beso—. También lo he pasado mal sin ti. También he sido una idiota por miedo a que no me quisieras. Pero ya estamos juntos, debemos mirar hacia adelante.

—Cuando te ponga el anillo en el dedo me quedaré más tranquilo —lo que me hizo pensar que me hacía falta un anillo de compromiso rápidamente.

—¿Crees que saldré corriendo? —rio.

—No —dije con seguridad—. Pero será diferente, ¿no crees?

—Supongo que sí.

—¿Quieres vivir aquí?

—¿Quieres tú?

—Tal vez por ahora, pero necesitaremos una casa cuando seamos más.

Ella me miró seriamente y yo acaricié su rostro. La conocía y sabía, porque se estaba mordiendo el labio, que estaba pensando más de la cuenta.

—¿De verdad quieres todo eso conmigo, Noah? —susurró—. Nunca pensé que...

Joder, cómo la quería. Fuerte, franca, mostrándose conmigo como era, sin miedo a decir lo que pensaba. Como tenía que ser.

—Quiero todo contigo, Alice. Solo contigo. He estado esperando a que fuera contigo.

—Nunca imaginé que fueras tú —sonrió.

—Cariño... Siempre sentimos, aunque no lo supiéramos, que seríamos nosotros.

—Pero qué cursi se me volvió —rio entre lágrimas.

—Pronto se me pasará —la besé y le demostré que cursi o más salvaje, siempre sería ella.

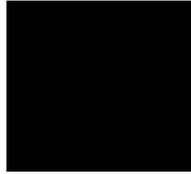
Todo había sido como una montaña rusa de miedos y emociones, pero, al final, nos teníamos el uno el otro.

Imaginar o no que fuera así, no importaba. Importaba que estábamos y que lucharíamos, cada día, por seguir.

Estaba seguro de que nos iría bien, porque no me acostaría un solo día de mi vida sin haberla hecho feliz.

Era la mujer de mi vida y merecía la mejor versión de mí.

Capítulo 21



Hacía seis meses que vivía con Noah. Y todo era perfecto.

Todo menos que ese hombre me sacaba muy rápido de mis casillas.

—No puede ser así, Noah —le dije por quinta vez.

Estábamos en casa de mis padres, con los preparativos de la boda y ya quería estamparle algo en la cabeza.

—¿Por qué no? —frunció el ceño.

—Porque se vuelven a descompensar las mesas —le explicó, Eva, de nuevo.

Toda la familia sentada durante días para organizar solo eso.

—¿Y qué problema hay? —Eva miró malamente a su marido— Es que tampoco lo entiendo —resopló mi hermano.

—Por algo no te dejé organizar nada en su día —le recordó su mujer.

—No es por meter cizaña... —comenzó Alan.

—Lo que quiere decir que la meterá —Hannah parecía estar de mal humor y yo la miré con las cejas enarcadas.

—Pero —continuó él, ignorándola— yo tampoco lo entiendo.

—Hombres —refunfuñé—. Vamos a ver, si estos dos no se hablan y cambio a este y a su pareja, se me descompensa la otra mesa —empecé a hacer garabatos exagerados en el papel—. Y no hay manera de cambiar los demás, así que ¿qué hacemos con ellos? ¿Los siento en la mesa de los niños? —me dolía la cabeza ya. Era un engorro organizar una boda, ni la de Eva costó tanto.

—Pues no los invitamos y ya —Noah se encogió de hombros.

—Son familia —le recordé.

—¿Y qué? No los invitamos.

—Estoy con Noah.

—Cierra el pico, Liam —resopló Eva.

—Es nuestra boda —Noah tiró de mí y me sentó en sus rodillas—. Es un día especial, no un quebradero de cabeza. Así que o se aguantan sin hablarse y sin mirarse durante lo que dure el banquete o te secuestro y nos casamos a escondidas y listo.

Me reí, porque era capaz de hacerlo.

—No se te ocurra hacer eso, Noah, es la boda de mi hija y no me la voy a perder —le advirtió mi madre.

—Nos vamos los que estamos aquí, mis padres y ya. No necesito nada más para que ese día sea especial.

Sonó un coro de “Oh...” y yo puse los ojos en blanco.

Como el ligón adulator de siempre, las tenía a todas en el bote.

—El amor... —suspiró mi hermana.

—Es bonito, ¿verdad? —sonrió Liam.

Ella lo miró unos segundos antes de responder.

—La verdad es que es una mierda —y sin más explicaciones, se levantó y se marchó.

—¿Y a esa qué le pasa? —preguntó Liam.

—Mal de amores, seguro —suspiró mi madre— Lleva días así, pero no quiere hablar de ello conmigo, claro.

Fruncí el ceño, imaginaba más de lo que ella me quería contar, pero le daba tiempo a que viniese a mí si lo necesitaba.

Me levanté, le di un beso a Noah y salí a buscarla.

—Hannah —me senté en el porche, a su lado. Estaba seria y mirando a la nada—. ¿Qué te pasa?

—Nada, todo está bien.

—¿Desde cuándo me mientes?

—Joder, Alice, no tengo ganas de hablar de ello, de verdad —suspiró.

—Está bien. Pero cuando lo necesites...

—Sé que estás, gracias —sonrió con tristeza.

—Quiero verte feliz, no triste.

—No sé si la felicidad está hecha para mí —suspiró.

—Está hecha para todos, Hannah. Solo hay que esperar a que llegue la persona adecuada.

—Tú siempre supiste, en el fondo, que era él, ¿no?

—No, sabes que no —reí—. Soñaba con que lo fuera, pero solo eso.

Se quedó en silencio un momento y suspiró pesadamente.

Hannah era preciosa, la más guapa de la familia a mi parecer. Tenía un rostro perfecto, un pelo precioso y era una bomba de relojería en cuanto a carácter. Explosiva, directa, sincera... Y un amor.

—He metido la pata, pero rectifiqué a tiempo.

—¿Es grave?

—No sé, creo que no, tranquila —me sonrió—. Solo me hace daño el haber pasado por encima de mi ética. Pero no volverá a ocurrir. Estoy feliz por ti, no hay nadie mejor que Noah para ti.

—Gracias —apreté su mano—. Y no te preocupes por fallar, todos lo hacemos. Se soluciona, nos levantamos y seguimos.

—Tienes razón —sonrió de verdad—. No puedo amargarme tanto por ello. ¿Pasteles?

—Siempre —reí.

—Te envidio, Alice. Os envidio a Liam y a ti, ojalá algún día pueda sentir lo mismo que vosotros.

—Lo harás, créeme que lo harás.

—¿Estás bien? —preguntó Alan acercándose a ella.

Sonreí para mis adentros, no había más ciego que el que no quería ver.

—Sí, no te preocupes. Y siento haberte hablado así.

—No importa. Sabes que estoy aquí.

Ella sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—Eres un cielo, Alan. Siempre lo eres.

Carraspeé cuando me quedé a solas con él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Noah, acercándose a mí.

—Solo nos preocupamos por Hannah, ¿verdad, Alan?

—Supongo que sí —asintió con la cabeza y se marchó.

Noah puso su brazo sobre mi hombro y me besó en la frente.

—¿Hay algo entre esos dos? —preguntó.

—La verdad es que no lo sé. Hannah me preocupa, hay algo que la tiene un poco alterada.

Ojalá se le pase pronto. Y con respecto a Alan... Me recuerda a ti, ¿sabes?

—No se parece a mí —bufó.

—Ese espíritu protector con mi hermana —solté una carcajada—. Sería bonito si es así, ¿no crees?

—¿Alan como cuñado? No, por favor —resopló.

—¿Alan qué?

—Mierda —suspiró Noah con la pregunta de Liam—. ¿Por qué siempre escuchas las conversaciones ajenas?

—Fue sin querer —mi hermano frunció el ceño—. Y no me cambiéis el tema, ¿qué hay que no sé?

—La verdad es que solo presuponemos, Liam, nada más —sonreí.

Él no se quedó muy conforme.

—Voy a averiguar —dijo mientras se marchaba.

—Le encanta un drama, esa es la verdad —dije antes de soltar una carcajada.

—¿Nos vamos a casa? Te necesito —Noah me dio un beso en el cuello.

—¿Me necesitas? —enarqué las cejas, como él hacía conmigo.

—Ahora mismo sí —sonrió—. Amarte lo hago siempre.

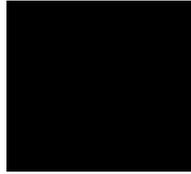
—Y yo a ti, Noah.

Abracé a mi futuro marido, al amor de mi vida.

La vida me había dado un buen susto, pero quedó en el pasado. Ya solo vivía el presente y forjábamos el futuro.

Siempre, con Noah.

Epílogo



Liam en su sitio. Alan en el suyo, a mi otro lado. Yo en el centro...

Paul Smith enfrente.

Movía las piernas sin parar, no podía quedarme quieto. Estaba a punto de darme un jodido infarto.

Tuve que llamarlos a todos para una sesión extra. El loquero nos tenía absorbidos los cerebros, eso era lo que pasaba. Nos había acostumbrado a hablar de todo y ahí estábamos.

Me daba igual lo que bramara Anderson por tener que pagarle a Smith una sesión fuera de horario. A mí me hacía falta y punto.

—Aquí estamos, Noah —el loquero me miró.

—Sí, ya veo —seguí con el temblor en las piernas hasta que Liam y Alan me pusieron su mano en cada una de las rodillas.

—Estate quieto o vas a volar mientras sales por la ventana de la patada en el culo que te voy a meter —gruñó Liam.

—Intentaré calmarme —cogí aire y cuando soltaron mis rodillas, volví a moverme.

—Lo mato —resopló Liam—. Me tiene desquiciado. No tenía bastante con aguantarlo aquí, como mejor amigo y como familia postiza que ahora, además, ya es familia del todo.

—Sí —confirmó Alan—. Nos tiene a todos medio locos.

—¿Tú por qué opinas? —gruñí, por buscarle la lengua.

—Soy parte de la familia igual —me miró con mala cara.

—A este paso me suicido —gimió Liam.

Paul rio, la verdad es que aguantarnos a los tres no era tarea fácil.

—A mí no me hace mucha ilusión salir de la cama a las tres de la mañana, la verdad —dijo el loquero.

—Ni a ti ni a nadie —resopló Liam.

—¿Y Alice? —preguntó Alan.

—Le dejé pasteles por si se despertaba, imaginará que tenía que venir.

—Pues le habrás dejado una buena dosis, espero, porque a este paso nos da aquí el desayuno.

—Que te den, Alan.

—Bueno, Noah, Ya que nos despertaste a todos, ¿puedes, al menos, explicarnos para qué de una buena vez?

Hasta el loquero estaba perdiendo la paciencia, con eso os lo digo todo.

—Tengo un problema.

—No solo uno, Noah. Y no por ello tienes que despertarnos a esta hora. Dormía muy tranquilo con Eva y Alexander —bramó mi cuñado.

—Ese es parte del problema, sí —joder, me iba a dar algo.

—¿Que yo duerma es parte de tu problema? —Liam no salía de su asombro.

—No, no, eso no.

—Ah...

—Alexander es el problema.

—¿Qué mierda de problema es mi hijo para ti?

—Relax, Liam, déjalo explicarse —intervino Alan.

—Gracias —le dije, porque la verdad es que no me estaba explicando demasiado bien.

—De nada, hombre, ¡pero habla de una jodida vez, que nos tienes en ascuas! —todos perdían la paciencia y yo hacía malabares por mantener la cordura con el problema que tenía encima.

—Va a hablar después de que pruebe mi puño —gruñó Liam.

—Relajaos, solo está nervioso —intentó calmarlos Paul—. Noah, somos tus amigos, ellos tu familia además. Puedes decir las cosas sin miedo y sin tapujos.

Sin tapujos, vale, pero sin miedo es otra cosa, pensé.

Tenía razón, cuanto antes hablara de ello, mejor, así que lo solté a bocajarro.

—Alice está embarazada.

Ya está, ya lo había dicho. Y asustaba porque eso lo hacía más real.

Nadie dijo nada. Liam se recostó en la silla y suspiró pesadamente.

—Ese es el problema —que parecía que no lo veían.

—¿El problema es que mi hermana está embarazada? —Liam, con lentitud.

—¿Te parece poco problema? ¿Y por qué no pareces sorprendido?

—Hombre, pues porque se esperaba —resopló Alan.

—Una cosa es eso, otra que ¡voy a ser padre! —estaba acojonado. Estaba más que eso, iba a morir por el miedo.

¿Qué demonios sabía yo de ser padre? Si el único contacto que tenía con niños en años era para enseñarle a Alexander a hacer alguna trastada que desquiciase a su padre. Y era buen alumno aún teniendo poco más de un año.

Pero joder, ¿yo siendo padre? Me iba a dar...

—Se esperaba y ya lo sabíamos —suspiró Liam—. No me puedo creer que me hayas levantado de la cama para esto.

—Espera, ¿cómo que ya lo sabíais?

—Todos, claro —confirmó Alan.

—¿Todos menos yo?

—Pues sí —sonrió Smith.

—No me lo puedo creer... —estaba alucinando— ¿Por qué demonios me entero el último?

—Por esto, porque Alice sabía cómo te ibas a poner y necesitaba el momento idóneo para decírtelo.

—No la apoyes porque sea tu hermana, lo ha hecho mal, ¡porque soy el padre y tendría que haberlo sabido antes que nadie! Joder, que hasta él lo sabía —señalé a Paul.

—La verdad es que pensamos que tardaría más en decírtelo —carraspeó Alan y casi prueba mi puño—. Ya me callo.

—Mejor —gruñí—. Joder...

—¿Cómo te sientes, Noah?

—Enfadado —respondí al loquero. Tomé aire, intentando pensar. Y calmarme.

—¿Por enterarte el último?

—No.

La verdad es que eso no me importaba. Ya me explicaría ella por qué lo hizo así. Además, fue muy bonito cómo lo hizo. Llegué a casa de trabajar y fui al coger una cerveza cuando me encontré con un sobre en el frigorífico. Quité el imán, abrí el sobre y leí una nota en la que decía: “Sé que vas a ser el mejor papá del mundo”. Menos mal que no tenía nada en las manos, porque se me habría caído. Me giré y ahí estaba ella, mirándome con una sonrisa y retorciendo sus manos, nerviosa.

Leí la nota de nuevo, sin poderme creer lo que ponía en ella.

—Alice... —susurré cuando mis ojos se encontraron con los suyos.

—Vas a ser papá —sonrió, llorando.

Fui hacia ella, besándola mientras lloraba, no podía evitarlo. Era el hombre más feliz del mundo desde que la tenía conmigo. Y ahora iba a ser padre.

Le hice el amor y la dejé dormida y con una bandeja de pasteles por si se despertaba. Cuando todo se calmó, pensé que iba a morir por la ansiedad y llamé a mis amigos. Lo demás era historia.

Y ahí estábamos, yo con un susto en el cuerpo impresionante.

—Ni siquiera estoy enfadado —reconocí—. Estoy acojonado.

—Normal —Alan me entendía.

—Serás un buen padre, Noah —me aseguró Liam.

Ese era mi miedo, no sabía cómo hacerlo.

—Se hace cada día, poco a poco —el loquero me había leído la mente—. No hay una fórmula mágica, nadie sabemos. No hay un librito —sonrió—. Solo lo hacemos lo mejor que podemos y nada más.

—Lo haces sonar fácil —suspiré.

—No lo es.

—Pero es bonito —sonrió Liam—. Solo disfruta de ello. Yo disfrutaré enseñando a mi sobrino a desquiciarte —rio.

—No lo harás.

—Si tú lo haces con su hijo, ¿por qué no él con el tuyo?

—¿Para qué te metes, Alan? Te juro que el día que estés tú aquí, te las voy a devolver todas.

—No creo llegar a eso —rio.

—Llegarás —dijo el loquero, a Alan se le cortó la risa—. ¿Más tranquilo?

—Sí —un poco al menos.

—¿Entonces podemos irnos a dormir ya? —gruñó mi cuñado.

—Solo una cosa —esperé a que todos me mirasen—. ¿Y si me desmayo en el parto?

—Oh, por Dios —resopló Alan.

—Lo mato, por Dios que lo mato —suspiró Liam.

Todos se levantaron y yo los seguí hasta la puerta.

—Pero y si pasa, ¿qué? No me perdonaré dejarla sola... ¡¿Queréis escucharme?! —

—La que nos queda... —casi sollozó mi cuñado.

Pues así era, porque a mí tenían que ayudarme con todo eso. Y la culpa era de Smith por las puñeteras terapias.

Todo era más fácil cuando vivíamos sin ellas, uno arreglaba sus cosas sin tener que soltar tanto, pero no. Smith nos hizo así.

—Qué alegría estar soltero —la sonrisa en la voz de Alan cuando entramos en el ascensor.

—Te queda poco tiempo, Alan.

—Joder, Paul. ¿Eres gafe?

—No, solo veo lo que no veis. Ya te toca.

Reí con la cara que puso.

Y en una cosa no estaba del todo acertado. Era bonito estar soltero si uno lo elegía, por supuesto. Pero llegar a casa y abrazar a la mujer que uno amaba...

Eso... Eso ya era un sueño.

Y nunca imaginé que pudiese ocurrirme a mí.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Epílogo](#)